

LOS JINETES DE WYOMING

EL JINETE DE WYOMING



LIBRO UNO

LUNA DAVERS

EL JINETE DE WYOMING

LIBRO 1

LUNA DAVERS

ÍNDICE

Nota del autor:

Acerca de El Jinete de Wyoming

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Epílogo

Autor biografía

Nota Histórica:

NOTA DEL AUTOR:

Si bien la novela está basada en un hecho histórico, la huida de la tribu Nez Percé en 1877, y se refiere a algunas figuras históricas bien conocidas, esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, eventos o lugares fuera de las referencias o la aparición de figuras históricas o eventos, es mera coincidencia.

ACERCA DE EL JINETE DE WYOMING

‘**E**hica de ciudad conoce a robusto y atractivo vaquero...’

O, al menos, así diría un titular de 1877 si el encuentro de infarto entre Ana y el inquebrantable vaquero de Wyoming hubiese sido algo parecido a una historia común y corriente del Salvaje Oeste.

Pero este no es el caso. Ana es una chica del siglo veintiuno y viajar a través del tiempo no estaba exactamente dentro de sus planes de vacaciones.

ATRAPADA en los turbulentos eventos históricos de la huida de la tribu nativo americana Nez Percé a través del primer parque nacional del mundo, Ana atestiguará uno de los mayores enfrentamientos y tragedias del Viejo Oeste. Lo único que la protege en esta tierra hostil es un sexy y solitario vaquero que no sabe qué hacer con ella. ¿Dejará Ana que un desconocido vaquero entre a su corazón? Y si así lo hace, ¿qué pasará cuando ella encuentre el camino de regreso a casa?

Copyright 2018 Tydbyts Media
El Jinete de Wyoming

Diseño de Portada Copyright 2018 ebook indie covers

Todos los derechos reservados.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personas, lugares y eventos son el producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas vivas, fallecidas o eventos históricos es pura coincidencia.

CAPÍTULO 1

Las corrientes se agitaban mi alrededor, había agua por todas partes, burbujeando en mi nariz, filtrándose a mis pulmones. Yo tosía y me ahogaba. El pánico aumentaba, luego me abrí paso hacia el aire y el cielo. De alguna manera estaba en aguas profundas. La realidad me impactó, con el agregado de estar consciente del peligro que representaba mi ropa: estaba saturada de agua, peligrosamente pesada. Solo mi cabeza permanecía ligeramente sobre el agua por el momento. Balbucee en un intento de despejar y sacar el líquido de mi garganta y mis pulmones. Estaba desesperada por sostenerme de cualquier cosa sólida o estacionaria; un palo, algunas cañas, un tronco, cualquier cosa que pudiera ayudarme a mantenerme a flote. Pero no había nada sustancial.

De pronto, mi cabeza fue halada hacia atrás debido a la fuerza de succión del fondo y fui arrastrada hacia abajo. Estando sumergida, lo único que podía hacer era tratar de mantener dentro mi pecho todo el aire que tenía. Sin embargo, la corriente me había arrastrado fuertemente hacia sus oscuras profundidades. Fui desplazada hacia una vertiginosa serie de grotescas volteretas similares al agarre mortal de un cocodrilo.

Igual de repentinamente, cualquiera que haya sido esa corriente subterránea que me había arrastrado desde la superficie hacia el fondo, ahora me había soltado. Frenéticamente, intenté orientarme. El instinto de supervivencia se hizo presente con una oleada de adrenalina que anulaba cualquier pensamiento acerca de dónde estaba o cómo había llegado allí. Necesitaba averiguar en qué dirección estaba.

En *esa* dirección había una luz opaca. Así que esa debía ser la superficie. *Una oportunidad, tengo una oportunidad*, me dije. La presión en mis

pulmones había crecido hasta el punto de estallido. Completamente vestida y sintiéndome igual de pesada, pataleé y pataleé, mientras desesperadamente agitaba mis brazos para nadar hacia la superficie. Esa tenía que ser la dirección correcta, tenía que ser el camino correcto hacia el oxígeno y hacia la vida. *Con suerte, espero*. Todos mis músculos se esforzaron por conseguir este objetivo. Mi mente manejaba a mi cuerpo como si hubiera un competidor mortal martillando una pista de carreras detrás de mí. Mis brazos empujaban el agua en un intento por lograr llegar a la luz que debía ser donde estaba el aire libre.

Atravesé la superficie del agua. Había vuelto a la seguridad y a la vida. ¡Qué triunfo!

Succionando el aire ansiosamente, me sentía eufórica y debilitada por la confusión. ¡Si tan solo todo el movimiento pudiera detenerse! A mi izquierda pude ver un poco de tierra de la orilla del río. Así que yo *estaba* en un río, pero no podía recordar haber caído en él. Nada tenía sentido. Antes de despertarme en esta espeluznante realidad, no había estado cerca de un río. El recuerdo de lo que había estado haciendo antes era difuso, y además no tenía tiempo para pensar en ello, pero lo que si sabía con certeza era que lo que haya sido no implicaba caer en un río. Ahora, yo estaba flotando ingravida como si estuviera en el espacio, pero al mismo tiempo me sentía pesada, tan pesado como si fuera transportado por una fuerza letal. Necesité cada gramo de mi fuerza para mantener mi cabeza por encima de la superficie del agua. Mi ropa y mis botas de montaña me estaban arrastrando hacia el fondo. La gravedad iba a ser la causa de mi muerte en este acuoso elemento. No podía quitarme las botas de montaña; estaban fuertemente atadas. El pánico comenzó a avanzar lentamente dentro de mis sentidos una vez más.

Cualquiera que fuera este río, era *grande*. Tenía una corriente feroz que se sentían como unos rápidos. Recordé brevemente la vez en la que había nadado en unos rápidos: esa vez había sido por diversión. Todos nos habíamos colocado un chaleco salvavidas alrededor de nuestro pecho y otro alrededor de nuestra ingle, como si fuera un pañal. El apacible recuerdo de ese momento tocó los límites de mis ya sobrecargados sentidos. Había sido graciosísimo para todos nosotros caminar así, con nuestros pañales a la moda. Cuando finalmente salté al río, al igual que los otros antes de mí, el chaleco me mantuvo a flote a través de las turbulentas aguas.

Una gran extensión de cielo abarcaba la totalidad de mi campo visual cuando de pronto, y momentáneamente, un remolino me atrapó y me hizo

girar en círculos. Concentrándome, recordé cómo en ese viaje en canoa y en esos rápidos, nos habían enseñado a buscar la forma en V del agua que se formaba entre dos rocas. Ya sea que estuviera nadando o en una canoa, era necesario dirigirse hacia esa forma en V. Ella demarcaba la posición de las aguas profundas y, por lo general, la ausencia de rocas bajo la superficie.

No podía negarlo por más tiempo, definitivamente me estaba acercando a los rápidos. Delante de mí pude ver una serie de rocas sobresaliendo de la línea del agua y justo hacia el lugar al cual estaba siendo propulsada. A esta velocidad, entrar en contacto con cualquiera de ellas, ya fuera con mi cabeza, costillas u otra parte de mi cuerpo, seguramente me causaría una lesión grave o algo peor.

Ahí estaban los puntos de las dos rocas delante de mí, un espacio que separaba una de la otra. Difícilmente con un poco más de tiempo para pensar, logré reconocer la forma en V del agua que se movía entre ellas y maniobré lo suficiente en dirección hacia ella, hacia esa señal de seguridad o, al menos, de una posibilidad de lucha. Mi cuerpo fue arrastrado incesante e implacablemente por la corriente del río, las rocas se aproximaban muy rápido, demasiado rápido...

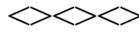
Y luego pasé a través de ese espacio, a la seguridad de las aguas profundas canalizadas entre las peligrosas rocas. Pero de inmediato, otra serie de rocas se avecinaba. A los pocos segundos ya estaban delante de mí. Levantar los brazos, patear, nadar, franquear... Estaba pasando a través de otro obstáculo y luego a través de otra agrupación de rocas en la rápida corriente de agua.

Finalmente, fui eyectada fuera de los rápidos. El trecho del río fluía rápidamente, pero nada comparado con la intensidad de los torrentes que acababa de sortear. Con debilidad y moviendo mis brazos en círculos, levanté la cabeza, tan alto como pude. Frente a mí todo parecía relativamente despejado de rocas, el paso de los rápidos parecía haber quedado atrás.

Pero el agotamiento comenzó a hacer mella. Ni siquiera la adrenalina podría ayudarme ahora. No había ni una sola rama, nada flotando a mi alrededor para sujetarme. Es curioso cómo la cálida luz del sol salpicaba sobre mis ojos, en contraste con la temperatura fría del agua.

Lo intenté, realmente lo intenté. Jamás pensé que mi tumba sería de agua. Al igual que esos poemas románticos, estoapestaba. Mierda, este no era el plan. Pero podía sentir la extraña y característica paz descrita por esos poetas de la muerte.

Yo solo deseaba vivir. De verdad, quería vivir... Qué extraño es no tener elección. Mis músculos no se moverían más. Al menos no de alguna manera que pudiera hacer una diferencia. Ahora el agua entraba en mi garganta en mayor proporción. *Está bien, está bien...*



Un destello rojo en la orilla del río llamó mi atención. Un color antinatural que en cualquier otro paisaje sería familiar. Aparte del tinte del paisaje hacia el este y las bayas silvestres, la única otra cosa que se destaca aquí es la sangre sobre la nieve.

Cualquier cosa fuera de lo común en la regularidad de esta tierra implicaba una señal de advertencia a mi espina dorsal. Incluso las cosas pequeñas, como el chasquido de la punta de una rama colgando de un árbol o un ligero cambio en el olor del aire; serías un tonto si las ignoras. Esta señal era notoria.

Tiré suavemente de las riendas de mi caballo para dirigirme hacia el extraño objeto. Cody, mi perro, ya había corrido hacia adelante y alarmado, con una pata levantada, olía lo que parecía ser un saco varado en los guijarros de las aguas poco profundas.

Era una bolsa. Pero estaba hecha de un material brillante que nunca antes había visto.

—Oye, muchacho, déjame echarle un vistazo a eso. Cody, ven pa' cá.

Bajé de mi caballo y tomé el peculiar objeto de lo que parecía ser una especie de asa en la parte superior. El agua fluía desde él. Los remaches incrustados en la tela parecían haber sido fabricados en una máquina. Sin embargo, lo que realmente llamó mi atención fue una línea de dientes de metal que se entrelazaban como si fuera una costura. Se extendía de un lado a otro y cerraba la bolsa.

La sensación de peligro continuaba recorriendo mi espina dorsal. Miraría el contenido de la bolsa más tarde cuando mis animales y yo no estuviéramos tan expuestos. Amarré la bolsa detrás de mi silla de montar y moví a Domino al centro del río. Cody se detuvo un momento en las aguas poco profundas, olfateando frenéticamente el lugar dónde había estado la bolsa. De repente, su cuerpo se tensó. Él afirmó sus patas en el suelo y empezó ladrarle a algo río arriba.

Lo vi de inmediato: era un hombre, sacudiéndose en el agua. Solo su

brazo y su cabeza estaban por encima de la línea de la rápida corriente en movimiento. Él aún estaba lo suficientemente lejos como para ser una mera mota en el agua, pero, como tantas otras cosas de la peligrosa naturaleza, se aproximaba rápidamente.

Rápidamente, escaneé el río para tratar de calcular hacia dónde lo dirigiría la corriente. Le di un empujón a mi caballo, el agua subió por mis caderas hasta llegar al cuello de mi corcel. Le hablé suavemente, alentándolo. Sus cascos estaban en el fondo del río, pero inestables por la fuerza de la corriente.

Ahora podía darme cuenta de que el hombre se estaba cansando, perdiendo su espíritu de lucha, o tal vez el frío del agua lo estaba afectando. Un juego de ajedrez se jugó rápidamente en mi mente. Incluso si esto era una trampa, él estaría en desventaja, ya que era él quien estaba en el agua y yo estoy montado en el caballo. Sin embargo, la verdad es que no debes tenerle miedo a la muerte para ser capaz de saltar a ese poderoso río simplemente para tratar de engañar a alguien.

Me decidí.

Hablé suavemente para calmar a Domino.

—Eso es. Vamos, justo aquí, solo mantente quieto. Él se está acercando a nosotros.

El hombre se volteó boca abajo, a cien metros de distancia. Con este movimiento, sus posibilidades de sobrevivir se redujeron considerablemente. Me incliné mientras mi caballo actuaba como una barrera y crucé los dedos esperando haber calculado bien.

Él nos impactó directamente y logré sujetarlo con ambas manos. Tirando de su blanda forma con toda mi fuerza lo coloqué sobre la parte delantera del caballo, entre mi entrepierna y el cuello del caballo. Sus ropas estaban empapadas de agua, pesadas, pero él no era un hombre pesado. De hecho, era delgado. Nuevamente solo podía esperar que él no fuera peligroso o que fingiera su incapacidad actual, aunque parecía genuinamente inconsciente y el peligro en el que estaba real.

Me aseguré de que tuviera el abdomen y el pecho boca abajo para que así tuviera más posibilidades de recuperarse y luego le di un empujoncito a mi caballo.

—Vamos, rápido, vamos arriba, Domino.

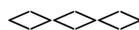
Las orejas del caballo se crisparon hacia atrás y se enderezaron al escuchar la urgencia en mi voz. No podía saber si el pasajero estaba

respirando y, en este lugar, los segundos contaban si era que iba a sobrevivir. Algo que, también, me estaba perturbando.

El caballo nos sacó las profundidades. El agua fluía fuera de todos nosotros. Domino superó la precaria y rocosa orilla. Mi caballo sabía que podría lastimarse a sí mismo fácilmente en el río. El también nervioso por la posible presencia de serpientes, a las cuales les gustaba tomar el sol y calentarse entre las piedras en la ribera del río.

Antes de que estuviéramos completamente fuera de los bajíos, desmonté. A toda prisa, bajé al hombre inconsciente del caballo colocando mis brazos debajo de sus hombros y enganándome, cargándolo y arrastrándolo a medias hasta la orilla. Poniéndolo en la suave tierra sujeté su rostro cubierto por mechones de cabello con mi mano y lo sacudí, instándolo a recobrar el conocimiento. Cuando no lo hizo, comencé a ayudarlo a recuperar el aliento de la única manera que sabía hacerlo: presionando varias veces con fuerza su pecho. Era una maniobra que había practicado con ovejas e incluía una acción que sabía que en el futuro no admitiría en presencia de muchos, pero que estaba seguro de que me daría una mejor oportunidad para salvarle la vida. Puse mi boca en sus labios y soplé con fuerza dentro de su forma inerte.

Retrocediendo con sorpresa, me senté abruptamente. La sensación que había estado molestándome en el fondo de mi mente y que se había vuelto más fuerte cuando coloqué mis manos sobre su pecho, ahora me hablaba tan claro como un cristal al hacer contacto boca a boca. Él no era un hombre.



El agua corría fuera de mi nariz y de mi garganta. Me dieron arcadas y tosí, levantando la cabeza lo suficiente desde la posición fetal en la que estaba para expulsar la apestosa agua. Ella bajaba por mi mejilla y mi mentón. Maldición, me dolían los pulmones. También mi garganta. A través del cabello mojado que cubría mis ojos vi a un hombre agachado junto a mí. Por el momento, sin embargo, todo lo que podía hacer era tratar de recuperar el oxígeno en mis pulmones y detener la tos.

—Estará bien —él dijo—. Lo peor ha pasado.

Su voz era profunda y cautelosa. En ella sentí preocupación, pero también incertidumbre. Ambos aspectos eran tranquilizadores, aunque todavía no podía concentrarme en él ni en la nueva amenaza que posiblemente representaba. Apreté mi pecho a través de mi camisa tratando de aliviar el

ardor en mis pulmones.

—Lo ha logrado —él dijo, colocando el peso de su cuerpo sobre sus talones y cruzando sus brazos—. Por increíble que parezca, ha sobrevivido al río —lo miré y vi como entrecerraba sus ojos e inclinaba su cabeza ligeramente—. Aunque se ve tan pálida como la luna.

Qué pintoresco, pensé, cerrando los ojos. Ahora que me había asegurado de que la muerte no había llegado a buscarme el día de hoy, aun no, de todos modos, sentí una pequeña oleada de vértigo y me dio hipo. No duró mucho. Una baja de energía le siguió y me quedé allí, inmóvil, incapaz siquiera de levantar la cabeza o formar palabras.

Podría desvanecerme en la nada, aquí y ahora. La oscuridad que comenzaba a envolverme ofrecía mucha paz y tranquilidad. Sin embargo, la expresión 'huir del sartén solo para caer en las brasas' vino a mi mente. Era una alarma instintiva impulsándome a evaluar mi situación actual, la de estar postrada junto a un extraño hombre. Obligué a mis ojos a abrirse.

Él me estaba tomando el pulso arrodillado junto a mí. Simplemente no había sentido su toque debido a mi aturdido estado y mi piel fría. Mis dedos hormigueaban de adormecimiento. Estudié su perfil deseando que mis ojos permanecieran abiertos, una sensación de autopreservación luchaba contra el letargo de mi empapado y helado cuerpo.

Vaya, vaya, mi mente se estremeció. *Ese es un hermoso perfil*. Él tenía una mandíbula marcada, con una línea que parecía esculpida de granito y que se movía desde su mejilla hasta unos tensos labios que denotaban preocupación. Cautelosamente, esperé que su preocupación fuera genuina. Un sombrero de vaquero protegía sus oscuros ojos del sol y proyectaba dramáticas sombras sobre su bronceado rostro. Me impactó la determinación grabada allí en comparación con la energía menguante de mi propia fuerza y voluntad.

Además, tenía una manera peculiar de escanear y evaluar mi condición, mientras periódicamente miraba nuestro entorno. Eso daba la impresión de que era un feroz animal sumamente consciente de su entorno. Él parecía estar escuchando varias cosas a la vez, aunque yo sólo era consciente de la corriente del río y la tos ocasional que irrumpía de mí. Ahora, por ejemplo, mientras el hombre bajaba suavemente mi brazo hasta el suelo, el levantó la cabeza y *olfateó el aire*.

Sentí como si mis pulmones hubieran sido exprimidos como esponjas más de cien veces.

—No puedo moverme —dije roncamente— o permanecer despierta.

Él volvió sus ojos hacia mí. *Eran de un color marrón, marrón oscuro, a los que las jóvenes adolescentes como yo solíamos referirnos como 'ojos seductores', justo antes de explotar en risas.*

—Mi recomendación, si me permite señora, es que guarde su energía.

Él miró a su espalda, hacia el otro lado del río, y luego a los árboles frente a nosotros en la orilla. Sus ojos volvieron a los míos. Si no estuviera paralizada por el frío y la fatiga, habría estado con ese saludo singular.

—¿Dónde estoy? —me las arreglé para decir.

Pensé que quizás él podría estar ignorando por completo mi pregunta, pero luego dijo bruscamente:

—Dicho de otro modo, no hable.

Silbó y un momento después un perro me acariciaba la mejilla y el cuello. Lo curioso era que ya, antes de sentir la respiración y la nariz del perro en mi piel, mis labios habían estado hormigueando de tal manera que yo tuve que preguntarme. ¿Me habían besado no? Se sentía como si el fuego acabara de saltar sobre ellos, a diferencia del frío que se apoderaba de mí de una manera alarmante a través de mis extremidades.

Los labios no mienten, pensé. De una manera extraña, me di cuenta de cuán erráticos se estaban volviendo mis pensamientos. Lógicamente este extraño vaquero solo me había administrado RCP. ¿Eso fue todo verdad? Pero mi boca y mis sentidos estaban en llamas. ¿Debería estar escandalizada?

Él se había levantado, aún en mi línea de visión, y estaba apretando una correa en su caballo. Traté de estirar el cuello para ver más de los alrededores, pero no pude. *Ese es un magnífico animal bien portado*, pensé. Luego de estos esfuerzos mi cabeza se hundió aún más profundo en la suave orilla.

—Cody, acompáñame —él dijo, dirigiéndose o a su perro o a su caballo.

Y de pronto, una vez más, el hombre estaba en cuclillas a mi lado, con los brazos apoyados en las rodillas y con las manos juntas. Su voz era tranquila, pero sus palabras denotaban urgencia.

Ese tono me dijo que, a pesar de sus competencias y esfuerzos, quizás yo estaría en jodida.

—Usted necesita calentarse, y rápido, pero hay un peligro más inmediato aquí en las orillas del río. Con su permiso, voy a levantarla y a ponerla sobre mi caballo, Domino. ¿Está bien?

Mis ojos se habían cerrado a la mitad de la expresión más larga que él

había pronunciado hasta ahora. Parecía que algo lejano y pacífico me hacía señas por enésima vez en el día.

—No —murmuré. Mis dientes comenzaron a castañetear—. No me llevará a ningún lado, señor. Solo déjame en paz. No lo conozco

Él dijo algo que no llegó a mis oídos. Unos poderosos brazos estaban debajo de mí levantándose como si no fuera una mujer completamente adulta y empapada en agua. Reuní la energía para protestar y sofoqué el comienzo de una oración.

—Le dije que...

—Usted está incapacitada y yo soy la única oportunidad que tiene de sobrevivir. Ahora, guarde silencio —él comenzó a cargarme.

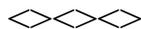
Creo que le pregunté dónde demonios me encontraba. Podía sentir el calor de su cuerpo a través de su camisa. Incapaz de ayudarme a mí misma o de resistir lo que sea que me incitó a ello, froté mi nariz contra en su pecho y cuello. Un olor a cuero y la calidez de su piel irradió y se elevó hasta mis fosas nasales. Su fragancia masculina viajó a través mis poros. Se sentía como un bote salvavidas, o tal vez como solo eso, como la propia vida.

Juro que podía respirarlo a todo pulmón.

—Eres como ese sol moteado, como el que me visitó en el agua —murmuré.

Por un momento él hizo una pausa inquisitiva sosteniéndome en sus brazos. El vaquero debe haber inclinado su barbilla para mirarme porque sentí su cálido aliento en mis mejillas y sobre mis ojos cerrados.

El mundo se oscureció y me desmayé.



Semejante belleza. Esta mujer del río era una misteriosa y delicada belleza. La miré mientras ella murmuraba algo incoherente antes de que la inconsciencia la sobrepasara nuevamente. Ella hablaba de manera irregular. Ella tenía una separación encantadora entre sus dos dientes frontales y también era visible en sus facciones algo de orgullo y fuerza. Sin embargo, lo que había debajo de todo lo que podía ver era lo que me parecía diferente. Era enigmática. Eso, y su espíritu enérgico, habían abrumado mis sentidos momentáneamente. Cuando ella se acurrucó contra mí, pude notar que su movimiento fue instintivo; ella se había presionado contra mi pecho una vez que su cuerpo se había apoderado de su mente y de todas sus defensas. Estas

últimas habían estado presentes cuando ella se acercó a mí por primera vez, después de haber estado a punto de ahogarse. Comprensiblemente ella había sido desconfiada y había estado a la defensiva. Pero ahora había permitido que su instinto la guiara y confiara todo su ser en mí.

Cuando ella hizo eso, sentí como si alguien me hubiera dado un puñetazo en el estómago. No era del todo doloroso, simplemente sorpresivo. Ella me había provocado a pasar a un plano que no sabía que estaba allí.

Si iba a salvarla, tendría que ignorarla y a la reacción que ella había despertado en mí. Era como romper un hechizo. Yo la miraba, paralizada, sabiendo que no estaba fuera de peligro y que cada minuto contaba. La apoyé contra el caballo, luego trepé a la silla de montar mientras la sostenía con un brazo e intentaba sostener su cabeza. Desde esa posición, me fue posible arrastrar su cuerpo inconsciente hasta arriba, justo frente a mí, donde mis brazos podían rodearla y mantenerla a horcajadas sobre el caballo. Domino se tambaleó, desacostumbrado al peso y a las maniobras.

Era demasiado arriesgado tratar de regresar a mi cabaña de pesca por la noche —sus labios se estaban poniendo de un desagradable color azul— Pensé en un recinto relativamente seguro al cual pudiera llevarla y que no tomaría más de quince minutos. Nunca había visto rastros de alguien acampando allí o en los alrededores, ni siquiera los indios Shoshone del Parque Yellowstone, los cuales preferían sus habituales o mejores establecidos campamentos.

Una vez que Domino supo hacia donde nos dirigíamos aflojé las riendas y me concentré en presionar mi cuerpo tanto como fuera posible contra el cuerpo inerte de la mujer. Domino también contribuiría a darle calor por ahora, especialmente con el esfuerzo que hacía el caballo al caminar con el peso de dos personas a través de la maleza y los árboles.

Llegamos al recinto. Estaba protegido por un borde de rocas de quince pies en forma de media luna, y estaba lo suficientemente lejos de los arroyos y afluentes que no le interesarían a la mayoría. No es que hubiera muchos visitantes en estos lugares, pero un día Yellowstone podía estar tan vacío como un tren de carga después de un robo, y al otro lleno de turistas y cazadores. Tendría que hacer una fogata, lo que significaba un mayor riesgo a ser detectados, pero era necesario. El calor corporal por sí solo no iba a ser suficiente para ponerla a salvo.

Extendí en el suelo una lona y la manta de la silla de montar que servirían como capas base. Después de acostarla sobre ellas, la cubrí con las otras dos

mantas que llevaba conmigo y me enfoqué en encender la fogata. Tenía muchas inquietudes sobre esta mujer a la cual estaba protegiendo en la orilla. Allá en el este, mi padre diría que la velocidad era esencial. Aquí en el oeste, esa era una afirmación poderosamente verdadera. Al igual que ahora: reducir considerable la cantidad de preguntas que esta mujer haría incrementaría sus posibilidades de sobrevivir. Así que me enfoqué y prioricé.

La miré por encima mientras encendía el fuego. Ella era de textura delgada, alta para ser una mujer y llevaba pantalones que me confundían infinitamente. Eran unos pantalones extraños, con unos bolsillos aún más extraños. Como los que verías en, pero colocados hacia un lado. Había visto que su rostro era rudo, pero también tenía rasgos delicados. Esta era otra contradicción: el poder junto a la finura. La imagen de su cabello oscuro y mojado extendido sobre su agraciado rostro había personificado la fragilidad del estado en que se encontraba. Tal belleza y vulnerabilidad, junto al áspero paisaje, hacía temblar mis manos.

Le di la espalda al fuego y me aseguré de que ardiera durante algún tiempo, y luego volví a enfocarme en la extraña. ¿Qué eran estas extrañas ropas? Dirigí mi atención a su calzado, usaba las botas más raras que haya visto. Posiblemente eran europeas conjeturé, mientras soltaba el lazo de sus cordones, los cuales eran de un material igualmente desconocido. Aún húmedos, emitieron un débil chirrido cuando los aflojé y los saqué de cada bota. Ella llevaba calcetines gruesos, no estaban hechos de lana. También se los quité, teniendo cuidado de no rasguñar la suave piel de sus tobillos y pies. En cuanto al resto de su ropa y a su delgada pero curvilínea figura, supe que tenía que apresurarme y hacer a un lado las sutilezas. Ser decoroso la mataría, simple y llanamente.

Ella estaba helada al tacto. Le quité la ropa comenzando con los verdosos pantalones de extraños bolsillos, uno de los cuales contenía un cuchillo plegable tan ligero como una luciérnaga. Desabotoné su blusa de algodón — parecía más una camisa de hombre— y saqué uno de sus brazos y luego del otro. Ella murmuró y sus cejas se juntaron, cerrando sus ojos con fuerza.

Tendí su ropa sobre un arbusto y sobre una plana roca de poca altura cerca del fuego, luego puse a Domino a pastar y a descansar lo mejor que pude. Revisaría completamente a ambos animales luego.

Entre el fuego y el calor de mi cuerpo, ella regresaría al mundo de la conciencia. Me quité la camisa y me acosté a su lado, colocando a la mujer entre el fuego y yo. Me acurruqué alrededor de ella presionando mi pecho

contra su espalda, tan cercano como el humo que salía del fuego. *Gracias a Dios que es verano*. De otro modo, nadie podría haber sobrevivido al río Snake ni a las poderosas aguas en Wyoming. Envolví mis brazos sobre ella, metí una pierna debajo de su muslo y cubrí con la otra sus extremidades. Ella estaba cómoda. Encajada en mí de una manera que no parecía posible entre un humano y otro. Su piel era delicada, su pelo chocaba contra mi nariz y mi boca. Ella olía como el río y como un ángel, todo mezclado. No quise pensar en cuan hermosa era la forma de su cuerpo bien proporcionado. Eso sería como una traición hacia ella y a su honor, a pesar del estado inconsciente en el que se encontraba. Así que cerré los ojos y escuché el viento que pasaba por encima de nosotros y a su respiración que cambiaba gradualmente, de inestable a constante.

—Sabes —le dije, aunque sabía que ella no podía oír—, desde esta mañana había una vibración un poco misteriosa en el aire. Cody también la sintió. Él aulló, luego lloriqueó. Así de rápido, el pasó de ser un completo lobo a un perro callejero. Luego el viento aumentó y el polvo junto a los trozos de pastizal se arremolinaron formando torbellinos, parecidos a esos que están hechos de agua y que por poco te matan en el río. Pero fue algo antinatural, ni siquiera el viento podía camuflarlo. Entonces, apareciste tú.

Levanté un brazo y acaricié su cabello protectoramente, luego la mantuve cerca de mí tanto como era posible.

—¿Debería haber una conexión? —susurré—. ¿De alguna manera eras tu?

CAPÍTULO 2

Se sentía cálido, maravillosamente cálido y cómodo, como un capullo. *Seguridad*. La palabra en mi mente y la gloriosa sensación me hicieron abrir los ojos con pereza y luego, la sonrisa en mis labios desapareció.

Estaba pegada contra el pecho desnudo de un hombre. *Que demo...* Me encogí de miedo. Automáticamente busqué la forma de huir, pero alguna especie de manta rasposamente elaborada debajo de mí impedía mi escape. ¿Era una manta de origami? ¿O fui envuelta como a una bebé? Tan pronto como me di cuenta de que necesitaba desenredarme para arrastrarme fuera las sábanas terminé sorprendentemente consciente de mi estado de *desnudez*.

—¿Cómo?

Mi respiración salió como un corto jadeo. *Mantente quieta*, me dije, y *aléjate del extraño y desnudo hombre que tienes a tu lado*. Cubriéndome lo mejor que pude con mis manos y brazos intenté salir de la bolsa de dormir. Era algo desvergonzado, pero no podía importarme eso ahora.

Excepto que el vaquero se levantó apoyado sobre un codo y me miró con una calma silenciosa. Lo reconocí y pensé, mientras recordaba con claridad cuan alerta él había estado en el río, que probablemente él había estado despierto todo este tiempo.

El río. Todo volvió a mí, las rápidas aguas, yo estaba a punto de ahogarme, el oscuro vaquero inclinado sobre mí en la orilla.

Me sacudí hasta quedar sentada, estaba aterrada, con mis manos cubriendo mis pechos desnudos. Tan pronto como mis hombros estuvieron fuera de la bolsa de dormir, el frío penetrante del aire golpeó mi piel y mi cara como una dura bofetada. Volví a meterme bajo las sábanas, tratando de

guardar la mayor distancia posible con él en la estrecha cama. Comencé a pensar que, si él hubiera querido hacerme daño, habría tenido todas las oportunidades de hacerlo anteriormente. Pero aun así esto fue un completo sobresalto, y sumado a la confusión, era difícil saber hacia dónde voltear.

¡Y santo cielo!, yo estaba bastante segura de que el hombre estaba completamente desnudo. Ya había visto lo suficiente levantando las sábanas para evaluar eso muy bien. Estaba en una bolsa de acampar, diseñada para una sola persona, junto a un hombre desnudo del que no sabía nada. Este tipo de cosas simplemente no le pasan a una bibliotecaria.

—Sin duda, es un choque emocional recordar el trauma en el río —él dijo con amabilidad.

El silencio siguió a sus palabras y él no hizo ningún movimiento, lo cual agradecí. Parecía ser reservado era parte de su propio sello. *Uno que, de todos modos, espero que involucre decencia*, pensé sintiendo mi cuerpo rígido.

—Solo tómese su tiempo para orientarse —su voz era profunda, madura, pero joven a la vez. Él parecía tener quizás unos veintiocho años o un poco más. Tenía una cara marcada por el clima, como alguien que pasaba su tiempo al aire libre. Todo en él hablaba de competencia y moderación.

Su físico era magnífico. Incluso en mi comprometedor posición no podía evitar dejarlo pasar desapercibido. Sus fornidos hombros ascendieron por el borde de las mantas hasta la línea de su fuerte cuello y su hermoso rostro. El puño que mantenía debajo de su barbilla y su mejilla estaba unido a un brazo que me dejó fascinada, era todo tendón, músculo y piel bronceada. ¿Acaso era él completamente impermeable al frío? Me estremecí e intenté encorvarme para calentarme.

Nos miramos el uno al otro. Pensé en el hecho de que sus brazos habían estado a mi alrededor mientras yo dormía, y había estado pegada contra él, hundiendo mi nariz en su pectoral izquierdo. Ahí fue donde desperté. Su olor estaba a mi alrededor, sobre mí. Y, a pesar de que había estado durmiendo, aun el recuerdo de sus músculos permanecía bajo mis dedos y en la parte inferior de mis brazos donde había estado presionada contra él. Juro que el latido de su corazón todavía resonaba dentro de mí.

Él me había abrazado toda la noche. Yo sabía que el hombre me había salvado la vida. No había nada predatorio en él, me había mantenido caliente y me había salvado de una muerte segura, el latido de su corazón había mantenido mi propio pulso, su constancia me ayudó.

—Este es el momento más frío de la madrugada —él dijo—. Y no quería que te despertaras sintiendo que había pasado toda la noche acostado junto a ti sin poder verlo tú misma. Estoy seguro de que habrías estado confundida si te hubieras despertado conmigo en otro lado. Tal vez hubieras estado enojada o resentida —él hizo una pausa, sin apartar sus ojos de los míos—. Aquí es donde y *cómo* he pasado toda la noche. Espero que puedas recordarte eso a ti misma.

Él se sentó, asegurándose de que su cuerpo no rozara el mío, y salió del saco de dormir. Inmediatamente, se inclinó para tirar con fuerza de las mantas a mi alrededor.

—Traeré tu ropa. Quédate cerca del calor. Tu ropa ya está seca y caliente, junto al fuego; sin embargo, huele a humo por supuesto.

Después de ponerse las botas, él se acercó a solo unos pasos del fuego, el cual yo mantenía a mis espaldas. No quería moverme y sentir la picadura del aire helado más de lo necesario, además también tenía que pensar. Sin embargo, y sobre todas las cosas, le di la espalda porque él andaba como Dios lo trajo al mundo.

Un momento después, él me pasó mis pantalones de excursionismo, mi camisa, mi sostén deportivo y mi ropa interior. Torpemente me vestí debajo de las sábanas, apretando la mandíbula en forma de lucha contra el aire frío que se filtraba cada vez que plisaba las sábanas y desviando la mirada de su cuerpo desnudo. Sin embargo, mientras me ponía la ropa, él se mantuvo orientado en la dirección opuesta, moviéndose hasta el fondo de nuestro campamento y de lo que parecía ser un suministro de agua que aparentemente llevaba consigo. De nuevo desapareció fuera de mi vista para luego regresar, esta vez vestido con un par de jeans. O más bien, algún tipo de pantalón que se parecían a unos jeans.

—¿Dónde estoy? —le pregunté.

—Podemos hablar unos minutos si eso ayudara en algo, pero debes estar hambrienta y además necesitamos seguir adelante. Primero nos ocuparemos de comer algo.

Asentí, dándome cuenta de que estaba famélica. Una energía de nerviosismo me mantenía en un estado tenso en vista de mi situación, aunque también me sentía débil. El vaquero no se había movido. Parecía estar atento a mi necesidad de volver a la realidad, cambiando entre la preocupación por mí, las exigencias de acampar y el estar al aire libre.

—Debes estar congelándote —dije en voz alta, sin pensar en alguien más

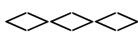
que no fuera yo misma y mi propio aprieto por primera vez desde que desperté en un río. Vaya, su cuerpo desnudo había logrado sacarme de egocentrismo, eso era algo seguro.

Levanté las mantas en señal de invitación, respirando bruscamente por mi decisión de hacerlo.

—Me gustaría obtener algunas respuestas, no quiero que mueras por exposición al frío. Acuéstese a mi lado para que te calientes y luego podemos comenzar a preparar el desayuno. Puedes responder algunas preguntas si no es mucha molestia.

Él hizo una pausa por un momento, luego asintió y se acercó. Cuando se agachó y se sentó a mi lado los pliegues de sus pantalones de lana —ahora podía ver de qué material estaban hechos— se arrugaron en los lugares familiares y de mayor uso. Él se desplazó con agilidad, a pesar de su elevada estatura. Me acerqué a él. ¡Cielos!, yo nunca había sido tan atrevida, pero me dejé llevar por mis instintos. Su pecho estaba tan helado como el hielo. Nos acurrucamos juntos, dos extraños en el bosque, con el día rompiendo en toda su gloria a nuestro alrededor.

El instinto realmente se había hecho cargo cuando yo me había ofrecido para calentarlo. Sentía un impulso a confiar en este hombre que había cuidado de mí a lo largo de una noche peligrosa, y cualquiera que fuera esa profunda sensación venía de mi cuerpo, de mi interior, y me aseguraba que él no me haría ningún daño. Presioné mi cuerpo contra su frío torso. Los músculos de su pecho y su abdomen eran duros. Descubrí que me encontraba cerrando los ojos y enterrando mi cara en su cuello. Nos quedamos así, con él tenso junto a mí, sin movernos ni un centímetro y conmigo tocando cada parte de su cuerpo con el mío. *Devolviéndole el favor, por así decirlo*, pensé. *No había necesidad de estar en deuda con él, ¿verdad?* El inclinó su cabeza hacia abajo para mirarme. Se sentía como si me estuviera poseyendo. El calor emanaba entre nosotros. Levanté mi cara hacia él y al momento siguiente estábamos boca a boca, besándonos. Su pasión, la áspera barba de su barbilla y sus mejillas, y la fuerza de su beso lo convirtieron en el agarre más erótico en la memoria viviente de esta bibliotecaria.



Ella me besó y yo le devolví el beso. El calor entre nosotros era como una fuente termal. El deseo de ir más allá y de explorar su boca con la mía, de

guiar mi lengua para probarla por completo, me hizo olvidar casi todo lo demás. Quería besarla hasta la eternidad, ¡por el amor de Dios! Algo latía y me mostraba todo lo que era posible con esta hermosa mujer. Podríamos ir a cualquier parte, ella y yo, a algún lugar tan salvaje y natural como el parque en el que estábamos ahora. Maldita sea, yo quería besarla para siempre y poseerla por completo.

Esa voz que me había estado durante mi madurez, la que me instaba al honor, sonaba extraña ahora. Ella estaba débil, hambrienta, prácticamente fuera de sí por haber estado a punto de ahogarse. Había tenido fiebre durante la noche y gritaba nombres, desesperada y aterrorizada. No estaba bien hacer eso, por lo tanto. Esto sería tomar ventaja.

Me aparté de su boca y de su calidez. Ella se veía apasionada, luego confundida, como un salvaje y hermoso animal.

—Eres mi responsabilidad. —Fue todo lo que pude decir.

Me levanté rápidamente para vigilar nuestro campamento, que era algo que sí entendía. Comencé a preparar el desayuno, podríamos hablar mientras comemos algo caliente. O simplemente comer y continuar, dependiendo de lo que ella quisiera.

Puse a hacer el café, luego un poco de carne en la sartén, alimentando a Cody mientras lo hacía. Le di a Domino un poco de una nutritiva y bien merecida avena mientras la carne se cocinaba. Cuando volví, ella la mujer estaba saliendo desde una cubierta de árboles donde supuse que había ido a atender la llamada de la naturaleza. Se unió a mí junto al fuego, se sentó y envolvió sus brazos alrededor de sus rodillas para mantenerse caliente. Maldición, todavía no sabía su nombre. Estábamos inquietos, ella y yo, como solamente dos personas podrían estar después de ese tipo de encuentro físico.

—¿Es ese mi bolso? —de pronto ella preguntó, al ver el saco rojo que yo había pescado en las aguas poco profundas.

Moví la carne en la sartén con un utensilio y chisporroteó con el movimiento y el calor. Ella se acercó al objeto, parecía un potrillo de piernas inestables. Cuando agregué unos huevos a la sartén, vi cómo, tirando de la costura metálica la desabrochó y comenzó a hurgar. Triunfante, sacó una bolsa, a través de la cual se podía ver, y la abrió para agarrar un suéter. No era tejido o algo así, tampoco era de lana, era una tela tan extraña como cualquier otra cosa que ella llevaba puesto. El suéter también se sellaba con los mismos dientes metálicos que tenía su bolso.

—Todo ese esfuerzo por el bolso a prueba de agua valió la pena —dijo

ella, frotándose los brazos ahora cubiertos por su suéter.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunté, pasándole un plato de comida.

—Mi nombre es Ana —ella respondió con voz suave y clara.

Cuando habló, me vino a la mente el vuelo de los pájaros. Pronuncié la palabra 'Ana' de espaldas a ella, arrodillándome nuevamente ante el fuego para tomar mi propia porción. Sonreí ante su belleza.

—¿Dónde estoy? —ella preguntó.

—Estás en Parque Nacional Yellowstone. En Wyoming, por supuesto —agregué.

La cuchara que ella sostenía se congeló a medio camino hacia su boca. Ella me miró.

—¿Cómo demonios puedo estar en Yellowstone? Nos encontrábamos en un cañón a las afueras de Jackson, no en mitad de camino en Yellowstone — con un sonido tintineante ella dejó caer el utensilio en su plato—. Eso es prácticamente imposible.

La miré, luego me encogí de hombros. No la ayudaría ser sorprendida de nuevo.

—Tal vez sea mejor que comas algo, simplemente tómalo con calma y hazle un favor a tu cansado cuerpo. Pero come algo, realmente lo necesitas — me levanté y agregué—. Mientras tanto, yo empacaré.

Ella no dijo nada durante unos minutos, pensando sin duda en el caos y la confusión. Yo había visto esa mirada en muchas caras de la gente de la ciudad, y ella era una chica de la ciudad, sin dudas. Luego, ella tomó su cuchara y devoró el resto de su comida.

—No me has dicho tu nombre —ella dijo. Sus hombros estaban caídos, como si le hubieran quitado el espíritu.

—Harrison Moore — masticué, tratando de recordar mis modales. Había pasado un tiempo desde la última vez que había estado en compañía de alguien, y mucho más en compañía de una mujer. *Una mujer como ella*, se burló mi mente—. Anoche, pronunciaste un montón de nombres. Gritaste debido a la fiebre, pero a la vez era como si estuvieras preocupada por la seguridad de otra persona. Como si estuvieras en pánico, asustada en realidad.

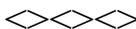
Su rostro se oscureció.

—Escucha, Harrison —ella dijo. Se limpió la boca, su cuerpo se tensó en un esfuerzo por unir todas las piezas—. No recuerdo mucho sobre los eventos de ayer. Yo estaba de excursión con mis amigas. Me desperté en el agua y lo

único que recuerdo después de eso... —ella se puso pálida—. Lo único que puedo recordar luego de ese ridículamente aterrador río fue haberme despertado contigo, tu caballo y tu perro inclinados sobre mí.

Como si hubiera respondido a su llamado, Cody trotó hacia Ana y se echó a sus pies. Ana se inclinó sobre el perro y le dio un masaje. *Ella parecía estar acostumbrada a los perros*, pensé, sorprendido por la facilidad en la que su mano conocedora le daba unas palmaditas a Cody. Él era el único perro que entraba a la casa, el único amigo de mis pastores y era un compañero para mí. Los otros eran perros de pastoreo, simples herramientas del rancho.

—Todo lo que puedo decir —ella continuó, sonriendo al perro agradecido y rascándole el vientre— es que tengo que pedirte que me lleves con los funcionarios del parque o la autoridad más cercana, y desde allí tomare mi camino. Quizás en el camino recordaré algo que me ayude a obtener algunas respuestas.



Casi todo lo que yo acababa de comer había regresado a ver la luz del día. Vomité de nuevo, agachándome en los arbustos, tanto avergonzada como arrepentida por todas las calorías que se desperdiciaban en la tierra.

Demonios, me sentía como una basura.

—Ni lo menciones —le dije mientras me tambaleaba temblorosamente en el campamento y limpiaba mi boca. Él me había dicho que comiera despacio y lo ignoré—. No me digas *'te lo dije'*. Aunque quiero que sepas que lamento haber desperdiciado tu comida.

Como de costumbre, él estaba en silencio y ocupado. Eso me molestó un poco así que traté de no sentir lástima por mí misma o de redirigir mi frustración y temor hacia él por lo que posiblemente les había sucedido a mis amigas. Sabía que era un error mío no ser lo suficientemente paciente. Yo tendía a atacar a quien estuviera más cerca cuando me sentía fuera de control sobre una situación seria.

Bueno, esta era una situación espantosamente seria. Posiblemente mis amigas estaban en peligro o algo peor y, juro por mi vida, no podía encontrar una explicación al hecho de haber estado caminando por un momento hacia el sur y luego aparecer a unos ochenta kilómetros al norte, en el Parque Nacional Yellowstone. ¿Cómo pude haber olvidado una gran parte del tiempo que pasó? ¿Cómo era posible estar en este campamento con este hermoso

retroceso al Viejo Oeste? Miré a Harrison, miserable en mi enferma condición física, preguntándome sobre este sexi hombre que hablaba un poco raro. Él era considerado y honorable, hasta ahora, pero él también tenía una cualidad sensata que me dejaba perpleja.

Él estaba cubriendo los últimos rastros de la fogata, pateando la tierra sobre el área y usando una rama de enebro para rozar las marcas más evidentes que habíamos hecho en el sitio. La razón por la cual estaba tratando de ocultar nuestras huellas también me desconcertó.

La fatiga y la incomodidad comenzaron a correr por mi cuerpo. No tenía a dónde ir, ni alivio en el exterior, ni siquiera un lugar cómodo para sentarme y ordenar mis pensamientos. Sabía que debía desaparecer hasta que pudiéramos irnos, pero no pude evitarlo. Empecé a sentirme de nuevo como si hubiera sido atropellada por un camión y esto creo me impulsó a intentar provocar una reacción de él, aunque sabía que era infantil e injusto. Puedo considerarlo como mi propia marca de irritabilidad.

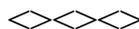
—Umm, si vas a acampar al aire libre sin nada parecido a una carpa te sugiero que inviertas en tu bolsa de dormir —le dije—. *Al menos*. Ese saco de dormir es de la peor calidad que he visto en mucho tiempo.

Él actuó como si no me hubiera oído, sus movimientos se enfocaban en sacarnos de aquí. Me apoyé en una de las grandes rocas del recóndito lugar e intenté de nuevo. Estaría satisfecha si lograba obtener una pequeña reacción de su parte, o al menos una pequeña cantidad de simpatía. La miseria adora la compañía.

—Juzgando por el resto de su indumentaria, deberías realizarte una actualización global —dije después de un barrido visual a los implementos del vaquero y a sus herramientas—. Simplemente estoy intentando servir de algo. Además, parece que sabes lo que haces aquí. ¿Por qué no usar un mejor equipo?

Él entrecerró los ojos como si yo estuviera hablando en otro idioma, sin embargo, permaneció inmutable ante mis palabras.

—No hay tiempo para charlas sin sentido —fue todo lo que dijo.



Una vez más estábamos sobre el caballo, aunque parecía una experiencia relativamente nueva ya que esta vez yo estaba consciente. Harrison se montó frente a mí en la silla de montar mientras yo me subí detrás de él con mis

brazos alrededor de su cintura, debajo del chaleco abierto de cuero que se había puesto contra el frío. Además de la camiseta y los pantalones de lana que llevaba (yo esperaba que este vaquero usara jeans) envolvió un pañuelo alrededor de su cuello y un sombrero de vaquero cuya visera, afortunadamente, se inclinaba hacia abajo en la parte trasera y no era demasiado ancha como para que entrar en contacto con mi cara cuando saltáramos sobre el caballo. Él también me había hecho un lugar moviendo su rifle y atándolo a los paquetes que habían detrás de nosotros, en los cuartos traseros del caballo.

Por supuesto, él olía tan bien como cuando habíamos estado juntos bajo la manta. Si me hubiera sentido mejor, habría corrido un alto riesgo de ser seducida por este calificado ‘hombre de pocas palabras’ amante de la naturaleza. ¿Quién hubiera adivinado cuan seductor sería esto para una mujer que vivía solo para los libros y las palabras?

Estábamos en los límites de un bosque, bordeando un gran terreno abierto. Las tupidas hierbas se balanceaban con el viento y, más allá de éstas, las pequeñas y ondulantes colinas salpicadas de pinos o algún tipo de conífera daban paso a picos más altos en la distancia. Incluso tan distraída como yo estaba por la falta de respuestas ante los acontecimientos recientes y por la sensación de su musculoso cuerpo contra mis brazos, la vista me hizo sentir rebosaba de algo alegre, algo más grande que yo. ¿Quién podría permanecer impermeable ante la belleza del Parque Yellowstone?

—¿Qué son esos? —le pregunté, señalando a una manada de animales que pastaban en el lado opuesto del valle.

—Son Elk —él respondió—. *Wapiti* es otro nombre para ellos.

Harrison me había dicho que me llevaría a su casa donde me conseguiría atención médica y donde yo tendría todo el descanso que necesitaba hasta que 'mi gente', como él los llamaba, pudieran ir a recogerme. Yo le había preguntado por las estaciones de guarda parques y él me había mirado desconcertado por un momento y luego me dijo que el superintendente de alojamientos estaba en el lado más alejado del parque y, por lo tanto, no nos ayudaría. *De todos modos, ¿dónde estaban todos los turistas?* me preguntaba. *Los otros excursionistas, funcionarios del parque o científicos, todas las personas que uno pensaría que encontraría en un día de viaje.* No había estado aquí desde que era una niña y había planeado ir el día después de la caminata en la que habíamos tenido el accidente —si es que eso había sido un accidente... ¿Así que tal vez no había turistas por aquí porque de alguna

manera yo había sido arrastrada por el río a una zona aislada del parque? No había visto ninguna carretera aun, por lo que tuve que asumir que misteriosamente había llegado a una parte salvaje y aislada del parque. Estaba aprendiendo a reducir el número de preguntas que le haría a Harrison a medida que notaba que este hombre poco social parecía tener un límite.

Después de una media hora de viaje, saqué el tema que sentía que era lo suficientemente importante como para expresarlo. Le planteé la pregunta en una forma medio burlona, aunque también necesitaba saber.

—La noche anterior, Sr. Harrison. ¿No podría al menos haberme dejado puesta mi ropa interior y mi sostén?

Él había girado la cabeza ligeramente en dirección a mí cuando comencé a hablar, pero ahora miraba directo al frente. ¿Siempre haría estas grandes pausas antes de responder? *¿Cuándo fue la última vez que este chico había tenido algo de compañía?* me pregunté.

—Señora. En primera instancia le deje puesta su ropa interior pero no se secaban, ni siquiera con nuestro calor corporal —él aclaró la garganta—. Una mujer aparentemente educada como usted estaría de acuerdo en que —él aclaró la garganta de nuevo —su pecho y las áreas más bajas son vitales para su condición general. Se las quité y así fue como usted se pudo calentar.

—¡Ejem! —dije en tono de broma— más te vale que yo realmente haya estado cerca de morir. De lo contrario, tendrás que pagar, Harrison Moore. ¿Me entiendes?

Él miró su mano sobre las riendas por un momento, su perfil permaneció placido en contemplación.

—Creo que sí. Pero quizás usted deba intentarlo con otra clase de lógica.

¿Una réplica? Esperé por lo que pareció ser un minuto completo.

—Bueno, continúa —lo insté— ¿Eso sería qué, exactamente?

—Hay honor y hay supervivencia. Y a diferencia de lo que usted parece estar insinuando, ambas son incompatibles —él contempló el cielo y, con la cabeza en alto, observando en búsqueda de algún fenómeno invisible por encima de nosotros o tal vez solo el vacío cielo azul blanquecino la madrugada, permaneció en silencio un momento antes de terminar de dar su punto de vista

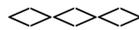
Caray, tomaba tiempo acostumbrarse a su ritmo, pensé, frunciendo los labios y levantando las cejas. Era difícil decir si él era tan serio como sonaba.

—Quizás eso te ayude a tranquilizar tu mente. Si no, no sé qué más puedo hacer al respecto.

De pronto, mi rostro se sonrojó y yo estaba contenta de que él se hubiera volteado hacia el extenso paisaje. No recuerdo la última vez que me había sonrojado. Tal vez fue porque pensé que tenía la delantera y lo estaba molestando descaradamente. O tal vez era por su franqueza y su caballerosa actitud que no tenía esa superficialidad de ciudad basura.

Y tal vez fue al pensar que anoche, este oscuro y silencioso hombre cuyos músculos ahora se movían contra mí con cada inclinación del caballo me había visto desnuda y había puesto sus manos encima de mi cuerpo.

Mientras me quedé masticando sus palabras y pensando si hacer las paces con él o no, él hizo que el caballo retomara el ritmo. Pensé en que esto y la forma en la que él estaba tenso y examinaba constantemente nuestro entorno, no era algo para nada tranquilizador. Pensé en hacerle una broma acerca de la probabilidad de que hubiera asesinos a sueldo en medio de la nada, o de ecologistas radicales, pero decidí no decir nada. O al menos esperar hasta que mis mejillas retomaron su color natural.



—Los Pies Negros han sido vistos en el área recientemente —él dijo en respuesta a mi consulta final.

Me extrañaba su desconfianza general, especialmente cuando habíamos pasado por un barranco: él me había señalado que guardara silencio con un dedo en sus labios. —Ellos son del tipo impredecible. Tienden a disparar primero y a hacer preguntas después. Posiblemente ni siquiera preguntan.

Yo estaba sorprendida, no entendía lo que él quería decir. Seguramente él no había desarrollado repentinamente el sentido del humor.

—¿Pies Negros? —dije con incredulidad—. ¿Y a qué te refieres con... hacer preguntas después de qué?

—Los indios Pies Negros.

—Creo que el término es 'indígenas' a menos que tú seas nativo americano. Pero discúlpame si lo eres. ¿Estás hablando sobre algún tipo de posición política que los Pies Negros están tomando, como una manifestación contra el gobierno? No escuché nada al respecto en Jackson.

Estábamos tomando un descanso junto a un arroyo, rociando agua en nuestras caras y cuellos en medio del calor del día. Harrison parecía que estaba intentando navegar mentalmente entre la avalancha de preguntas. Él tomó aire, moviendo la lengua por los dientes de atrás en una forma atractiva.

Aparté mi mirada de esa boca tan sensual.

—Hablas rápido —él dijo—. Es como si tu mente esta toda confusa y no puedes mantener tu atención en cada pedazo de tu propia conversación —él me miró con los ojos entrecerrados. Las gotas de agua corrían por su cara y cuello—. Entonces mezclas todo —inclinándose, usó su mano para tomar agua del arroyo, la cual luego vertió sobre la parte posterior de su cabeza—. En respuesta a tus preguntas, la tribu Pies Negros. Después de disparar tantas flechas como puedan hacia su enemigo. No reconozco el significado del resto de lo que me preguntaste.

—Eso es imposible. Ningún grupo indígena dispararía flechas reales a las personas, incluso si esas personas son personas blancas que lo ameriten. Realmente no sé a qué te refieres —el agua había hecho muy poco para enfriar mi caliente y ardiente piel—. ¿De dónde sacaste esto de todos modos? Es decir, como si estuvieras diciendo la verdad.

Ante esto, él se enderezó para darle algunos ajustes finales a las alforjas y pivotar lentamente alrededor hacia mí. Sus ojos ardieron por un momento, luego se empaparon por alguna medida que hizo de mí y mi cara, supongo, en la cual no leyó indicio de malicia.

—Yo sería más cuidadoso al acusar a la gente de deshonestidad en estas partes.

Él se volteó hacia el caballo, el cuero chirrió mientras apretaba una correa. Él se montó y extendió una mano para que me incorporara en la silla, detrás de él. Suspiré y sacudí mi cabeza, luego tomé su mano para subir a mi lugar.

Comenzamos nuevamente nuestro viaje.

—En cuanto a tu pregunta sobre el origen de la información —dijo Harrison—, los Shoshones me lo contaron. Ellos han pasado los reportes tanto de la montaña como de los llanos, así que los Pies Negros están cubriendo una parte considerable del terreno. Y esas son malas noticias para todos nosotros, indios y blancos por igual.

Me sentía irritada, muy irritada, como si sus palabras no tuvieran sentido a pesar de que las había escuchado con suficiente claridad. ¿Estaba hablando de una de esas reconstrucciones históricas que las organizaciones a veces organizaban? ¿Por qué no podía simplemente darme una respuesta directa?

—No quiero decir que tenga algún resentimiento contra los Pies Negros. Ellos sufrieron una terrible epidemia hace siete años: casi los aniquiló. Ha sido una tragedia tras otra para todos los pueblos indígenas. Los Pies Negros

son un pueblo en guerra, a diferencia de los Shoshones, por lo que trato de guardar distancia. Ellos se defienden a sí mismos, eso es todo.

Otro par de kilómetros de viaje y de repente se sintió como un interminable viaje por el campo.

—Harrison —le dije, inclinándome hacia él desde atrás—. No me siento muy bien.

Cerré los ojos y traté de hacer de tripas corazón ante incomodidad en la parte trasera de un caballo.

—Ya llegamos —lo escuché decir. Miré hacia adelante, por encima de su hombro. Se me vino el mundo abajo. No quería ser una quejona pero su casa era una choza.

Él desmontó y giró en dirección a mí. De pronto, parecía preocupado y se acercó para poner una mano en mi frente.

—No pretendo herir tus sentimientos —murmuré— pero tu hogar no va a ser suficiente en vista de mis necesidades actuales de atención médica. Las cuales creo que son bastantes significativas en este momento.

Me deslicé del caballo, incapaz de mantenerme sentada en la silla de montar, y sentí como él me sostenía. Bajándome al suelo suavemente, Harrison me puso de lado y me acarició el pelo y la mejilla. Me sorprendió escucharlo reír.

—Ana —él dijo—. Este no es mi hogar, es mi cabaña de pesca. Simplemente necesito tomar algunos artículos y algunas provisiones y volveremos a nuestro camino. Solo necesitas aguantar un poco más, eso es todo. Asiente si puedes hacer eso.

Asentí. Él realmente hablaba de una manera graciosa. *Yo he visto la serie de televisión Longmire*, pensé. El peso de mis párpados me hacía cerrar los ojos. *También he leído un par de libros de Craig Johnson*. Un sentimiento de orgullo por mi capacidad de pensar tan claramente me hizo sonreír a través de la neblina de mi mente. *Así es como algunos hablan en Wyoming*. Abrí los ojos y vi la cara grave de Harrison inclinarse sobre mí, luego desapareció de mi vista una vez más. La oscuridad me venció por completo.

CAPÍTULO 3

*A*na sacó su botella metálica de agua del bolsillo de malla de su mochila y se apoyó contra la pared de piedra caliza. Ellos estaban en el Cañón Kuhnai, al noroeste de Jackson, finalmente en una excursión después de asistir a la Conferencia de Estudios de Bibliotecas en Jackson.

Metiéndose lo más que pudo en la franja de sombra que todavía estaba disponible a esta hora de la mañana, ella tomó un largo trago y luego se rio de sí misma.

—El calor no es lo mío. Hombre, oh hombre, lleva tiempo acostumbrarse.

—Lo estás haciendo bien cachetes rojos —bromeó Elodie. Ella puso sus manos en sus caderas para recuperar el aliento—. Solo porque mis mejillas han conservado su color natural no significa que no estoy luchando con el esfuerzo. ¡Fiúuuu! esa fue una caminata difícil.

—Mi amigo me dijo que me 'apoyara en él calor, en lugar de luchar contra el'—dijo Ana—. Si claro —las mujeres se rieron—. Ni siquiera eso me preparó para este horno. El cañón Kuhnai y el mes de junio, ¡una combinación asesina! Pero intentaré no ser el eslabón débil muchachas. Por su bien.

—Estoy agradecida de que hayas sugerido y organizado esto —dijo Reese—. Otro momento en una habitación sin ventanas con un proyector y hubiera abandonado el barco, de todos modos. ¿Piensan que solo porque somos bibliotecarias no queremos dar un paso al mundo real?

Las mujeres se rieron de nuevo y se pasaron unas cuantas bolsas de refrigerios saludables para compartir.

—Estoy tan contenta de que ustedes pudieran lograrlo y estuvieran

dispuestas a caminar —dijo Ana a sus compañeras—. El año pasado dijimos que haríamos algo para conocernos mejor y lo hemos logrado.

Elodie, a quien a Ana le recordaba a la actriz francesa Audrey Tatou, y que tenía el mismo cabello corto y oscuro y un menudo cuerpo como la famosa estrella de cine, se limpió el sudor que le corría por la sien y el cuello.

—Veo que estás en una condición fantástica—ella le comentó a Ana—. Eres como un manantial que baja por el sendero, como si tus rodillas estuvieran hechas de algún material de la nueva era. Las mías están crujiendo con cada impacto y apenas tengo veintiséis.

—Encuentro el hecho de bajar más difícil que subir —aseguró Ana—. ¿Cómo te está yendo Reese?

Sentada en una roca con las rodillas dobladas, los brazos estirados hacia atrás y sosteniéndola desde atrás, y con la cara hacia el sol, Reese parecía inmutable ante el calor y la caminata.

—Intensamente —ella suspiró profundamente—. Y apenas son las diez de la mañana.

Ana observó el paisaje más allá del accidentado camino de piedra bajo sus pies. El cañón era magnífico. Más adelante, a una corta distancia, encontrarían su destino final: una cueva que albergaba un manantial. Ese sitio, y el manantial en particular, eran considerados sagrados para los Shoshones y los pueblos indígenas que habitaron la zona durante siglos. Ana sabía que una investigación arqueológica documentaba nueve mil años de ocupación humana en el área.

En este día, el primero de descanso desde que llegaron a la conferencia de estudios tres días atrás, ella estaba aprendiendo sobre sus amigos a quienes había conocido un año antes en la primera conferencia a la que asistió después de obtener su título. Cada una de las mujeres se había alegrado de encontrar relativa calma y compañía después del ajetreo de la convención. Reese, de Toronto, y Elodie; que había volado un día después desde Maine, se habían juntado con Ana donde habían acordado, a pesar de un año de estar separadas a excepción de la comunicación que tenían a través de correos electrónicos y llamadas por Skype. Viniendo desde Chicago, Ana se dio cuenta de que las tres eran unas extranjereras frente clima semi-árido de Wyoming, aunque todas estaban igualmente fascinadas con la majestuosidad del Grand Teton, el valle Jackson Hole y el alucinante paisaje de la parte occidental del estado.

Las mujeres fijaron las tapas de sus botellas de agua y se pusieron sus mochilas sobre los hombros. Salieron a la luz del sol y reanudaron su caminata.

Media hora más tarde llegaron a la cueva. Su entrada estaba húmeda, las paredes frías y texturizadas al tacto.

—¿Qué mineral blanco y traslúcido es este que se extiende a través de las paredes? —preguntó Elodie, mirando de cerca.

—Es yeso —respondió Reese. Algo solemne en la cueva hizo que las mujeres bajaran sus voces al nivel de susurros. Pero incluso el suave murmullo de las voces sonaba fuera de lugar en los oídos de Ana y también debía afectar a las otras mujeres, ya que no hablaron más.

Una sección en la parte posterior de la gran cueva estaba acordonada por los funcionarios del parque y por requerimientos tribales establecidos por los Shoshones. Aquí, un manantial gorgoteaba. Las mujeres se sentaron a contemplar en silencio el antiguo manantial y su piscina de agua mineral que había estado en existencia, según la creencia indígena, desde ‘antes del tiempo’.

Ana pensó en la hermosa elasticidad y las cualidades multidimensionales de las historias indígenas. ‘Existe esa noción de tiempo que abarca tan maravillosamente una paradoja’, se maravilló a sí misma: ‘las cosas existentes antes de que el tiempo comenzara’. Eso representaba una rica anti-linealidad sobre la narración de la existencia. Aquí, en esta cueva, reflexionó, la importancia de eso y su verdad parecían más ‘susceptibles’ que nunca antes.

Ella se dio cuenta de que se había acercado al manantial sin ser consciente de ello, y estaba mirando hacia las profundidades del lado prohibido de la cuerda que la separaba a ella y a sus amigas de la fuente de agua. Ella frunció el ceño y miró de cerca el agua, escuchando atentamente. No, no era su imaginación, el gorgoteo del manantial había aumentado en sonido y en intensidad.

—Debe ser un truco de la acústica de la cueva —ella murmuró en voz alta.

—¿Qué es eso? —preguntó Elodie. Ella también se quedó paralizada por la entidad del manantial—. ¿Dijiste algo, Ana?

Ana escuchó a Reese pronunciar algo indistinguible, pero no pudo apartar la mirada de la hipnótica piscina o del lento movimiento de su mente de los pensamientos vacíos sobre el aumento inexplicable del ruido. Pero

cuando la voz típicamente calmada de Reese y su aire de competidora tenaz perforó el aire con sus repentinos gritos, las palabras finalmente llegaron a Ana.

—¿Chicas ustedes lo ven? ¡El agua está subiendo!

Ana salió de su parálisis y observó el borde de la piscina. Definitivamente se estaba agrandando, extendiéndose fuera de sus límites a un ritmo sorprendente.

—¿Hay algo en el libro de senderismo sobre eso? ¿Puede que sea algún tipo de géiser? —preguntó Ana.

Reese retrocedía, pero Elodie se quedó fascinada a medida que el agua alcanzaba sus pies y, medio minuto más tarde, engullía sus botas en aguas minerales poco profundas.

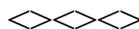
—¡Elodie! ¡Ana! Muévanse y saquen sus culos de ahí. ¡Vamos! Ninguna de nosotras sabe a qué nos enfrentamos, ¡así que muévanse!

—Se siente tan extraño —murmuró Ana lentamente.

Letárgicamente, miré nuevamente a Reese para ver a la mujer alta y atlética caminando hacia ellas gritando. Reese no se estaba comunicando con Elodie, quien tenía una extraña sonrisa en su rostro, así que metió ambos brazos debajo de los de Elodie y comenzó a arrastrarla hacia la salida de la caverna como haría un salvavidas con una víctima que se ahoga. Ana podía ver a Reese gritándole, pero los sonidos estaban deformados y en silencio, como si hubiera un muro impenetrable e invisible entre ella y las cuerdas vocales de Reese. Ella apartó la mirada de la lucha de Reese con Elodie y volvió hacia el manantial y al agua que también la había alcanzado.

Su cuerpo se sentía como el plomo, pero no era algo desagradable, solo curioso. El calor irradiaba de sus extremidades. Algo lejano, profundo e inmenso sonaba como un tambor en su conciencia interior, llamándola. Nunca antes había escuchado a esta entidad, no había nada parecido en su vida, de eso estaba segura.

Se hacía más fuerte. En lugar de esperar a que se le acercara, ella comenzó a moverse hacia ella.



—Señorita Ana —una voz desconocida me llamaba, repitiendo mi nombre.

Lentamente mis ojos se abrieron. Un hombre estaba sentado a mi lado,

justo al lado de mi cama, donde yo yacía debajo de varias colchas. Eran pesadas y me incomodaba la forma en la que picaba mi piel contra su peso y su almidonada textura. Giré la cabeza hacia la voz del hombre y me concentré.

—Soy el doctor Philips. Ha tenido mucha fiebre y recién está de vuelta con nosotros. Felicidades. Es usted una luchadora, pequeña dama.

‘Pequeña dama’. Lo miré y a su condescendiente reconocimiento. Él estaba radiante. Un pequeño movimiento detrás de él me llamó la atención. Algún tipo de babosas se retorcían en un par de jarras sobre una cómoda antigua. Mis ojos volvieron al hombre. De hecho, un grueso bigote se extendía más allá de su boca y se curvaba hacia arriba para señalar hacia sus orejas. *Podría calificar como un bigote manillar*. Realmente son excéntricos en Wyoming. *¿Era acaso un primo de Hércules Poirot, tal vez?*

—¿Qué son esas cosas? —pregunté en voz alta. Mi voz sonaba ronca. Señalé hacia las babosas con mi barbilla.

Él se volteó en dirección a los frascos detrás de él y de nuevo hacia mí y se encogió de hombros.

—Sanguijuelas, por supuesto.

Mis cejas se crisparon. Sentí que mis ojos se ensanchaban.

—Estaba en un terrible estado, la fiebre la tomó por completo, señorita. Usted debería agradecerle casi todo al señor Moore por su recuperación y su supervivencia, debo agregar. Diría que solo era cuestión de horas antes de que hubieras pasado a cualquier punto de posible retorno. No sin un daño cerebral permanente, de todos modos.

Mis ojos se abrieron aún más y sentí que mi rostro recuperaba cualquiera que fuera el color que había sido drenado de él.

—Pero, no vale la pena volver a contar eso, no ahora, de todos modos — él dijo apresuradamente. Recogió sus frascos de especímenes viscosos colocándolos en una vieja bolsa negra de médico que se cerró con un broche en la parte superior—. Volveré mañana para ver cómo está, pero no estoy preocupado. Solo guarde reposo en cama. Sin comprometer las órdenes de los médicos, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza, deseando sobre todo que este extraño hombrecillo me diera algo de privacidad. ¿Cómo había llegado él a estar a solas conmigo de todos modos? ¿Tan inconsciente había estado? Él salió aparentemente satisfecho de sí mismo y me dejó para mirar a mi entorno.

Luché para levantar mis hombros sobre las grumosas almohadas.

Harrison había dicho que me llevaría a su rancho. Era una habitación muy bien decorada en lo que parecía ser una estructura sólida, si bien con corrientes de aire, pero no podía ser un hogar. Ciertamente no el hogar de un vaquero. Parecía que me habían llevado a un museo. Una vez más, mi recuerdo de infancia de Yellowstone y el gran Yellowstone era demasiado borroso para ser de mucha utilidad. Sin lugar a dudas, habría casas históricamente preservadas convertidas en museos diseminadas a lo largo del gran Yellowstone para retratar el viejo oeste, para conservar la historia y para atraer a los turistas. Harrison podría tener lo que se podría considerar más seguro o simplemente necesario para la primera, entre el lugar donde la fiebre me había sobrepasado y su propio rancho. Por otra parte, él tenía un montón de reliquias, así que quien sabe. ¿Tal vez él tenía un lado fetichista histórico?

O tal vez pensaba en sí mismo como una especie de figura Thoreau, replegado a un tiempo más simple y rechazando a la tecnología. O tal vez simplemente se había criado como un Amish.

Las colchas estaban cosidas a mano. Pasé suficiente tiempo en el Instituto Smithsonian como para reconocer como fueron fabricadas. Cada una representaba un patrón tradicional establecido, como 'cabaña de tronco'. Ellos eran dignos de admiración. Los muebles también eran interesantes. Todo era antiguo, había incluso una lámpara de aceite real. Algunas de las piezas eran artesanales y finamente elaboradas, como la mesa, con una jarra de agua sobre ella en el borde de lo que asumí que era un lavabo; todo lo demás era realmente rústico. No había un solo diseño de IKEA presente en ninguna parte, o dispositivo eléctrico, como un ventilador o una luz. Me incliné fuera de la cama buscando las bases de las paredes donde generalmente habría un reloj o una lámpara conectada. Incluso los museos tenían tomas eléctricas.

Pero aquí no había ninguna.

Comencé a sentir una sensación enfermiza en la boca del estómago. Era mucho más que la causada por el galón de agua de río que había bebido o la necesidad de comida sólida. Tan poco tiempo había pasado y desde que peleé contra el Río Snake, y casi nada me había ayudado a sentirme en un terreno familiar.

—¡Ey! Espera. Vuelve a la cama.

Harrison había entrado en la habitación y me encontró arrodillada frenéticamente en el suelo, en busca de signos del siglo veintiuno.

A pesar de mi pánico, mi corazón saltó para verlo. Estaba más guapo que nunca, un chico y un hombre a la vez. También era divertido verlo en

ambientes cerrados. Él era demasiado para la habitación, de alguna manera demasiado grande. La habitación no podía contenerlo.

Él me ayudó a volver a la cama y me miró con preocupación.

—¿Todo está bien, Ana?

Sin saber por dónde empezar, mis ojos saltaron y mi labio inferior comenzó a temblar.

Él se apoyó cerca de mí, acariciando mi mejilla con el dorso de una mano y haciendo ruidos suaves para calmarme.

—Respira profundamente —él dijo en voz baja—. Bien, ahora otro.

Cerré los ojos e hice lo que él dijo. Luego formé palabras de la oscura nube de confusión y señales alarmantes que parecían estar en el medio.

—Ese 'doctor' bromeó sobre las sanguijuelas. Él *estaba* bromeando, ¿verdad? Por el amor de Dios ¿No dejaste que un charlatán pusiera sanguijuelas sobre mí?

Harrison arrastró una silla cerca de la cabecera de la cama y se sentó.

—Sangría.

Mi garganta se secó.

—No. El doctor Philips quería aplicar las sanguijuelas para tratar tu fiebre. Como yo había predicho, él optaría por ese tratamiento en particular, pero no lo dejé. Así que para decirlo de algún modo. Simplemente, no hizo falta —él me miró con incertidumbre y luego agregó: —No sé cómo tomaras lo que voy a decir, pero aquí está de todos modos. De la experiencia y una inclinación general a dudar de las prácticas europeas comúnmente consideradas como leyes, desarrollé un gran respeto por la medicina india. Yo particularmente creo que son impresionantes y efectivas.

Respiré en señal de alivio y me relajé. Un ligero sonido de risa se me escapó.

—Él parecía alegre hasta el extremo. ¿Cómo te las arreglaste? Quiero decir, me burlé de él. Él no parecía ofendido.

—Bueno, me crucé con los planes del doctor antes de que él pudiera llegar aquí, administrándote un remedio herbal que algunos amigos Shoshone me enseñaron.

Aliviada, me reí porque el vaquero era capaz de leer la naturaleza humana.

—¿Entonces no me aplicaron sanguijuelas?

Él sacudió la cabeza.

—Sin sanguijuelas. Principalmente llamé al médico porque supuse que

una mujer de la ciudad como tú esperarías algo así —él sonrió, las comisuras de sus ojos se arrugaban cuando parpadeaba—. Viendo que has tenido una recuperación tan buena, mantendré confianza en las practicas indígenas.

Me hundí de nuevo en las almohadas, pero el alivio fue efímero.

—Harrison —dije, mirando las vigas y los tablones de madera entrecruzados—. Necesito que me digas dónde estoy.

Él se inclinó hacia adelante y tomó mis manos entre las suyas. Esta vez, él respiró profundamente.

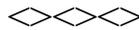
—Ana, estás en mi casa, en mi rancho. Justo a las afueras del Parque Yellowstone. Dije que te traería aquí y lo hice.

Entonces lo miré directamente. Cada fibra de mi ser comenzó a temblar de miedo.

—Harrison, ¿en qué año estamos?

Su semblante cambió, pero no con sorpresa. Era como si estuviera esperando que le hiciera esta pregunta en particular.

—En 1877.



Ante esa respuesta, su hermoso rostro se contorsionó. Con la boca retorcida en una forma terrible, volvió la cara hacia las almohadas. Toda esa valentía y ese coraje que ella había demostrado ahora no podía contener las lágrimas. Ellas rodaron por sus mejillas mientras sollozaba y agarraba las almohadas con un extraño pesar. Supuse que sintiendo miedo también al verla reaccionar con tal fuerza.

No podía ser cierto, pero ambos sabíamos que era así.

Lo gracioso era que había visto cosas aún más extrañas que las que se nos presentaban a los dos en este momento. Tal vez eso me ayudó a no luchar u oponerme a la inverosimilitud de todo. Mi primera reacción, una vez que había unido todas las pistas y anomalías frente a mí, desde su aparición en el río, la ropa y su manera de hablar, fue pensar que era una especie espectáculo o puesta en escena. Como de esos trastornados proveedores de equipo turísticos del Este a los cuales les gustaba usar el parque como una pista de circense. Pero aquí te sientes cómodo con el silencio y con el fenómeno.

Los Bannock-Shoshone hablan de portales mágicos. ¿Quiere decir esto que esta mujer vino de un tiempo futuro? No era diferente de esas luces inexplicables que brillan de todo tipo de colores en el cielo nocturno y fluían

como olas en una orilla. Los libros de Julio Verne trataban sobre cosas que aún no podrían haber sucedido. Me parecía que incluso su imaginación sólo podía llegar a este tipo de cosas mientras pudieran ser posibles algún día.

Que yo lo aceptara era una cosa. Estaba en el lugar en el que debía estar. Ana, por otro lado... Bueno, la palabra 'shock' no alberga todo por lo que ella debe estar pasando. Incluso si ella intentara creérselo.

—Ana —dije—. Prometo que cuidaré de ti, de cualquier cosa que necesites.

No, no podía imaginar lo que debía ser para ella ser cambiada de su mundo tan abruptamente. Me levanté para dejarla en su momento de tumulto personal, pensando que no le gustaría que la viese, siendo tan orgullosa como era.

Pero ella sujetó mi mano.

—No, quédate, por favor —dijo ella.

Me senté de vuelta. Estaba resuelto, me quedaría a su lado sin importar lo que nos arrojaran.

—Pronunciaste un montón de nombres mientras dormías, como si estuvieras en pánico y en problemas —suspiré ante el peso de las experiencias que la gente tiene que soportar. La belleza y la fealdad de los ciclos en mi granja de ovejas me enseñó como cada día todos nosotros somos susceptibles—. Incluso si todo está revoloteando en tu cabeza, me gustaría que pudieras dejar que tu cuerpo se pusiera al día durante el descanso. Después de eso, lo solucionaremos juntos.

A pesar de la palidez de su cara por estar tan enferma y por la conmoción que había recibido, sus labios brillaban con el tono rosa más bonito que había visto, como si una luz brillara desde su interior. Recordé cómo se habían sentido contra los míos cuando la devolví a la vida. Después, en nuestro paseo, cada curva de su cuerpo se había impreso en mí. Aunque era el deber un caballero, yo había intentado reprimir mis pensamientos sobre cómo se había sentido apoyada en mí sobre el caballo. O cómo su fuerte y esbelto cuerpo hacía crujir algo en mí, tal vez incluso dentro de mí. Como una ladrona de caballos.

Se me ocurrió entonces que quizás ella podría encontrar un camino de regreso a su tiempo. Ella había llegado hasta aquí sola, ¿era lógico que pudiera encontrar el camino de regreso? *Bien*, razoné conmigo mismo, *eso sería lo mejor para ella, sin duda*. Pero no me gustaba sentir a la serpiente que se enrollaba en mi interior con la idea de que ella se marchara.

Nos sentamos allí, la luz moviéndose a través de la habitación y luego profundizando en la sombra. Le acaricié la mano y silenciosamente le canté una balada hasta que se quedó dormida. La vieja canción escocesa había ayudado a muchos a relajarse ante problemas ostensiblemente insuperables.

No podría decir que yo estaba acostumbrado a hablar tanto. Tomé un trago de un frasco en mi bolsillo interior, solo un poco para aliviar mi garganta y fortalecer mi propio espíritu. Ella tendría que lidiar con un montón de cosas al despertar. Pero, hasta entonces, ella me tendría a su lado para alejar el dolor de la pérdida.

CAPÍTULO 4

Harrison me condujo alrededor de la casa del rancho, explicándome fotos cuando le preguntaba, imágenes en blanco y negro de padres y hermanos del este, y mirándome de vez en cuando para comprobar si yo aprobaba su casa. En una habitación amplia y abierta, descubrí con agrado las estanterías de libros que él había leído. Los había recibido todos desde el este, ya sea por petición personal o como un regalo de su madre, una pintora de acuarelas y una ávida lectora. Ver sus libros y detectar su familiaridad con escritores como Mary Shelley y Herman Melville me recordó lo fácil que era estereotipar a alguien. Dios sabe que la gente lo hace todo el tiempo con los bibliotecarios. Harrison era un vaquero bien letrado y un ranchero que hablaba poco tal vez, pero cuando lo hacía, mostraba sopesa y pensamiento y, a menudo, era sencillamente hermoso. Su mente corría mucho más profundo de lo que él le permitía y no sentía la necesidad de tratar de impresionar a nadie. No había nada simple en él y esto me parecía intrigante.

Claramente, él venía de una familia educada y adinerada, y me pregunté por su decisión o lo que sea que lo había impulsado a emprender el camino hacia el oeste. Debe haber dejado atrás la oportunidad, la comodidad y ciertos privilegios culturales que el oeste no podía ofrecerle.

1877. Mierda. Todavía no había *digerido* eso. ¿Cómo podría? Yo sólo estaba tratando de sobrellevarlo, no me importaba soportarlo. Mientras miraba a Harrison organizar unos troncos junto a la chimenea como preparativo para la noche, tuve que admitir que él me estaba ayudando enormemente.

Un vaquero sabio, competente y culto. Pudo haberme ido peor cuando el

río me escupió en medio del primer parque nacional mundial.

Los hombres que conocí en el año 2020 eran, en su mayoría, conversadores natos, enfocados en la autopromoción. No todos, pero sí muchos. No sé qué pasó con la discreción y a los hombres que hacían las cosas bien, grandes cosas, pero que no publicaban todo ya sea para llamar la atención o recibir algún tipo de auto compensación.

Por otro lado, ¿podría acostumbrarme a estar aquí, en otro lugar, incluso con su compañía? ¿Podría acostumbrarme a la manera de ser, generalmente silenciosa, de Harrison, o al hecho de que él vivía en un rancho de ovejas y no en la ciudad? Era diferente, sin duda. *Pero mira al ayer*, mi mente señaló. Ayer, junto a mi cama, él había hablado y hablado cuando yo había necesitado que lo hiciera. En contra de su privada y solitaria naturaleza, él me había ayudado a poner las piezas en su lugar, a pesar de que había sido sacado fuera de su zona de confort. Él me había cantado para que me durmiera, por Dios santo. Yo pensé que si él estaba dispuesto pasar un incómodo solo cuando yo lo necesitara y a 'dar un paso al frente', eso por sí solo era algo inmensamente importante.

Tomé el libro de *Veinte Mil Leguas de Viaje Submarino* de Julio Verne y *Viaje Al Centro De La Tierra* de sus estantes. Harrison se apoyó en la entrada de la habitación mirándome. Él tenía un gusto vanguardista con estos innovadores libros de ciencia ficción, pero también me maravillé cuando levanté la cobertura delantera de los libros: eran la primera edición. Valían una fortuna en mi época. Pero eso no importaba. Los libros eran mi mundo y yo tenía en mi poder las primeras copias impresas de dos de los libros más apreciados y amados. Se sentía maravilloso.

Él se rio cuando coloqué los libros en mi nariz y los aspiré.

—¿Cuál fue esa balada celta que cantaste para mi noche? —le pregunté.

—*Tam Lin* —él respondió.

—Tienes una hermosa voz. ¿De qué se trata?

—Bueno, deberías encontrarle sentido a través de la música para que realmente todo se una. Pero esencialmente se trata de la valentía de una mujer.

Lo miré y sonreí, ladeando la cabeza por lo inesperado que él continuaba siendo.

—¿Muéstrame el resto de tu casa?

Él me condujo a las otras habitaciones.

Su casa era espaciosa y estaba sólidamente construida contra los

elementos. Él resaltó todas las modernas comodidades, las cuales me hicieron reír a veces, y en otras oportunidades la sensación de depresión me alcanzaba de nuevo.

Era necesario abordar un tema con él. No podía ir a preguntarle a una de las esposas de los trabajadores del rancho y decirles que había pasado a través de un túnel del tiempo. Era algo que siempre me había molestado, que esperaran que las mujeres lo ocultaran o se sintieran avergonzadas. Por otro lado, ¿tal vez era un tema tabú para un tipo del siglo diecinueve?

—Está bien, Harrison —anuncié—. Estoy a punto de tener mi período. La *menstruación* —dije con humor y confianza.

—¿Y? —él preguntó, impávido.

—Bueno, necesitaré algunos suministros. ¿Qué tendría 1877 en el camino, una almohadilla? Eso es absorbente. Voy a adivinarlo, incluso si los tampones ya se han inventado en esta época, no estarán disponibles en el área rural de Wyoming.

—Estamos en un rancho de ovejas. La lana debería servirle señorita Ana. Mientras tanto, me ocuparé de poner un catálogo de ordenes dependiendo de lo que la Sra. Kendly nos pueda ofrecer a modo de información —él me lanzó una mirada cómplice como si quisiera demostrar que estaba entendiendo mis necesidades no expresadas—. Como discretas. Ella está en Dubois, pero viene con regularidad junto a su esposo.

—Gracias —reflexioné un momento—. Lana de oveja, ¿eh? —me era difícil ser entusiasta—. Está bien entonces.

Tomamos un poco de aire fresco. Las ovejas se veían como puntos sobre los pastos al norte de la casa de campo hecha de piedra. Ni siquiera se me había ocurrido preguntar qué tipo de rancho tenía él, ni nada sobre su sustento. Cuando le pregunté si las ovejas visibles formaban parte de todo su rebaño él me dijo que tenía a muchas otras deambulando por las colinas de su tierra.

—Se mantendrán en su rebaño, alrededor de cien ovejas en cada uno, y casi siempre se quedarán en las colinas. Hemos traído a las que ves allí porque los venderemos. Vendemos ovejas en el verano, incluidos algunos de los mejores machos para la cría.

En un banco, el cual me dijo que era uno de sus lugares favoritos en la propiedad con un paisaje que era impresionante, nos sentamos en silencio contemplando el escenario. La línea de la montaña Grand Tetons delimitaba el valle sureño, y los esplendores del Parque Nacional Yellowstone se

extendían hacia el norte. Él había colocado una manta alrededor de mis hombros para protegerme del frío a la temprana luz de la noche. Finalmente, él volvió sus ojos hacia mí. Sentí su mirada con tanta fuerza que sólo pude devolvérsela. Nos miramos el uno al otro, no había ni una sola palabra pasando entre nosotros. El cabello castaño que enmarcaba su hermoso rostro fue levantado y arrastrado por el viento. Las profundas líneas grabadas en su piel bronceada por los elementos y, sin duda, las dificultades de la tierra, le daban tal carácter que yo anhelaba tocar cada pliegue. Él se había ganado esas líneas. Era un hombre robusto en una tierra brutal y hermosa.

Él rompió abruptamente su mirada, tomó el sombrero del banco que tenía al lado y, ajustándolo a su cabeza, se levantó y me hizo una señal de asentimiento.

—Señorita —dijo con calma—. Iré a la granja y luego me reuniré con usted para la cena. Mientras tanto, descanse si le place hacerlo.

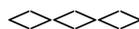
Para mí, sentía como si su sentido de gallardía era un intento de desactivar la tensión eléctrica entre nosotros. Me preguntaba si era a propósito, y supuse que sí. Pero si así era, no tenía éxito.

Yo admiraba sus anchos hombros y lo vi salir a zancadas, sus largas y bien proporcionadas piernas lo llevaron a los establos. Mirando hacia atrás, hacia el panorama que se extendía ante mí, mi ritmo cardíaco latía muy por encima de lo normal.

—Hola, mi viejo corazón —murmuré al viento, mi corazón se abalanzaba dentro de mi pecho. ¡Qué efecto tenía el hombre sobre mí!

En el frío de la mañana cuando me desperté en el campamento con él, entre sus brazos, él había caminado desnudo en el campamento, ajeno al ambiente, e intentó cuidar de mí en primer lugar. Esas musculosas piernas que se habían flexionado cuando él había salido de la cama en el campamento y su perfecto trasero no habían fallado en provocarme. Por encima de ellas, estacionados en las curvas inferiores de su poderosa espalda, dos hoyuelos me llamaron la atención.

Imposible, no podría haber vuelta atrás.



Ella me encontró dentro del establo. Yo le acababa de brindar un poco de cuidado adicional a los caballos después de que el ayudante del rancho los atendiera por la noche. La miré moviéndose hacia mí como si algo la

estuviera impulsando, obligándola, y supe que no podía confundir su intención. Me encontré con su fuerza indómita y la tomé entre mis brazos.

La besé. Su boca sabía a pasión y fuego. Mantuve mi boca en la de ella en un beso largo y tempestuoso en el que ella se entregó. Ella empujaba su cuerpo contra mí, se arrojaba a mis brazos, pero también cedía. Echó su cara hacia atrás, separó sus labios y me miró fijamente, desafiante.

—Ana —dije. Mi voz pareció un gruñido.

Era todo lo que podía decir con sus ojos oscuros y enérgicos buscando mi rostro y la realidad de su situación llegando con velocidad y la fuerza de unas nubes de tormenta. Tomé su cara con mis ásperas manos y la atraje hacia mí otra vez. Mi beso fue rudo y firme. La reclamé y le hice saber que lo único que podía hacer era poseerla.

Un sonido emergió de su garganta y prendió fuego a mis entrañas. Me invitó, me sedujo, me indicó que el beso había sido tan explosivo para ella como lo había sido para mí. Enredé mis manos en su pelo y la empujé hacia atrás como en un baile de salón, inclinándome sobre ella con ansias. Ella jadeó y cerró los ojos, exponiendo su garganta completamente ante mí. Mi boca bajó y se cerró sobre su hermoso y suave cuello, su piel temblaba como si la electricidad lo atravesara. Retrocedí un poco y, suavemente, la mordí en la garganta, luego dibujé con lengua unos trazos hasta su escote.

—Harrison —ella dijo. Su cuerpo caliente entre mis manos y el movimiento de sus caderas me enviaban fuera de mí—. Tómame. Te deseo, tienes que hacerme tuya.

La miré, directo a sus llameantes ojos, su piel se había humedecido con mi saliva y su boca era de un tono más oscuro de rosa debido a la fuerza de nuestro beso. Mi pulso se aceleró, el calor de esta mujer encendía mi propia sangre.

La levanté y la llevé al establo, el cual estaba vacío. De ninguna manera podría hacer algo más que eso. De ninguna manera yo podría esperar para llevarla a un lugar apropiado. La llevaría al establo.

Tiré a Ana sobre el heno y me senté a horcajadas sobre ella. Ella levantó los brazos sobre su cabeza y se retorció como si nuestra pasión fuera casi dolorosa, como si fuera demasiado para soportar. Tirando de la banda elástica de su cabello, liberé la intensa oscuridad alrededor de su rostro. Enterré mi cara en su cabello de olor dulce y la respiré fuertemente mientras presionaba la dureza dentro mis pantalones contra ella. Presionada contra ella de esta manera, con mi ingle en el lugar donde luego la atravesaría, le acaricié el

cuello, el cabello y las mejillas. Nuestras bocas se encontraron de nuevo y ahora nuestras lenguas se buscaban ávidamente la una a la otra.

Apresuradamente, tiré de los botones de su blusa, tentado a arrancarlos todos. Con una mano contra la mía, ella comprobó mi velocidad, consciente sin duda de que era la única ropa que tenía. Sonreí ante esto y ella se rio, pero sus ojos pronto volvieron a la seriedad y al fuego. Saqué los desabrochados bordes de su blusa y levanté la prenda bruscamente. No había ningún corsé, solo una banda de tela moldeada alrededor de sus senos que se caía con una sola maniobra. Cada capullo rosado de sus pezones me tentaba con su atractivo. Tomando uno de sus senos con mi mano, puse su pezón, la areola y la carne de su pecho en mi boca y la chupé y la saboreé.

—Marcarme —ella suplicó—. Deja tu marca en mi pecho, chúpalo duro.

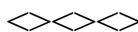
Coloqué mis labios en la curva exterior de su pecho y chupé con fuerza. La tomé de esa manera, la barba incipiente en mi barbilla frotaba su suave carne como papel de lija y mi lengua mientras labios la consumían. Ella vestiría esa marca durante los días venideros. Saber que ella me había permitido afirmarme de esa manera me acaloraba sin fin.

Ana puso sus manos debajo de mis tirantes y los sacó de mis hombros. Ella desabrochó el botón de mis pantalones. Me incorporé para hincarme de rodillas, desaté los botones de mi camisa y me quité la camisa. En el puesto contiguo, uno de los caballos relinchó suavemente, sintiendo sin duda un pulso en el aire.

Ana yacía debajo de mí, con el cabello extendido sobre el heno y con su pecho agitado por la emoción. Sus senos estaban firmes, con los pezones rosados, duros y fruncidos al aire. La marca oscura que había dejado yacía sobre su piel, en el exterior, en la sutil curva de uno de sus senos.

Con ojos brillantes, ella extendió sus brazos hacia mí, alcanzándome.

Tiré de sus pantalones, esta vez sin la frustración del extraño cinturón en su cintura dado que removí todo de una vez. Nada me hubiera detenido de todos modos. Mi deseo me impulsaba. No podía esperar el tiempo que hubiera tomado quitarle toda la ropa. Bajé mis pantalones con una mano y conduje mi longitud dentro de ella.



Él era todo vaquero. Sin formalidades. Y eso es lo que quería y eso era lo que yo necesitaba. Él me tiró al suelo, sobre el heno y metió su pene dentro

de mí. Si no lo hubiera hecho, creo que igualmente habría aruñado su espalda o algo así desesperada por comunicar mi lujuria por él. Tal y como estaban las cosas, de hecho, le hice un corte en la espalda, aunque no lo recuerdo. Los detalles dieron paso a un impulso primordial y salvaje como nunca antes había experimentado. Con él, esto era una necesidad pura y violenta.

Harrison entendió esto. Él hundió su pene en mí y nos quedamos allí, aturcidos por un momento, los dos. Pero casi de inmediato, más impulsos vinieron sobre mí y empecé a mover mis caderas contra él, llevando mis rodillas hacia arriba alrededor de sus muslos, hasta sus caderas. Él puso una mano sobre mi mejilla y cerró los ojos como si la sensación de mis caderas retorciéndose lo estuviera alcanzando. Él me besó, presionando su boca contra la mía. Fue tan estimulante, por lo erótico, que yo cerré los ojos para dejar que la sensación me inundara. Su lengua empujó entre mis labios para enredarse con la mía. Durante todo ese tiempo, su duro pene se movía dentro de mí y me estimuló hasta un paraíso pasional.

Él presionaba su boca y su cara en mi cuello. Dirigí mi rostro hacia su oreja y le susurré:

—¿Así es como dominas a tus novillos? ¿Es esto lo que aprendiste a hacer antes de criar ovejas?

Él levantó la cara y me miró. Reconociendo la provocación, me puso en mi lugar. Si esto era lo que significaba ceder entrometerse con el dominio masculino en el Viejo Oeste, mi cuerpo estaba cosechando los beneficios. *En este momento, me parece bien*, pensé, mientras él empujaba mis brazos sobre mi cabeza y los mantenía allí para tomar el control y penetrarme.

A la mierda si lo hizo. Los impulsos potentes y largos movían mi cuerpo hacia un extremo del establo. El vaquero empujaba profundamente dentro de mí, una y otra vez. Su duro pene no se detenía, casi me dolía que él estuviera tan adentro con su masiva anchura en mi apretado interior. Él me frotó, penetró y estimuló hasta que mis gemidos casi se convirtieron en gritos. Su mano estaba sobre mi boca por temor a que los ayudantes del rancho llegaran corriendo.

—Aún falta lo mejor —él dijo, y se retiró—. Me volteó sobre mi abdomen y se montó de nuevo, esta vez penetrándome por detrás, embistiendo contra mí.

Gemí y levanté mi cabeza para rezongar con voz ronca,

—Sin protestas, ¿eh?

Él me dio una palmada callosa y fuerte sobre mi boca. Sentí su peso sobre

mí mientras él se estiraba tras de mí. Manteniendo una mano sobre mi boca, usó la otra para hacer palanca sobre mi hombro en el piso del establo. Presioné mis dientes en la mano que había capturado con mi boca. Mi lengua lamió sus dedos salados y de sabor terroso hasta que comenzó a montarme. Solo entonces pude gritar y su mano amortiguaba cada grito.

—Harrison —grité su nombre nuevamente.

Él metió su pene dentro de mí, se echó hacia atrás, y empujó de nuevo, su ritmo se aceleró y su respiración se hizo profunda y desigual. Su mano por poco me asfixiaba, aunque se sentía bien. Yo quería que me lo hiciera así de duro, que me destrozara y eclipsara mi cuerpo con el suyo.

Él se vino. Una explosión tuvo lugar en mi núcleo caliente. El aroma de su semen y mis jugos se elevaron en el aire a nuestro alrededor, mientras sus gemidos sonaban en mi oído. Podía sentir su aliento caliente en mi cuello y mi hombro. Incluso mi propio aliento salía en formas de jadeos de desenfreno.

Él no había terminado, de alguna manera él sabía lo que muchos hombres en el siglo veintiuno no saben sobre el cuerpo de una mujer. Él se quedó encima de mí y deslizó una mano debajo de mis caderas. Me acarició y me estimuló hasta que llegué, seducida por su aplomo, la sensación de su eje aún dentro de mí y el olor a sexo.

CAPÍTULO 5

Después de nuestro ‘encuentro’ en el establo, nos esquivamos tímidamente (aunque para ser exactos, no había nada tímido en el vaquero, solo una especie de caballerosidad), intercambiando sonrisas privadas y de complicidad. Recuperé mi fuerza por completo, aunque mi buen juicio permanecía confuso. Aterrizar a finales del siglo diecinueve era la razón de eso.

Los primeros días en el rancho me familiaricé con la casa y el atuendo de Harrison. Su granja se llamada 'Rancho Wapiti' y estaba ubicada justo al sur de la esquina suroeste del Parque Yellowstone.

En estos primeros días, hice preguntas sin parar. No pude evitarlo. Muchas giraban en torno a los temas que despertaban mi interés histórico, como las prácticas caseras y los extraños artilugios arcaicos, y otras simplemente eran básicas, sobre temas como la higiene. Cuando quise lavar y Harrison señaló una tina de metal con asas, una ‘toallita de franela’, un trozo de jabón de lejía y la tetera en la cocina, asentí, pero cuando él me dio una taza llena de las cenizas de la chimenea para cepillarme los dientes, mi cara se cayó al suelo. Él se dobló de la risa.

—Toma —dijo sonriendo e intentando recuperarse. Era un frasco de pasta de dientes Colgate—. Te habría tocado usar las cenizas de la chimenea si hubieras aterrizado un par de años antes —su risa resurgió de nuevo.

La historia era fascinante y yo estaba en la envidiable posición de vivirla. Así que decidí sacar lo mejor de ella, quién podía saber si iba a regresar pronto a mi propia era; así comencé a explorar tanto como pude todo lo relacionado con el Wyoming de 1877 y el Viejo Oeste.

Otras preguntas eran sobre la vida y la familia de Harrison y, por lo tanto,

mucho más personales.

El acento de Harrison era seductor. La base de todo esto era la costa este, donde había crecido, pero tenía una entonación que provenía del exterior del gran Wyoming y del acento escocés de sus padres. Criar ovejas lo mantenía al aire libre la mayor parte del día, desde temprano en la mañana, sin embargo, él vino a ver a verme regularmente durante estos primeros días, a veces cabalgando de vuelta al rancho sin ninguna otra razón que pasar el rato conmigo.

Él justificaba esto al decir que sus pastores hacían la mayor parte del trabajo atendiendo el rebaño hasta el anochecer y que por lo tanto no era necesaria su presencia durante todas las horas. Pero, aunque estaba claro que la temporada de verano en el ciclo de cría de ovejas realmente traía consigo una cantidad significativa de trabajo para el dueño de un rancho, era obvio que Harrison simplemente buscaba mi compañía. Inventar excusas me ayudaba a no sentir que me trataba como a una inválida; eso respetaba mi independencia y era halagador. Me conmovió el placer que le ponía a estar juntos, a hablar y a llegar a conocerme.

Una vez me sentí lo suficientemente fuerte, sin embargo, me animé a conocer sus actividades fuera de la casa.

La primera vez, le pregunté a una de los ayudantes del rancho si podía guiarme al exterior hacia donde estaba Harrison. Emmet era un ayudante del rancho de Harrison y un hombre de confianza dentro de las operaciones de la granja. Él vivía relativamente en las cercanías y cuando era posible, y como la mayoría de los otros hombres, trabajaba unos días y luego regresaba a casa. Solo los pastores tenían que dormir en los pequeños edificios del rancho asignados para este fin, de modo que pudieran levantarse a las cinco de la mañana para chequear el rebaño y regresar luego en la noche.

Yo estaba empezando a acostumbrarme a su sentido del humor seco, con el cual era muy bueno. Emmet era realmente divertido, una cualidad que contrastaba con su aire serio y maduro. Con su desgarrada y elevada figura, el cabello y la barba pelirroja, y la camaradería, él estaba empezando a convertirse en un amigo. La lealtad que le mostraba a Harrison movió una fibra sensible en mí, eso era algo que necesitaba de las personas y que valoraba. Esa parte de mí quizás vino de tener a un padre del cual estaba distanciada y que nunca se había preocupado de asumir sus responsabilidades hacia mi madre o hacia mí, o de mostrar algún interés en su hija.

Emmet ensilló un segundo caballo y me acompañó a lo largo de tres o

cuatro kilómetros hasta donde Harrison estaba atendiendo la infección que había brotado entre algunos hefts, o parcelas de tierra abierta donde se crían las ovejas. Había aprendido a referirme a ellas como hefts en lugar de rebaños, aunque todavía sonaba extraño en mis labios.

—Eres mejor jinete cuando estás inconsciente —bromeó Harrison cuando se acercó a mi encuentro—. Pero puedo ver que aprendes rápido.

Sonreí con placer. Dirigimos nuestros caballos en dirección hacia las ovejas.

—En caso de que tengas la idea de lo contrario, pretendo ser útil —le advertí—. La palabra 'obstáculo' o 'incompetencia' no está en el vocabulario de esta chica.

Me miro de la forma que siempre lo hacía cuando utilizaba término que él no conocía.

—Umm —le dije— Chica ... al igual que 'bebé' —él me miró sin comprender—. Una mujer. Yo, me refiero a mí. Lo que quiero decir es, voy a ayudar en todo lo que pueda, siempre y cuando tú puedas mostrarme cómo hacer lo que sea que hagas.

Así fue como durante las siguientes dos semanas aprendí a reparar una valla y a buscar signos de enfermedad en las ovejas. Él me mostró cómo buscar huellas y otras indicaciones de la presencia de depredadores como los coyotes y los lobos, otros como los cadáveres que dejaban después de una cacería —signos de prevención. Los perros pastores eran esenciales para la granja y de igual modo como comprender sus funciones primarias para la supervivencia y el bienestar de las ovejas y la granja en general.

Primero, tuve que comprender cómo ensillar adecuadamente un caballo y equiparme para tener todo lo que necesitaría durante el día y los suministros de emergencia en caso de que nos quedáramos varados o si nos ocurriera algún accidente.

La importancia de estar atento al aire libre me fue impartida cada día que me aventuré fuera de los límites inmediatos del rancho con Harrison o uno de los rancheros contratados. Cualquier cosa, desde lobos, pasando por los osos pardos e indígenas hostiles, hasta el repentino mal tiempo podría rápidamente poner la vida de una persona en peligro. Y, a pesar de que en mi vida anterior anduve de excursión cada vez que podía, tenía la etiqueta de 'chica de la ciudad' escrita por todas partes aquí, en este lugar y tiempo.

La mayoría de los nativos americanos de la región eran hospitalarios, explicó Harrison. Los Shoshones y Bannock eran los más comunes, pero

también estaban los Crow y, en ocasiones, los Pies Negros, los cuales no eran tan amables. Harrison había dejado en claro que estas eran sus tierras. Me sorprendió escuchar su opinión sobre el dominio blanco y que él mismo se incluía dentro del grupo de hombres que se beneficiaban de tierras que no les pertenecían. No es que no estuviera de acuerdo con su definición de la explotación que se estaba llevando a cabo en el oeste, porque lo estaba plenamente: simplemente me sorprendía escuchar ese pensamiento ético y justo de alguien criado en su época. Él también era un rancharo, un hombre que amaba esta parte del mundo y su naturaleza salvaje. Pronto vi cómo él progresó en las tierras salvajes y sin duda, con el ritmo de las ovejas y las colinas que vagaban. Pero muy rápido aprendí sobre la profunda humildad de este vaquero y su creencia de que nada acerca de su permanencia era debido a él ni a los suyos.

—De lo que si soy culpable Ana —él me había dicho un día, mientras estábamos sentados de nuevo en su amado banco cerca de la puesta de sol — es de no rechazar la oportunidad de vivir aquí como lo hago, en estas tierras que muchos están siendo forzados a abandonar. Sin embargo, de todos modos, aquí estoy.

Él hubiera discutido conmigo que la palabra 'progresista' que yo había estado utilizando para caracterizar sus puntos de vista no era la correcta. Él me dijo que no hay nada 'progresista' en reconocer y hacer lo que era obviamente correcto. Los Shoshones sabían que él simpatizaba con su causa y su difícil situación. Durante los diez años que él había estado en la zona, se había ganado una estrecha amistad con los Shoshones, tanto como era posible entre ellos y un hombre blanco.

A menudo, Harrison atendía otros asuntos en el rancho y dejaba el cuidado directo del ganado a su ayudante. Adicionalmente a Emmet, me hice más cercana a Jonathan, el otro asistente de mayor confianza de Harrison. Harrison consideraba a ambos hombres como sus amigos y los tres, sin tener familia en Wyoming, confiaban entre sí como compañeros. Cuando los veía interactuar, me parecía que sus necesidades sociales se satisfacían más en un rancho aislado que lo que yo había logrado viviendo en Chicago.

Harrison también tenía asuntos administrativos de que ocuparse en su escritorio, aunque eso parecía complacerlo considerablemente menos que las tareas prácticas al aire libre. El ritmo de trabajo sin internet, o incluso sin la entrega de correo, me dejó asombrada, a pesar de que, al igual que pasaba con muchas otras cosas, era fácil adaptarse (aunque yo estaba preocupada en

secreto de tener que ir al dentista en algún momento en el futuro). Supongo que cuando no tienes opción, el cuerpo se acomoda a sus propios ritmos. La granja y su ritmo, y esos ciclos de tiempo con las ovejas que Harrison amaba tanto también me empezaron a gustar. En realidad, yo comencé a anhelar las conexiones que él sentía con los animales en la granja y las colinas que ellos deambulaban. Era una obligación ser parte de eso. Sentí una sensación de un futuro emocionante, especialmente en compañía de Harrison, que sabía muy bien lo que estaba haciendo. Él tenía un título relacionado con la agricultura obtenido en Nueva York, lo que había sido una condición de sus padres antes de que él partiera al oeste y, la experiencia de una década en la construcción y en la atención de su granja, además del espíritu empresarial juvenil lo había llevado por este camino en primer lugar. El cumpliría treinta y dos años en octubre.

Un día, cuando estábamos supervisando a las ovejas mientras yo lentamente daba vueltas alrededor de la manada de pastoreo, no lejos de la casa, vi a una oveja angustiada en la profundidad del rebaño. Silbé y le hice una seña a Harrison justo de la forma en que me había enseñado y el cabalgó rápidamente para investigar.

Fue necesario llevar a la oveja de vuelta al establo para tratarla. Harrison le ató las patas y colgó a la pobre criatura sobre la espalda de Domino.

—¿Te recuerda a alguien? —él me preguntó guiñando el ojo.

Esa noche, hice algunas preguntas sobre cómo cuidaba la salud de sus animales. Nos pusimos a hablar de los accidentes y la medicina y me acordé nuevamente de cuando él me había salvado de ahogarme. Mis dedos se dirigieron a mis labios y los acaricié meditativamente.

—Entonces, Harrison —comencé. Y le pregunté sobre lo que había sospechado: ¿él me había aplicado RCP? Me sorprendí al escucharlo confirmar que sí. Él me había devuelto a la vida besándome.

—No tengo idea de cuándo la RCP, la técnica que me aplicaste, entró en práctica, históricamente hablando, pero ¿cómo diablos supiste que debías hacer eso?

Él explicó que un familiar conocido en el Este era un médico de Francia. Harrison era un adolescente cuando el hombre le había dicho a él y a su familia acerca de haber realizado el procedimiento con alguien que estuvo a punto de ahogarse y de que tuvo éxito. El doctor lo demostró por diversión para el deleite de la familia, simulándolo con la tía de Harrison, y Harrison había prestado mucha atención.

—Entonces —dijo Harrison, empujando su plato a un lado para tomar mi mano— una oveja descuidada quedó atrapada en las aguas del manantial, en un crecido arroyo. Emmet y yo la sacamos. Ella no estaba respirando así que lo intenté y ella volvió a la vida.

Por un momento me quedé en silencio, demasiado sorprendida por las palabras.

—¿Esa oveja está en la manada?

—Umm, no exactamente. Las ovejas se estresan fácilmente. Es por eso que cuando necesitamos mover una, a menudo movemos todo el rebaño junto con ella para reducir la tensión. Requieren una mano suave. Esa oveja vivió después de mi improvisada maniobra, pero murió después de un ataque al corazón. Supongo, de alguna forma.

—¿Me estás diciendo —dije después de un momento— que besaste una oveja antes de poner tu boca en la mía?

En eso, nos miramos, y luego, con un grito lúdico, salí corriendo de la mesa con Harrison en una persecución cercana. Él me persiguió por la casa. A los dos nos gusta ser niños cuando los adultos están alejados. Finalmente, cuando me agarro por la cintura y ambos quedamos paralizados por la risa, me giró hacia él y me rodeó con sus brazos.

Su beso hizo girar la habitación a mi alrededor. Eso nos hubiera llevado a liberarnos por segunda vez, y por primera vez en una cama adecuada, excepto por el mensaje que él eligió pronunciar en ese momento. Sus palabras transmitieron cómo él asumía que nos casaríamos. Desconcertada, me liberé de su agarre. Era un hombre con tal visión de futuro que yo había hecho la suposición que sus puntos de vista modernos cubrían todas las áreas de su vida. Para mí, los revolcones habían sido algo más que satisfactorio. A pesar de mis crecientes y conflictivos vínculos con él y la forma de vida aquí, yo esperaba dejar todo así. Ahora, sin embargo, vi que Harrison estaba en modo siglo diecinueve.

—¿He entendido mal? —él preguntó—. No estás casada, ¿o sí?

Pero cuando negué con la cabeza y le dije que ese no era el caso, que no tenía nada que ver con mi estado civil, soltera o casada, captó mis pensamientos inmediatamente, sin más explicaciones. Su lenguaje corporal lo hizo retroceder a su forma reservada y poco comunicativa. El hombre era inteligente como el demonio e intuitivo al máximo.

Mientras sonreímos el uno al otro y luego nos retiramos a cada uno de nuestras respectivas habitaciones, me preguntaba si me acaba de perder la

mejor oportunidad de mi vida. Sin duda, esto nos haría retroceder un poco, y quién sabe cuánto trabajo tendría que hacer para volver a donde habíamos estado hace unos momentos, si es que dependía de mi decidir eso. Yo simplemente no sabía lo que quería y cuando las cosas me pesaban como lo hizo con su gesto hacia el matrimonio además de todo lo demás a lo que tenía que adaptarme, me apagaba a mí misma.



Ana ha estado aquí tres semanas completas. Ella ha recuperado su fuerza y su espíritu de una manera notable. Pero sé que ella a veces solo pone al mal tiempo buena cara. Esta noche noté que se veía modesta. Ella se retiró a la casa antes de que yo lo hiciera.

Completé las rondas finales del rancho dado que no hacerlo apropiadamente podría ocasionar que veas perder tu granja en un abrir y cerrar de ojos. Pero lo hice lo más rápido que pude. Entrando por la cocina, le preparé una bebida a Ana que había aprendido a hacer en el Este, era un cóctel de menta. Pensé que levantaría su espíritu con el gesto y, según mi experiencia, el alcohol siempre era una buena medicina.

Ella no estaba en la sala de lectura, así que cargué las dos copas y fui a buscarla. Fuera de su habitación, la escuché llorar a través de la puerta cerrada.

—Ana —le dije con mi voz ronca y áspera haciendo a un lado el sonido de sus sollozos—. Ana, ¿puedo entrar?

Luego de su respuesta afirmativa entré, solo para encontrarla sentada en la silla junto a la ventana. Estaba enrojecida por las lágrimas y el dolor. Me senté en el borde de la cama, frente a ella. La cama crujió drásticamente bajo mi peso y ambos nos reímos, ella casi se ahoga en lugar de reír entre dientes.

—Toma —le dije, y le di un trago—. Esto le hará bien a tu estado de ánimo.

Tocamos el borde de nuestras copas juntos y maldición, ella bebió toda su bebida en un solo trago.

Ella me explicó que estaba nostálgica y tratando de hacer frente a la realidad de nunca regresar.

—Estoy bien con eso —dijo. Las lágrimas brotaban de nuevo de sus ojos—. A la larga, lo estoy aceptando. Tú —dijo, mirándome con sus grandes ojos marrones— tú lo vales.

Por la forma en que lo dijo sentí que había colocado una correa alrededor de mi pecho y la había apretado. Yo finalmente entendí cuánto espacio del corazón de un hombre una mujer puede ocupar.

—Son solo los cabos sueltos los que duelen —ella dijo, mirando con miseria al suelo.

—¿Tienes familia? —le pregunté—. ¿Padres que se estén preguntando dónde estás?

No había querido preguntarle algo tan doloroso antes de que estuviera lista. La pregunta me había estado molestando. Tanto por ellos, si es que ella tenía padres, como por ella.

Ella cerró los ojos y se recostó y luego contó cómo su padre la había dejado para formar otra familia, en otro lugar, cuando ella era muy pequeña. Él no se había mantenido en contacto con ella. Su madre había fallecido el año pasado. Le pregunté sobre la muerte de su madre y quedó claro lo doloroso que eso aún era para ella.

—Tenía una rara forma de cáncer —dijo Ana—. Eso fue lo que me quitó a mi madre.

—¿Y hermanos? —pregunté. Aprendí que su madre había deseado tener muchos hijos, pero que nunca se había vuelto a casar. Ana era hija única.

Ella bufó con ironía.

—Creo que podrías decir que soy la mejor candidata para viajar en el tiempo. Sin familia cercana que me extrañe y que sufra por un corazón roto —ella resopló irónicamente.

Era difícil verla tan triste. La tristeza la había superado, a pesar de sus esfuerzos con el humor negro. Sin mediar palabras, tomé su mano en la mía. Si bien yo había llegado a comprender que sentirse solo es una simple parte del ser humano, si tuviera alguna influencia en eso, me habría gustado garantizarle a Ana que no se sentiría completamente sola otra vez.

—También me preocupan las amigas que dejé, Harrison. Ellas estaban en peligro cuando me desmayé, justo antes de despertarme, cuando me sacaste del río.

Ella me contó sobre sus amigas, Reese y Elodie, y todo lo que podía recordar de la cueva y las aguas desbordadas del manantial. Yo la había oído pronunciar esos mismos nombres un par de veces ya, cuando ella había tenido aquella noche irregular. Ella no estaba segura, dijo, entrando en contacto con mis muñecas, si alguna de ellas había viajado en el tiempo como lo había hecho ella, si un vaquero capaz habría estado allí para pescarlas fuera

del río y poseerlas. Ante esto, ella se rio y lloró al mismo tiempo.

Mientras el último trago de bourbon bajaba por su garganta, respiró hondo y echó los hombros hacia atrás. Me pareció que era una señal de renuncia. *O de resignación tal vez*, pensé. Pero lo que realmente esperaba era que fuera el comienzo de la aceptación. Algo que le daría la paz que se merecía, así como la posibilidad de una nueva vida.

—Mañana —le dije— te llevaré a una excursión. No hay nada como una excursión por Yellowstone para mejorar el ánimo de una persona.

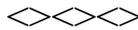
Ella me miró y asintió con agradecimiento.

—Estoy muy contenta de conocerlo, Sr. Harrison Moore —dijo.

—Igualmente —respondí.

—Ahora si usted me concede el honor de traer la botella de bourbon, nosotros tendremos que honrar eso terminándonosla.

Acepté su pedido y terminamos la botella. Dormimos en su pequeña cama, acurrucados uno alrededor del otro, borrachos por la felicidad y el dolor que a la vida le gusta ponernos en nuestros caminos a veces.



—Nunca he conocido a una mujer valiente como tú —dijo Harrison inesperadamente, sin girar la cabeza en mi dirección.

Detuvimos a los caballos en la cresta de un magnífico mirador al norte del lago Shoshone de Yellowstone. El lago yacía debajo de nosotros como una gran gema azul.

Tal vez fue por el poco aire a esta altura, pero me sentí un distante ante su cumplido. El chaleco de cuero abierto de Harrison, el caballo, el equipo que traía y cabalgar al aire libre como ahora lo hacía le caía como anillo al dedo. Este definitivamente era su elemento. Vi sus musculosos brazos flexionarse mientras movía las riendas; las mangas de su camisa estaban enrolladas por debajo de sus codos. Sabía que tenía las manos callosas y fuertes, a pesar de que ahora solo podía ver el torso bronceado de las mismas, aunque también eran capaces de provocar el toque más delicado posible. Él se giró para mirarme.

—Intrépida, independiente e igualmente hermosa.

Sonriendo, lo miré de reojo por encima y luego, de nuevo al paisaje.

—Bueno, sí puedo devolverte el cumplido, debo confesarte lo impresionada que estoy de tus habilidades aquí, y de lo mucho que amas a

esta tierra —Lo animé con una gran sonrisa—. Pero hay más.

—¿De verdad? —dijo Harrison—. ¿Tal vez deberías guardar un poco para otro momento?

—Yo también admiro la forma en que eres honesto sobre qué tan conflictivo eres, supongo, tu complicidad. Eso es con respecto a las injusticias a la que los nativos americanos están siendo sometidos, quiero decir. Eres capaz de expresar cómo no tiene las respuestas.

El asentimiento de Harrison fue casi imperceptible. Miró a los cerros, las llanuras y el lago. Finalmente dijo:

—Los indios saben que la tierra no le pertenece a nadie —él se inclinó hacia atrás en su silla de montar—. Pero la gente blanca, incluso si lo negamos, sabemos que si le pertenece a alguien, es a los pueblos indios.

Contemplamos el extraordinario parque y la sensación antigua de él durante un tiempo.

—¿Crees que hay un camino de regreso de la misma manera que llegué aquí? —le pregunté. Honestamente no sé por qué le estaba preguntando esto. No quería pensar en eso ahora, aunque esa idea me presionaba como si estuviera bajo mi piel.

Harrison desmontó y se acercó a mí. Poniendo las manos debajo de mis brazos, me levantó de la silla y me depositó en el suelo delante de él como si no pesara más que lo que pesa un gato domesticado. Él levantó el sombrero de mi cabeza y lo colocó sobre la espalda de mi montura. Desabrochó el alfiler de mi cabello, lo soltó alrededor de mis hombros y lo arregló con un enfoque delicado.

—Me gusta mirar al viento levantar y jugar con tu pelo —con el dorso de su mano, apartó un mechón de mis ojos—. ¿Cómo es que eres tan condenadamente bella?

Miré hacia él, a su rudo rostro, y no me sentí ni inhibida ni incomoda por sus palabras y la cercanía, simplemente atraída magnéticamente por este vaquero. Él sujetó mis hombros. Su rostro quedó a centímetros del mío.

—Si pudiste llegar a aquí a través del portal que describes, es probable que haya un camino similar de regreso.

—Está bien, Harrison —le dije—. Realmente, voy a estar bien. Contigo.

Él apartó mi cabello de mis hombros, luego tomó mi rostro entre sus manos y me besó. Esos musculosos brazos me rodearon y me acercaron a él, aplastando mis caderas y mi estómago contra su cuerpo. Pude sentirlo duro contra mí, con su longitud presionando contra mi cadera y su boca caliente

sobre la mía. Recostando mi cabeza hacia atrás, él puso su boca sobre mi cuello, saboreando mi piel y garganta con voracidad.

Puse mis labios contra su sien, el sabor de su piel salada enviaba unas punzadas que reverberaban a través de mi estómago y entre mis piernas. Su sombrero chocó contra el puente de mi nariz y lo empujé hacia atrás desde su frente. Él se juntó conmigo en otro apasionado abrazo.

Él me acostó en el suelo.

—¿Es seguro hacer esto en una cresta tan visible como esta? —me las arreglé para preguntar.

—Ahora lo estás entendiendo —él dijo sonriendo. Sus dientes blancos brillaban en comparación a la oscuridad de su bronceado rostro—. Los caballos sabrán qué hacer. Ya se están moviendo fuera del punto más alto para pastar. Nadie podrá verlos, y tú y yo no somos visibles desde esta posición horizontal.

Nos reímos y él me miró, justo debajo de él. Una larga mirada que abarcó mi cara, luego mi agitado pecho bajo mi blusa. Él era tan excitante. Tenerlo mirándome con tal deseo obvio y... no sé lo que era. Era como una especie de mutua admiración que aceleraba mi corazón. Mis partes palpitaban bajo mi falda vaquera.

Él no podía esperar más. Y era insoportablemente excitante también. Quitarme la blusa con tanta prisa causó que algunos de los botones saltaran y se perdieran en la hierba. No podría haberme importado menos. Sacó la camisa a través de mis hombros, pero dejó ambas mangas alrededor de mis muñecas para que, de algún modo, mis manos quedaran amarradas detrás y debajo de mí. Solo bastó un fuerte tirón a las correas de mi sostén y Harrison expuso mis senos al cielo abierto de Wyoming. Un sonido gutural escapó de su garganta cuando bajó la vista a mi pecho desnudo. Luego, sus ojos se cruzaron con los míos. Sin una palabra, él pasó sus manos sobre mi estómago y mi cintura, yo sentía la aspereza abrasiva de ellas contra la suavidad de mi piel. Él inclinó su cabeza hacia adelante colocando su boca sobre mi pezón. Él lo chupó fuertemente. Grité y le supliqué que continuara, que lo hiciera con más fuerza. Quería que él arrasara conmigo, que me devastara sexualmente con su boca y sus fuertes manos.

Mientras mi pezón era consumido por su lengua y su boca, él presionó su ingle contra mí, rozándome a través de nuestra ropa. Cada vez que sus manos me agarraban, o sus piernas se movían contra las mías, sentía la fuerza hercúlea de un hombre que pasaba la mayor parte de sus días en un ambiente

físicamente exigente. Cuando él me había levantado de mi caballo de esa forma en la que lo hizo, cada fibra de mi ser había vibrado con una gran muestra de fuerza. No pude evitar ceder ante su virilidad. Y eso no importaba. Estar aquí afuera ni nada de lo que eso derivaba disminuía mi propia fuerza o habilidades.

Él me quitó la falda, bajó sus pantalones y estaba a punto de penetrarme.

—No —dije, deteniéndolo—. Penétrame en la boca.

Él hizo una pausa, sin comprender. Primero en un lado, luego en el otro, él removió la blusa enredada alrededor de mis muñecas, permitiéndome poner mis manos en sus caderas. Lo empujé hacia arriba, indicándole que quería que se levantara sobre mi cabeza.

—Así —le dije—. Ahora pon tu pene en mi boca.

Él bajó su eje y lo metió dentro de mi boca abierta. El gemido de placer que se le escapó fue inmensamente gratificante. Empujé mis manos contra sus caderas y su eje se deslizó hasta su punta, la cual sostuve por un momento, provocándolo contra mis labios. Abrí los ojos, admirando cómo mi saliva brillaba contra la piel de su longitud, y cómo se veía el cielo azul más allá de la línea de su cadera. El aire fresco y la belleza de nuestro entorno combinado con su áspera sensualidad crecía dentro de mí. Algo definitivamente despertó. Jadeé con la energía de ello y lo jalé hacia mí otra vez para llevarlo completamente a mi boca hasta tenerlo profundamente en mi garganta. Yo quería todo de él, quería ser penetrada por este vaquero, en todas partes y en todos los sentidos.

Harrison también sentía eso. Yo lo percibí tan profunda y verdaderamente como si lo hiciera dentro de mí misma. Él sacó su dura y larga vara de mi boca, gimiendo mientras lo hacía, luego se movió hacia abajo y condujo hacia las profundidades de mi vagina. Grité. Por encima de nosotros, un halcón volaba en círculos y luego se perdió de vista con la corriente del viento. La sensación de todo esto se sentía trascendental.

—Yo también lo siento Ana —lo escuché decir. Lo sostuve contra mí, con su eje enterrado profundamente en mi interior.

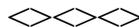
Harrison levantó su cabeza y nuestras miradas se cruzaron. Él lanzó su sombrero de vaquero hacia un lado y me permitió acariciar su alborotado pelo sobre su frente. Nos abrazamos el uno al otro sin interrumpir nuestras miradas. Él empujó dentro de mí, abrazándome, y yo abrazándolo a él. Me penetró una y otra vez, dura y poderosamente cada vez. La hierba y los guijarros en mi espalda se imprimían contra mi piel desnuda y aumentaban

mi entusiasmo por la conexión que había entre la tierra y este hombre. Él me penetró más rápido, todo parecía como si estuviéramos destinados a ser así.

—Estoy destinado a poseerte así Ana —él dijo, leyendo mis pensamientos. Una vez más, ese sonido gutural escapó de él y sus ojos brillaron con el placer de hacer el amor, cogiéndome como que si eso era todo lo que debíamos hacer. Él colocó una mano entre nosotros, contra mi clítoris, de manera persuasiva. El movimiento de nuestros cuerpos, uno contra el otro, con sus empujes y sus estimulantes dedos me llevaron al límite.

—Ana —dijo roncamente— Ana, voy a acabarte adentro y a llenarte de mí.

Él llegó al clímax, llevándome con él. Nos forzamos y tiramos el uno del otro, nuestros gemidos inundaron el aire junto con el fuerte aroma de nuestro orgasmo y nuestro sudor.



A medida que nos tomamos nuestro tiempo para regresar, ni por primera vez busqué en mi mente y lo que había leído de la historia de cualquier memoria o información recordada de este lugar y tiempo en particular. Pero tan estaba tan frustrada a menudo, como ahora, por la falta de conocimiento que tenía de 1877 y la zona y eventos de más allá de los EE.UU. Me arrepiento de no haber aprendido más con las cantidades masivas de información fácilmente disponibles en el siglo veintiuno.

La risa dirigida hacia mí estalló y Harrison me miró momentáneamente por encima de su hombro. Su caballo movía sus oídos ante el sonido también. Qué gracioso era que los jugos cerebrales fluyeran después del sexo con un varonil vaquero. *Qué completa nerd eres Ana*, me reprendí a mí misma.

Yo era una ávida lectora, nadie estudia ciencias bibliotecarias sino para aprender o leer. Pero, vergonzosamente sabía poco sobre la década de 1870 en Wyoming, o la región circundante. Harrison me había dicho que Yellowstone se había convertido en el primer parque nacional del mundo hacía cinco años, en 1872. Eso había hecho trizas mi memoria, aunque estaba destrozando mi cerebro mucho más. Mis áreas de experiencia eran los períodos romántico y victoriano. Sin embargo, estábamos realmente lejos de Gran Bretaña.

—¿Sabes qué? —le dije a Harrison. El dio vuelta a su perfil para poder

escuchar—. Robert Louis Stevenson llega a Estados Unidos dentro de dos años más o menos. En realidad, en 1879. Viajará a California en un tren.

—¿Quién es ese? —él preguntó.

—Ya sabes, el autor de *El Extraño Caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. ¿*La Isla del Tesoro*? —mis cejas se fruncieron en sus pensamientos —. ¡Maldita sea! Harrison —dije—. Él solo va a comenzar a publicar este año ... Maldición. Ni siquiera se hará famoso hasta 1883 con *La Isla del Tesoro*.

—Parece que entonces deberías conocerlo antes de que se vuelva famoso y este fuera de alcance.

Yo usaba una "falda dividida" y me alegraba cambiar de ropa, aunque me estaba costando acostumbrarme a la cintura alta después de usar durante años pantalones y jeans bajos. Harrison había tenido la inteligente idea de pedirle a la esposa de un trabajador del rancho que le comprara una falda y le encargó que la cosiera con el estilo que había visto usar a una mujer cerca de Cheyenne. Mirando hacia abajo a los pantalones anchos que llegaban hasta justo debajo de mi rodilla, pensé que la falda dividida era definitivamente un precursor de los gauchos. Entre la falsa, el sombrero y una camisa de Harrison, cuyos hombros caían con holgura sobre mis aún más pequeños hombros, yo parecía un trabajador del rancho. Solo mis botas daban alguna pista del siglo veintiuno.

Me preguntaba cuánto durarían mis botas. Y si nunca regresaba, ni me adelantaba al futuro, ¿comenzaría a pensar lentamente que todo había sido un sueño? ¿Incluso el teléfono celular con batería agotada y 'freído' por el agua que tenía en casa eventualmente perdería su poder de hacer que el futuro fuera real para mí?

Harrison cabalgaba a una corta distancia frente a mí. Tomando en consideración el viaje de la mañana, estimé que estábamos a unas dos horas y media del rancho. De repente, él levantó una mano en señal de advertencia y para indicar silencio y detuvo a Domino. Hice lo mismo y mi caballo se detuvo. Miré a Harrison exhaustivamente mientras sus ojos escaneaban nuestros alrededores. Estábamos en un bosquecillo de árboles esparcidos y rocas. Sin hacer ruido, Harrison desmontó y sosteniendo las riendas de su caballo vino a mi lado y me bajó del mío. Él me guio y a ambos animales detrás de algunos árboles hacia atrás, por donde habíamos venido, pero fuera del camino que acabábamos de dejar. Después unos pocos minutos en este estado, con Harrison moviéndose cautelosamente y con su cuerpo tenso, el amarró a los caballos a las ramas de dos árboles sin apretar las cuerdas y me

hizo seguirlo a una corta distancia. Se llevó una mano a la boca para indicar silencio y nos agachamos detrás de dos grandes rocas.

Harrison tomó su revólver y me dio otro a mí. Mis manos temblaban. Disparar armas no había sido una parte de mi aprendizaje en el rancho.

CAPÍTULO 6

Nos sentamos en silencio y esperábamos por algo que no sabía que era. El problema era que no podía arriesgarme a preguntar. Harrison había oído algo que yo no... o no pude, con mis oídos desentrenados. Lógicamente, la mayoría de la gente que estaría aquí al igual que nosotros, por cualquier razón, sería gente que se la pasa al aire libre, como Harrison. En otras palabras, escucharían cualquier susurro que no fuera el viento.

Oré en silencio pidiendo que, si todo lo que él había oído provenía de un humano, ojalá fuera un grupo de turistas. Me habían dicho que recientemente hubo muchas fiestas para turistas durante el verano; para personas curiosas que querían conocer el famoso Parque Yellowstone, sus géiseres y otros fenómenos naturales. Intenté calmar mis nervios.

Después de unos minutos más de tensión, cuatro nativos americanos aparecieron ante nuestra vista. Tres adultos y lo que parecía ser un niño de unos diez años, el cual uno de los dos caballos que llevaban cargaba a su espalda. Parecía estar durmiendo o inconsciente. Todos llevaban pieles de venado o alguna otra piel de animal, collares y cordeles de cuero en el pelo. Unas mantas cubrían la zona de sus hombros o se envolvían alrededor de su cintura. Dos de los adultos eran hombres, la otra era una mujer mayor.

Silenciosamente, me quedé sin aliento; ellos eran magníficos.

Sentí que debía estar en un sueño de larga duración. ¿Realmente estaba viendo a los pueblos indígenas en sus formas antiguas? Estaba profundamente impresionada y a la vez horriblemente asustada por las señales que Harrison me estaba dando, nos hacía retroceder y escondernos.

Ellos se acercaron lentamente. Sin duda, la condición del niño y la forma

de andar de la mujer de edad más avanzada ralentizaban su avance. Era evidente, sin embargo, que el ritmo que llevaban también denota su cautela.

Cuando estuvieron a unos pocos metros de distancia, Harrison se levantó lentamente, haciéndose visible, y dijo algo en un idioma que no podía entender. Con movimientos deliberadamente exagerados y medidos, enfundó su arma. Sorprendido, el grupo saltó hacia atrás, luego los hombres se colocaron rápidamente frente a la mujer y al niño mientras gritaban palabras de alarma y advertencia.

Harrison había alzado los brazos y extendido los dedos por su cara para comunicar que no quería arruinar la fiesta. Manteniendo sus ojos en el grupo, me indicó que dejara el arma que tenía y que me levantara lentamente. Lo hice, colocando previamente la pistola en el suelo, junto a mis pies. Mi corazón martilleaba.

Los nativos americanos no tenían pistolas que yo pudiera ver, pero llevaban arcos, y vi al menos dos cuchillos en los cinturones de los dos hombres.

—¿Son los Shoshones?" Le pregunté a Harrison con dudas.

—No. Sus caballos y mantas muestran que no son Shoshone, Bannock o Crow. Appaloosas —él murmuró—. Sus caballos son Appaloosa. Es posible que sean de la tribu Nez Percé.

Harrison les dijo algo más en otro idioma y repitió algo un par de veces. Señaló al chico mientras lo hacía y le indicó que quería acercarse a él.

—Ellos no hablan las lenguas nómicas —me dijo Harrison sin girarse—. El idioma Shoshone

Él y el grupo de adultos intercambiaron más palabras. Al parecer, el hombre que sostenía las riendas era capaz de hablar algo de Shoshone porque se hizo cargo de los esfuerzos para comunicarse con Harrison. De vez en cuando traducía para las otras dos personas en su grupo, pareciendo poderoso pero medido, como si no tuviese miedo de nosotros. La mujer mayor hablaba con sus compañeros con calma, pero el otro hombre, el tercer adulto del grupo, estaba atento y cauteloso mirándonos con desconfianza.

—Ellos quieren que seas tú quien le dé un vistazo al muchacho —dijo Harrison después de un tiempo. Cuando vacilé, él añadió—. No están buscando pelea. Están huyendo de algo. Si quisieran hacernos algún daño, ya lo habríamos sabido. Estaré vigilándote Ana, puedes hacerlo. El niño está herido.

Harrison tenía un gran corazón, pero yo también sabía que él nunca

arriesgaría mi seguridad. Aun así, con nuestros corazones como estaban, ¿sobreviviríamos los dos en el salvaje oeste?

Salí y me acerqué al chico que estaba sobre el caballo, haciendo un gesto con la cabeza al majestuoso hombre que sostenía las riendas. Hablando en voz baja y serena le dije al chico en estado inconsciente que iba a inspeccionar su brazo. Dirigir mis palabras hacia él provocó una respuesta positiva por parte del hombre; él se iluminó y me miró de cerca.

Había sangre decolorada en la manga superior del niño, la cual estaba desgarrada. Mi estómago dio un vuelco cuando vi la herida debajo del material triturado: una profunda herida en el hombro que se extendía hasta su axila. Su familia o compañeros de viaje, no conocía su relación específica, por supuesto, habían aplicado una especie de compresa, hecha de musgo o líquenes de algún tipo, directamente sobre la herida la cual se había empapado y mezclado con el musgo. Era un corte desagradable y no me sorprendió que el chico se hubiera desmayado.

El alcance de mi conocimiento médico se limitaba a los primeros auxilios, un curso que tenía que tomar para mantener mi trabajo, y otro curso de administración de drogas, para revivir a las personas con sobredosis en la biblioteca del centro de la ciudad. Pero no necesitaba ser médico para darme cuenta de que continuar viajando con ese tipo de lesión y la pérdida de sangre que debe haber causado pondría en riesgo la vida del niño. Los adultos que lo protegían ya lo sabían, y sin duda lo sabían mejor que yo.

Después de comunicar mis inquietudes a Harrison sobre la condición del chico, él asintió y continuó hablando con el hombre a cargo mientras incluía respetuosamente a la mujer y al tercer adulto en su conversación a través de gestos y contactos visuales. De vez en cuando, él me contaba un fragmento de sus intentos de comunicación.

—Son Nez Percé —confirmó Harrison—. Los Nee-Me-Poo de Idaho, o eso suena más como Oregón. El hombre que lleva el caballo a tu lado se puede comunicar en un idioma relacionado con Shoshone, así que estamos llegando a algún lado.

Harrison se puso serio. Eventualmente dijo:

—Están huyendo del gobierno, o quizás del Ejército, específicamente, no estoy seguro".

Apartándome unos pasos del chico para calmar su ansiedad tanto como pude, aproveché la oportunidad para estudiar su apariencia. Quería asimilar todo lo que pudiera en presencia de tanta belleza y poder. Si bien no quería

mistificar, tampoco pude evitar sentir el asombro que inspiraban.

La mujer llevaba el pelo recogido en la parte superior, con dos trenzas que les llegaba a los hombros y cubrían sus orejas. Ella tenía un magnífico collar de cuentas que se enrollaba siete veces alrededor de su garganta. Sobre sus prendas de piel y la manta que ella había envuelto alrededor de sus caderas, llevaba un interesante abrigo. Parecía gamuza y estaba forrado con bandas de piel que se extendían desde el cuello hasta su abdomen. Al igual que los demás, ella llevaba zapatos de cuero suave. Podía ver los contornos de sus pies a través de los mocasines. Y similar a aquellas que cubrían a los hombres, sus mantas tenían una franja ancha y oscura de color seguida de bandas más angostas sobre ella. Ella giró su rostro hacia mí y se encontró con mi mirada. Su de ella era inquebrantable, incluso feroz y profunda. Fuertes rasgos faciales destacaban entre los adornos alrededor de su garganta y en su cabello. Algo en mi propio rostro debe haberle comunicado mi admiración y sinceridad, especialmente con respecto a mi preocupación por el niño que yacía inerte y sin respuesta sobre la espalda del caballo, ya que ella se quedó a un paso de mí y buscó en mi cara. Después de lo que pareció un minuto completo, un momento durante el cual noté que los tres hombres permanecían en silencio, ella asintió y le dijo algo a sus dos compañeros adultos.

El grupo de indígenas intercambiaron palabras. Estaba claro que la mujer estaba a cargo, al menos en términos de las decisiones que afectarían al niño. Finalmente, los hombres hablaron con Harrison y lo vi relajar los hombros y asentir.

—Ellos saben que el niño probablemente no sobrevivirá el viaje, pero temen acampar mientras se recupera. Ellos dicen que un gran grupo de Nee-Me-Poo, o Nez Percé, se dirige aquí pero no llegarán hasta dentro de algunas semanas. Ellos mismos dejaron su tierra natal y a su gente por razones desconocidas para mí.

El hombre que había estado conduciendo el Appaloosa que llevaba al niño continuó hablando con Harrison. Una ráfaga de viento atravesó las copas de los árboles cuyas ramas se balanceaban y crujían. Bajé la mirada de las copas de los árboles cuando escuché que pronunciaron mi nombre.

—Ana —repitió Harrison—. ¿Estarías de acuerdo si le diéramos asilo al niño y a su protector hasta que se recupere lo suficiente como reunirse con los demás? —su mirada y sus palabras se dirigían a mí como si fuera una compañera; cualquier decisión también era mía.

—Estoy de acuerdo —le dije sin dudarlo.

Un asentimiento afirmativo a los demás era todo lo que se necesitaba y el hombre con el que Harrison había estado hablando comenzó a transferir algunos paquetes entre los dos caballos de su grupo. Él detuvo sus actividades cuando Harrison dijo algo y señaló a nuestros dos animales. El suspenso me estaba matando, pero no me atrevía a ralentizar sus comunicaciones con preguntas.

Finalmente, Harrison se movió a mi lado.

—El niño viene con nosotros para que pueda recuperarse bajo nuestro techo —no dejé de notar su pronombre inclusivo, ‘*nuestro* techo’—. Ellos no dejaran que lo llevemos con nosotros sin que el hombre que está ahí lo acompañe, por supuesto.

—Eso está bien por mi parte, Harrison. Eres el mejor juez de carácter. Sabes que estoy fuera de mi elemento.

—Tú lo hiciste magníficamente —dijo Harrison. Su cumplido me sorprendió.

Se giró hacia un lado mientras yo resplandecía por dentro, luego, decidido a compartir algo más, giró hacia mí. —Estaban a punto de enviar al niño sobre su Appaloosa, pero les dije que me sería difícil esconderlo. Veo que ellos lo necesitan más, de todos modos. Yo caminaré y Domino puede cargar al niño.

Después de colocar sus frentes contra la cabeza del niño con los ojos cerrados, murmuraron unas palabras que no pude entender y finalmente la mujer y el hombre fueron. Ella fijó una última mirada en mi cuya profundidad creo que nunca olvidaré y luego se alejó para desaparecer en el denso matorral.

Fue de esta manera que en un día en cuya madrugada nos habíamos ido como dos, regresamos como un grupo de cuatro. Eso marcó el comienzo de una relación con Hiumath y el niño, Lakan, la cual llevaré conmigo el resto de mi vida.

Sentí la carga de lo que nos habían confiado. En esta tierra dura e implacable, no es que la vida fuera menos valorada, sino que ellos reconocían que las probabilidades estaban más en su contra y su supervivencia. Esa es la comprensión que parecía estar desarrollándose para mí. Y como cualquiera del siglo veintiuno que haya crecido en América del Norte, la implacable e incesable política de colonización estaba haciendo que esas probabilidades fueran aún más escasas.

Estos pensamientos me preocuparon mientras regresábamos lentamente. El hombre, cuyo nombre era Hiumath, y Harrison, recogieron diferentes hierbas para el niño, señalando las plantas entre sí e intercambiando conocimientos. Harrison nos dijo a los dos que todo lo que sabía sobre las cualidades medicinales de las plantas de la zona le había sido impartido por los Shoshones.

'Lakan' era el nombre que Hiumath indicó para el niño. Con diez años, su cabello oscuro caía sobre sus ojos. Ellos habían transferido al chico a la espalda de Domino justo antes de que nos separáramos del grupo del chico. Ante esto, él gimió y gritó de dolor y nueva sangre fresca se derramó desde su hombro. Yo estaba a punto de cortar una tira de mi falda cuando Harrison me pasó un trozo de tela que llevaba en su alforja. Hiumath cambió el musgo, lo que hizo que Lakan hiciera una mueca de dolor, y ató su herida con la nueva tira de material. El sangrado se detuvo por el momento. Con suerte, el vendaje improvisado mantendría su hombro en una posición inamovible tanto como fuera posible mientras viajábamos de regreso al rancho.

Creo que mi acción de atar el hombro del niño fue lo que finalmente consolidó la realidad para todos los miembros de nuestro extraño grupo de que el cuidado del niño estaba siendo temporalmente compartido en parte por Harrison y por mí. Eso debe haber sido extremadamente difícil para los tres tutores del niño. Y lo que los demás cargaban Y qué otro peso estarían ellos cargando sobre sus hombros aparte de este más reciente, me pregunté. Cualesquiera que fueran las fuerzas malignas que causaron su desplazamiento, parecía estar en un marcado contraste con el sonido de las corrientes gorgoteando que pasamos y con la belleza sagrada del parque. Una piscina aguamarina en nuestra ruta provocó una pequeña detención para que Hiumath presentara sus respetos. Era una fuente geotermal de la que recordaba haber aprendido durante mi visita al parque cuando era niña. Él se agachó al lado del agua, de espaldas a nosotros, hablando y gesticulando con sus manos.

Al pasar por un valle, Harrison señaló las rutas migratorias del antílope americano y, más adelante, la de los alces. 'Patrones antiguos', así fue como él describió los comportamientos visibles de ambos animales inscritos en los yerbosos corredores. Los animales los habían creado a lo largo y más allá del parque. Me di cuenta de que no había una sola valla bloqueando su paso.

También pensé en que nunca había experimentado tal silencio antes, o sentido el entorno a mi alrededor de una manera tan... presente, de alguna

manera. En una meseta, una manada de bisontes pastaba. Harrison nos indicó a Hiumath y a mí que era la Meseta Pitchston, y Hiumath añadió el comentario sobre la ilusión de algunos de reclamar las tierras a través de los nombres. Las siluetas de los bisontes eran únicas. La majestuosa joroba sobre los hombros delanteros y las barbas peludas los hicieron reconocibles al instante.

—Colosal —dije maravillada. Harrison sonrió. La gravedad que se había grabado en su rostro desde que conoció a los nativos americanos desplazados se suavizó.

Cuando la granja estuvo dentro de nuestro rango visual, Harrison acostó al niño en el suelo bajo la cobertura de algunos árboles, instruyendo a Hiumath a permanecer con él mientras él y yo cabalgábamos a los establos a través de campo abierto. Mientras menos personas supieran sobre los prófugos, mayores serían las posibilidades de salvarlo.

Harrison encontró a Emmet y a Jonathan y, entre ellos, se aseguró de que Hiumath y Lakan llegaran a la casa del rancho sin que nadie más estuviera para presenciarlo.

CAPÍTULO 7

*H*abía dos fuerzas de la naturaleza salvajemente opuestas bajo nuestro techo ahora. Hiumath y Ana compartían cualidades de ingenio y fuerza, y ambos eran muy conscientes de la avaricia que mueve los hilos del mundo. Pero uno era indígena y la otro no; uno se encontraba en medio de la peor crisis que su gente había enfrentado alguna vez, mientras que la otra sentía el peso y la carga particular de conocer el futuro.

Ana se sentía y actuaba como una compañera a mi lado de tal forma que apenas podía recordar cómo había sido todo antes de que ella se uniera conmigo bajo este techo. Todo era de ella, lo que sea que yo tuviera que compartir. Ella complementa, lidera y apoya todo tipo de proyectos en el rancho y más allá. Mucho más allá.

Debí haber previsto que ella querría pasar largas horas en la noche junto a Hiumath y junto a mí, aprendiendo sobre las injusticias políticas que lo forzaron a él y a los demás a huir. Ella era incansable. Cuidando al niño, e incluso a Hiumath, quien no estaba acostumbrado a estar bajo techo todo el día, sin importar el estado de asilo forzado, ella era esencial tanto dentro como fuera del rancho. Ella mantuvo las apariencias frente a los forasteros ya que pensamos que sería prudente no revelar nuestro secreto para no develar accidentalmente que protegíamos a dos fugitivos. Todo esto, y su firme apoyo a lo que ambos creíamos correcto, me hacía amarla

—Entonces, el gobierno ha roto un tratado —ella repitió mientras los tres nos sentamos alrededor del fuego a la última hora de la segunda noche de la llegada de Hiumath y del niño. Ella tomó el puño de su camisa con frustración y tristeza.

—Lo que está en juego es tan importante que ellos los persiguen a él y a su pueblo —dije en inglés—. Los Nee-Me-Poo se están viendo obligados a permanecer en una pequeña reserva de las tierras. El tratado les había prometido un área mucho más grande de su tierra natal. Pero nosotros hemos incumplido esa promesa.

Los tres nos quedamos en silencio. El peso de los tiempos difíciles cansaba considerablemente. Yo sabía que, sin importar como la injusticia de eso me enfermaba, el daño espiritual que estaba infligiendo era de apenas minutos en comparación con el daño de los ataques a cada una de las facetas de Hiumath y la existencia de su pueblo.

Aparte de una expresión grave, que él usaba la mayor parte del tiempo, Hiumath nunca mostraba abiertamente lo que sentía. Ana estaba en ese momento rodeada por dos hombres, ambos reticentes.

Hablando en Shoshone, Hiumath dijo

—Nosotros hemos decidido irnos. Todos nosotros, el conjunto de nuestro pueblo. Primero, enviamos exploradores para fijar un camino. Cuando estos regresaron con un mejor conocimiento, una segunda ola de exploradores se dirigió con algunos de nuestros ancianos y sus familiares. Estábamos en un gran grupo.

Él hizo una pausa y se tomó el tiempo para fumar. Ana se había inclinado hacia adelante escuchando atentamente, el fuego se reflejaba en sus mejillas y en su frente. Ella apartó sus ojos del hombre Nez Percé y miró impacientemente hacia mí en busca de una traducción.

Hiumath retomó el hilo de su historia eventualmente y nos informó que Lakan era hijo de su hermano.

—Quería quedarme con mi hermano y los demás para luchar en las batallas que sucederán cuando el grupo más grande comience a viajar. Pero esta responsabilidad ha caído sobre mí. La tomo con respeto —él miró en dirección a la habitación donde Lakan dormía—. Hasta el momento en el que Lakan se lesionó, todos cabalgábamos juntos, en un grupo más grande que el que ustedes se encontraron. Nosotros fuimos el primer grupo en dejar nuestras tierras natales.

En esta parte comenté sobre la amplitud y la extensión de la palabra 'tierra natal' en el idioma Hiumath utilizado. Hice algunas preguntas para ampliar mi comprensión del significado de las palabras de Hiumath. El hombre Nee-Me-Poo movió sus brazos mientras hablaba, indicando el entretrejado que existía entre el hogar, la tierra y con el cuerpo y la naturaleza.

Hiumath continuó.

—Los otros miembros de nuestro primer grupo siguieron adelante mientras nosotros cuatro ralentizamos nuestro ritmo por el bien de Lakan — los ojos de Hiumath se movieron de mi cara a la de Ana—. Viniste a conocer a nuestra anciana, Ban-may. Es muy importante que Ban-May sobreviva para fundar los legados de nuestra gente en una nueva tierra.

Pasó algo de tiempo mientras intentábamos asimilar las circunstancias extraordinarias. Ana se levantó para darle un vistazo a Lakan y Hiumath la acompañó. Yo sabía que ellos estaban trabajando en una rutina de cuidado centrada en el niño, como si fuera un baile improvisado entre dos extraños.

Esa noche, antes de retirarnos, Ana le preguntó a Hiumath sobre qué fue lo que le había sucedido a Lakan. Yo traducía mientras Hiumath explicaba que Lakan había estado cazando cuando una roca en la cual estaba parado cedió y él cayó desde esa altura. Su hombro se incrustó sobre una roca afilada antes de finalmente golpearse contra el suelo y quedar inconsciente. El dolor de la lesión también contribuyó a que se desmayara.

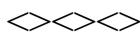
—Ban-may se negó a dejarlo —dijo Hiumath. Yo traduje sus palabras al inglés para Ana. En este punto, Hiumath se volvió más animado al momento de contar su historia, emulando la preocupación que su gente expresaba por la seguridad del niño y la anciana.

—Esto parece haber causado una ansiedad considerable —le dije, concentrándome en el rango de comunicación que Hiumath estaba expresando—. Los otros en el grupo se vieron obligados a seguir adelante. En nombre del bien colectivo, es lo que está diciendo Hiumath, creo.

Un chasquido sonó desde el fuego y una chispa salió disparada de entre las brasas. Hiumath miró las llamas, luego a Ana, sonrió y le habló.

—Él dice, Ana, que cuando apareciste detrás de una roca y algunos de los arbustos, eso fue un regalo del bosque. Ban-May solo se fue porque ella confió en ti.

Ana había reclinado la cabeza hacia mí mientras escuchaba. Ella le sonrió a Hiumath en respuesta, sus ojos brillaban con calidez y, con lo que yo podría apostar hasta el rancho que era, un sentimiento de pertenencia.



Dos de los hombres más callados que pueda haber, sin repiques, sin pitidos de teléfonos o ruidos de ciudad, sin edificios que bloqueen la luz o la

vista; esto realmente era otro planeta. A menos el dinamismo de Lakan, con su espíritu indomable y sus interminables preguntas, energizaba nuestras vidas. La casa era maravillosamente ruidosa como resultado.

Pero esto es lo que estaba aprendiendo: a veces las personas dicen más con pocas palabras y una dosis de reserva. Además, me había equivocado sobre estar al aire libre y el entorno general de permanecer en silencio. Wyoming era pacífico y calmado, sin duda, pero siempre había algo que escuchar: el viento, el cambio cuando una tormenta comenzaba formarse, una increíble variedad de animales, desde los domésticos hasta los salvajes, incluyendo las aves que se llaman entre sí de maneras misteriosas y los pequeños roedores en el granero que mastican los comestibles. Cuando finalmente comencé a escuchar estos sonidos, la conectividad de todo eso me sorprendió. Lo más notable era que parecía ofrecerme un lugar donde yo también podía sentir una conexión. Esto resonaba dentro de mí más profundamente como individuo que prácticamente cualquier otra cosa que haya sentido antes.

Le dije tanto a Harrison, que le resultaba difícil articular las palabras y expresar el sentimiento en el lenguaje. Me escuchó atentamente, luego me acercó a él, me tomó en sus brazos y me plantó un beso en la parte superior de mi frente.

Su abrazo de oso me hizo pensar. Él entendía partes de mí más que nadie. El hombre era de otro siglo y, sin embargo, era la persona más cercana a mí. La realidad de esto me golpeó mientras bombeaba agua una tarde en el patio, el crujido rítmico del mango de la bomba empujaba mis pensamientos hacia adelante como los collies guiando los movimientos de sus ovejas. Casi siempre estaba pensando en Harrison, aprendiendo de él, sintiendo que me escuchaba y me trataba con respeto. Juguetón y sexy como era, yo quería estar con él. Tomando un largo trago de agua fría me pregunté, ¿Cómo podría considerar alguna vez dejar a este hombre? Estaba casi segura de que no podría.

Harrison y Hiumath eran de culturas de polos opuestos. Ellos habían encontrado un lenguaje en el que podían comunicarse, pero esa no era la lengua materna de ninguno de los dos y, físicamente, aparte de su altura respectiva, no podrían haber sido más diferentes. Pero el placer que sentían en la compañía de uno con el otro, y la forma en que se buscaban mutuamente cuando podían, era de gran satisfacción para mí. También aprendí más sobre Harrison a través de sus interacciones con Hiumath y con

Lakan, quien ya había recuperado la conciencia y algo de movilidad después de tres días de sueño y descanso. Resultó ser que tanto Hiumath como Harrison tenían sentido del humor, lo cual revelaron a costa mía.

Una tarde, llevé agua a la habitación de Lakan. No estaba segura de si él estaba despierto o no, así que toqué suavemente (una práctica que Hiumath me había dicho que era completamente irrelevante, pero los viejos hábitos nunca mueren) y luego entré, abriendo la puerta a la relativa oscuridad de la habitación, en la cual yo aún no había encendido las lámparas. La luz que entraba del exterior era escasa y se desvanecía rápidamente. De repente, un oso pardo se lanzó hacia mí y grité, dejando caer la taza de hojalata. De pie, sobre sus dos patas, el oso llegaba hasta el techo

—¡Lakan! —grité, encogiéndome contra la pared y al mismo tiempo dándome cuenta de lo extrañamente rígido que estaba el oso.

Miré al oso. Algo estaba fuera de lugar. Harrison se asomó detrás de él, su risa estalló en intensas oleadas. Detrás de mí, Hiumath apareció riendo también, el sonido surgía de lo más profundo de su abdomen.

—Ellos me obligaron a hacerlo —dijo Lakan saliendo de entre las mantas, mientras Harrison traducía entre bocanadas de aire. La propia sonrisa de Lakan, sin embargo, se extendió de oreja a oreja.

Hiumath y yo hablamos con Harrison para que prometiera enterrar el oso pardo disecado, a menos que valiera la pena salvar su pelaje y su piel. El oso había sido un regalo de algunos visitantes del Este que lo compraron en Jackson como agradecimiento a Harrison y a la hospitalidad que les había mostrado. Él había guardado el oso y una caja digna de bolitas de naftalina en un cobertizo hasta que decidió transportarlo desde el almacén al interior para jugarme una broma.

—Que el oso haya sido asesinado y rellenado como una especie de trofeo perverso no es ninguna broma —reprendí.

—Deberías haber visto tu cara —dijo Harrison, rompiéndose en espasmos de risa una vez más.

Los dos hombres se maravillaron con mi incapacidad para encender el fuego en la chimenea con todas las 'comodidades modernas' que la casa del rancho lo hacía 'fácil' para mí. Aprendí a decir 'chica de ciudad' en Shoshone; el equivalente como resultado, lo que sea. Y cuando los cuatro salimos una tarde al anochecer, Lakan salió por primera vez, desde que cayó en cama debido a su herida, con el fin de observar un pozo lleno de serpientes retorciéndose, no pude evitar sentirme nerviosa el resto de la noche. No tengo

ningún problema con las serpientes, pero ver a más de 500 de ellas todas juntas, me puso sobre el límite. Observé con impaciencia el borde del foso natural esperando tal vez una amatista gigante o alguna otra roca o mineral, o tal vez un meteorito o una linda taltuza. No, tenía que ser un grupo de serpientes retorcidas y anudadas juntas apareándose, era repulsivo y fascinante al mismo tiempo. Harrison y Hiumath entendieron perfectamente después que yo estaba nerviosa por eso y disfrutaron mi aprensión.

—Todos tienen sus límites, sabes —dije de mal humor. Tomé un vaso de ginebra para estabilizar mis nervios.

Pero los hombres también discutieron sobre el momento inusual en el pozo de serpientes. Las serpientes generalmente se juntan para aparearse en primavera. Observarlas a esta altura de la temporada era visto por Hiumath como un mal augurio. Harrison dijo poco, pero asintió con la cabeza que el momento no era natural.

Tal vez no fue una coincidencia entonces que, poco después de este evento, tuvimos una visita no deseada.

Temprano en la mañana, Harrison había salido al amanecer junto a varios ayudantes del rancho para transportar algunos de los carneros de cría para venderlos. Los pastores estaban afuera en sus rondas de revisión buscando las ovejas débiles o verificando si alguna estaba en apuros. Alrededor de las diez de la mañana, cuando Lakan y yo estábamos intentando hacer algunos ejercicios de movilidad para su hombro, escuché a los perros que permanecían en el patio ladrando una barbaridad. Cody había acompañado a Harrison, pero siempre había al menos dos perros que se quedaban en la casa del rancho. Lo siguiente que se escuchó fueron las voces de unos hombres gritando ante el ladrado de los perros. Me levanté y, cerrando la puerta de Lakan, fui a la entrada principal de la casa. Dos hombres montando a caballo, con uniformes militares extremadamente anticuados, estaban justo fuera de la puerta mirando nerviosamente a los perros. Me sorprendió que hubieran llegado a la puerta de la casa sin que ninguno de los ayudantes del rancho los interceptara. Fue ciertamente audaz de su parte el llamar a la puerta de la casa en lugar de esperar en el portón cerrado, donde una campana colgaba para tal fin. Esto solo me puso en guardia.

Ellos *no podían* enterarse de que Hiumath y Lakan estaban en la propiedad. Con nervios de acero, me enderecé y salí al amplio porche para preguntarles con calma cuál era la naturaleza de su visita.

Ambos hombres inclinaron sus sombreros hacia mí y se dirigieron a mí

como 'Señora'.

—¿Le importaría alejar a sus perros por un momento? —preguntó el de cabello claro con barba. Le ordené a los perros que se calmaran, pero no les ordené que se marcharan, yo quería mantenerlos cerca. Ellos gruñeron y sondearon a los extraños, pero obedecieron.

—Soy el teniente Carter y este es el soldado Foley. Nuestra compañía de soldados está a un día de viaje detrás de nosotros. Estaríamos agradecidos, señora, si pudiéramos hablar con el dueño de la casa.

Me di cuenta de que el otro hombre, 'Foley', miraba a su teniente mientras hablaba. Juraría que era un ladrón merodeando el lugar. Cuando volteó a mirarme, descubrí algo peor. Se veía sospechoso y tenía una mirada absolutamente lasciva.

—Usted puede hablar conmigo por el momento —le dije con tanta autoridad en mi voz como pude. No iba a dejarle saber que Harrison estaba a kilómetros de distancia. *Y, de todos modos*, pensé, mientras la indignación se apoderaba de mí, *¿qué derecho tenían estos tipos a cabalgar y merodear por ahí?* Maldita sea si iba a permitir que esos dos me pusieran nerviosa. Pero recordé a Hiumath y Lakan y el hecho de que los perros y yo éramos lo único entre ellos y los hombres del ejército.

El teniente sonrió, entretenido por mis 'agallas', supongo.

—Nuestro comandante nos envió a ir al frente para ver cómo podíamos llegar a algunos acuerdos con su esposo. Tenemos negocios en Idaho y necesitaremos acampar una o dos noches en sus tierras o en las cercanías. Tal vez su esposo esté dispuesto a vender carne de oveja u otro tipo de alimentos a nuestra compañía. Si es así, volveremos mañana por la mañana y él podrá discutir el trato.

—Desafortunadamente no podemos recibir a un pelotón de soldados en la tierra que está reservada para las ovejas y el pastoreo por lo que tendrá que establecer un campamento fuera del límite marcado. En cuanto a la carne de cordero, hemos terminado con nuestras ventas, pero puede ir a la granja de Wimbledon al oeste de aquí y ver si pueden satisfacer sus necesidades.

Antes de que yo pudiera decir más o dar instrucciones, el de pelo oscuro con un grueso bigote, Foley, de repente desmontó su caballo.

—Si su marido no está cerca —dijo con una sonrisa de superioridad— estoy seguro de que no le importaría que me refrescara antes de marcharme.

Me quede congelada ante su flagrante falta de respeto. Ese comportamiento tampoco había pasado desapercibido para el teniente, quien

también vio claramente mi negativa respuesta.

—Soldado Foley —dijo en seco —monte su caballo inmediatamente.

—Sí, señor. Una vez me haya asegurado que todo está bien con la dama. Usted conoce nuestra tarea en estos territorios, señor. Una mujer no puede sentirse segura con los indios rondando.

Para mi sorpresa, el teniente no dijo nada más, tampoco insistió para que el hombre siguiera las órdenes o le llamo la atención por su atrevimiento. *¡Qué débil!* pensé, mi enojo crecía.

Acariciándose el bigote y con una sonrisa falsa, Foley dejó en claro que no tenía mis intereses en ayudar. Él quería meterse conmigo. No había diferencia entre sus señales y las de los depredadores en las calles de Chicago. Su objetivo era imponerse a sí mismo y actuar con prepotencia sobre mi tierra. Yo había estado equivocada: yo era tan capaz como Harrison de leer la naturaleza humana, simplemente no me había dado cuenta de cuán iguales eran las cosas, incluso saltando de un siglo a otro.

Cuando tuvo las intenciones de moverse hacia a mí y hacia la puerta de la casa, oí un crujido en el suelo detrás de mí. Sin voltearme a mirar, me di cuenta de que Hiumath se encontraba justo en la entrada de la casa. Él debe haber evaluado la amenaza y se acercó para asegurarse de que el ejército de hombres no me hiciese daño a mí o a Lakan. Tuve cuidado de no delatar su presencia a Foley o Carter.

La adrenalina corría a través de mí. Tenía que hacer algo. Todos los malditos hombres eran iguales en todas partes, incluso en 1877. Me armé con toda la desfachatez del siglo veintiuno que tenía en mi interior.

—Pequeño malnacido —dije— ¿Quién diablos crees que eres? ¿Acaso te dije que te bajaras de tu caballo? ¿Te pedí que te acercaras a mí o a mi casa? Regresa a tu maldito caballo y agarra tu cerebro de mierda y vete al carajo, fuera de mi tierra.

Su mandíbula y junto a ella todo el machismo, la pseudo bravuconería escurría de él. Parecía un perro con la cola entre las piernas. De solo pensar en la inteligencia de los collies, de los cuales dependía la granja, podía afirmar que era mucha más la dignidad que tenía un perro.

Dije las palabras correctas, Foley estaba desinflado y tal vez ahora su teniente haría lo que necesario.

Unos golpes de cascos llamaron nuestra atención. Jonathan y Emmet cabalgaron hasta el patio.

—¿Está todo bien, señora Moore? —Jonathan me preguntó con

preocupación, el significado de su firme tono de voz fue claro para los militares.

Asentí.

—Los caballeros ya estaban despidiéndose —dije. El hombre llamado Foley no podía mirarme a los ojos ni a los de los ayudantes del rancho. Bajarse del caballo en presencia de una mujer sola y en la puerta de su casa. Él fue atrapado in fraganti. La culpa de sus intenciones deshonorosas estaba escrita en su rostro. Todos fuimos testigos también de su indignante humillación.

Emmet exigió saber el nombre del teniente. Cuando se le dijeron, él dijo:

—¿Puedo confiar, Subteniente Carter, que tiene usted a los hombres de su unidad bajo control?

El teniente se ruborizó.

—Le planteamos nuestras consultas a la Señora y ahora seguiremos nuestro camino —Foley subió tímidamente a su caballo, pero pude ver que estaba furioso. Los bravucones cobardes aparentemente eran atemporales.

—Señora —dijo el teniente Carter con una mano en su sombrero y un guiño hacia a mí seguido de uno a Emmet y a Jonathan. Le dio una vuelta a su caballo, hablando bruscamente con el soldado para que se uniera a él. Ambos hombres se marcharon levantando polvo detrás de ellos.

Aliviada, me apoyé contra el marco de la puerta.

—Señora. Moore, ¿eh? —le dije a Jonathan, riendo y temblando.

Ambos hombres se reunieron a mi alrededor para asegurarse de que yo estaba bien.

—Supuse que no serviría llamarla por su nombre de pila o decirle que no era la esposa oficial del dueño del rancho —dijo Jonathan con buen humor—. Por otra parte, puedo ver que es usted capaz de cuidarse a sí misma. ¡Maldición Señorita Ana, usted parecía preparada para darle un golpe mortal!

—¿Viste eso? —dijo Emmet—. Una verdadera serpiente de cascabel lista para protegerse a sí misma y a su familia. Bien por ti, Ana.

—El hombre pequeño de cabello oscuro, Foley —Jonathan murmuró— que tipo tan repugnante. —el miró en dirección a los militares habían montado fuera—. Cielos, la manera en que se retiró no me gustó para nada, ni que te haya visto y seleccionado como objetivo.

Ahora que la inminente amenaza había pasado, mis pensamientos volvieron a nuestros invitados.

—¿Hiumath? —Llamé. Él había estado listo para lanzarse a la línea de

peligro tanto por mí como por Lakan; no había habido dudas al respecto—. Es más —le dije a los ayudantes del rancho —por favor vengan para que podamos revisar a Hiumath y a Lakan sin temor a ser observados.

Tanto Hiumath como Lakan estaban bien, aunque se nos pusieron todos los pelos de punta. Hiumath reemplazó el gran cuchillo de cocina que había tomado en defensa. Invité a los ayudantes del rancho a unírseles el almuerzo, incluso ahora más contenta de lo habitual por contar con su compañía. Y como todos los días, estaba agradecida por la presencia de nuestros huéspedes Nez Percé.

Fugitivos, me recordé a mí misma, *fugitivos en su propia tierra*. ¿Cómo es posible este cruel oxímoron? Esos hombres del ejército habían sido un amargo recordatorio de la hostilidad de un mundo injusto.

Emmet me ayudó a poner algunos de platos de comida en el mostrador.

—Hay una regla tácita —él dijo, e hizo un gesto de disculpa hacia Hiumath y Lakan que no podía comunicarles sus palabras—. Está basada en la ley, pero también en la clase y en el honor, supongo. Los límites del rancho de un hombre y su familia están establecidos. Cualquier militar sabría esto. Todo su sistema depende del orden y la deferencia hacia sus superiores. El hecho de que estuvieran dispuestos a romper ese código es lo que me preocupa.

—Ese cobarde, canalla sin carácter... —Jonathan dijo con vehemencia.

—Creo que Ana ya cubrió eso —dijo Emmet, sonriendo pícaramente.

Retrocedí sorprendida.

—¿Qué? —también miré a Hiumath en tono de disculpa ya que no podía incluirlo a la conversación—. ¿Seguro que ustedes no pudieron oírme?

—Te sorprendería cómo viaja el sonido cuando no hay viento —bromeó Jonathan—. Incluso por encima del sonido de un caballo al galope.

Emmet y Jonatán eran hombres amables, de buen carácter que estaban acostumbrados a ser ingeniosos y a luchar contra los elementos. Jonathan era más abierto y juguetón y Emmet el más experimentado de los dos. Había una madurez en él que subyacía a su sentido del humor. Me hacía feliz que ambos formaran parte de la pequeña compañía de hombres que Harrison conservaba. Él estaba bien rodeado.

Y ahora con Hiumath y Lakan en medio de nosotros, me di cuenta con cierto asombro de cuánto de todo esto se sentía como una familia. Me reprimí a mí misma por pensarlo. No solamente Hiumath y Lakan fueron arrojados a la fuerza a esta situación y desplazamiento, ellos también estaban

fuera de su elemento al mantenerse bajo techo la mayor parte del día. A menudo Hiumath se tendía cerca de las ventanas y salía en el patio todas las noches tan pronto como oscurecía. Yo solo los había conocido por poco tiempo. Pero esto era una crisis y nos encontrábamos en medio de ella. A pesar de todo eso y de lo que fuera que estaba sucediendo, violento y perturbador, todos formábamos lazos. Estos corrían profundamente, sin importar el sello del tiempo.

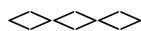
Ahora, veía como los tres hombres y el chico de diez años interactuaban. Después de comer jamón frío, pastel relleno de alce, pan de maíz y un poco de puré de calabaza que Jonathan y Emmet estaban inclinados a rechazar, Jonathan sacó una moneda y le mostró a Lakan cómo jugar un juego con él sobre la mesa. Todos nos reímos cuando en la segunda ronda de juego Lakan lo derrotó.

A pesar de mis garantías a Emmet y Jonathan de que los tres estaríamos bien en la casa hasta el regreso de Harrison, los ayudantes del rancho permanecieron alrededor del patio y al alcance del oído de la casa hasta que Harrison llegó a la última hora de la tarde.

En las afueras del patio, Emmet y Harrison intercambiaron palabras. Luego Jonathan llevó a Domino a los establos mientras Emmet veía cómo desenganchaban a los caballos del carro de transporte.

Observé a Harrison aparecer en la casa, polvoriento y bañado por el sol, pero con una urgencia en su forma de andar que delataba su preocupación. De repente, fui arrastrada a sus brazos.

Sudor, olor a caballo, a cuero y una fuerza de un carácter que no había visto en ningún otro hombre. Lo respiré. Nadie olía tan bien.



Lakan estaría lo suficientemente recuperado como para emprender el viaje en dos días. Esa noche nos sentamos alrededor del fuego, discutiendo la visita del oficial del ejército y del recluta y cual curso de acción eso nos obligaba a tomar. Hiumath y yo acordamos que tendríamos que darnos prisa y partir lo más pronto posible. Pude ver la renuencia de Ana a enfrentar el doloroso adiós que eso implicaría. Sin embargo, ella estuvo de acuerdo con el plan que mejor protegería a Hiumath y a su sobrino.

La desagradable visita de los militares en realidad nos había servido para algo invaluable. Foley y Carter habían dejado información sobre su misión en

Idaho y de los 'indios en el área'. Esto era suficiente para unir las piezas de lo que ya era historia de los Nee-Me-Poo del futuro, pero actual para todos nosotros, aquí y ahora. Entonces, mientras el soldado Foley había forzado nuestra mano y nos vimos obligados a adelantar la fecha de partida de Hiumath y Lakan, él también los había ayudado inadvertidamente más que la mayoría de cualquier otra persona blanca según la agitada memoria de Ana.

Con la ayuda de Jonathan, hice los arreglos para que llevara un mensaje al amanecer del día siguiente. El mensajero era un guía, un cazador que había pasado más de veinte años en Yellowstone. Él iba a llevar mi mensaje a un hombre Shoshone que me había ayudado, y al cual yo también había ayudado innumerables veces en el pasado. Nos habíamos librado más de una vez de unos rasguños bastante serios.

No conocía animosidad entre los Shoshones y los Nez Percés. Aun así, tendría que contar con la disposición de mi amigo para formar una alianza. El mensaje le pedía reunirse en un lugar ubicado a dos días de viaje desde la granja de ovejas, al norte del lago Yellowstone. Él ya estaría en esa área ahora, cazando borregos cimarrones y pescando.

A la última hora de la tarde, cuando solo Ana, Hiumath y yo quedábamos, Ana comenzó a hablar. Ella aún no le había informado a Hiumath de lo que sabía y había averiguado desde los visitantes hostiles de la mañana.

—Hiumath —dijo ella—. Te respeto y nos sentimos honrados de tenerte a ti y a Lakan bajo este techo.

Él asintió y le devolvió sus palabras de amabilidad. Ana sonrió y miró en el fuego, tirando firmemente de un chal floreado de color rojo y negro alrededor de sus estrechos hombros. Vi como el brillo de las llamas calentaba y daba color a sus mejillas.

—Supongo que parecerá increíble y tal vez incomprensible... —ella esperó a que yo tradujera y a que Hiumath reconociera que lo había entendido.

Miré a Ana con curiosidad para saber si iba a decirle a Hiumath que ella había llegado desde otro tiempo. Excepto por la preocupación de que nunca sería capaz de encontrar su felicidad, o de que ella quisiera volver, por poco casi yo mismo lo olvido. Ahora parecía que estaba decidida a compartir esto con nuestro amigo.

—No pertenezco a este lugar, Hiumath. Este no es mi hogar. Llegué a través de una extraña... dimensión... de otro lugar y tiempo.

Hiumath me miró embelesado mientras yo le transmitía las palabras en

Shoshone. Para mi sorpresa, y tal vez la de Ana, él asintió.

—Es como lo describen los ancianos —dijo solemnemente—. Las imágenes en las rocas dibujadas por nuestros antepasados representan los espíritus importantes en las rocas y el agua. Montañas y manantiales, estos son los lugares sagrados.

Los ojos de Ana se agrandaron a medida que escuchaba. Ella cubrió su boca con ambas manos. Su chal cayó de sus hombros y me moví a su lado, cubriéndola nuevamente y poniéndolo alrededor de ella.

—A veces, cuando dormimos en estos lugares, se nos revela su poder —continuó Hiumath. Él dijo algo más y me reí. Ana buscó mi rostro inquisitivamente.

—Él dice que debes ser la suerte que se revela a través de estos espíritus. Algunos de los espíritus son de malos presagios, pero los que están asociados al agua se consideran que atraen la suerte —sonreí—. Él dice 'la mayoría del tiempo', de todos modos.

Ella se rio suavemente, luego se levantó para hablar del peso que cargaba en sus hombros.

—Hiumath —ella dijo suplicante— lo que le pasa a tu gente, a tu gente en particular, no es bueno.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Pude verla esforzándose por alcanzar la fuerza y la gracia que tanto respetaba en este hombre, pero que las palabras que contenían su conocimiento del futuro negaban.

—Me siento tan impotente. Tu pueblo huirá en masa, pero muchos serán obligados a vivir en reservas. Esta es una situación difícil, es el destino de los pueblos indígenas. Aunque el 'destino' parece ser un chivo expiatorio para los responsables.

Hiumath escuchó atentamente las palabras de Ana.

—Lo que estoy tratando de decirte es que —ella dijo suplicando —tu pueblo se verá obligado a rendirse. Todo lo que sé del pasado es que algunos escaparon, pero muchos tuvieron que rendirse. Tú y Lakan deben irse tan rápido como puedan. Olvídate de Montana, no te protegerá. Y mientras tanto, mientras te mueves hacia Canadá, intenta enviar un mensaje a tu gente para que se apure —su voz se quebró —no sé lo suficiente al respecto o cómo cambiar las cosas. Lo siento mucho.

Cuando él lo entendió, se produjo un largo silencio interrumpido solo por el crujido y el silbido del fuego. Después de una larga pausa, Hiumath habló.

—Lo que será, será. Vamos a luchar y vamos a sufrir y vamos a luchar un

poco más.

Él nos miró con un extraordinario poder y una compasión que habría puesto a cualquier no-indígena en vergüenza. Para Ana, sus palabras fueron regalos de generosidad.

—Ya has cambiado las cosas, Ana del río. Tu eres la suerte.

CAPÍTULO 8

Ni siquiera había amanecido cuando montamos nuestros caballos. La niebla se extendía en letargo a lo largo los campos, el aire fino de la altitud del rancho entumecía nuestros dedos cuando sujetábamos las bridas. Cada uno de nosotros montó un corcel que nos llevaría y a nuestros artículos más inmediatos. Un caballo de carga transportaba los artículos más pesados para ayudar a aumentar nuestra velocidad en terrenos difíciles. Harrison le había regalado un caballo tanto a Hiumath como a Lakan. Vi con qué facilidad tanto Hiumath como el joven Lakan manejaban sus caballos. Solo podía esperar poder mantener el ritmo con la velocidad y la resistencia que necesitaría la huida de nuestro grupo.

Las últimas cuarenta y ocho horas habían sido un desastre de emoción y preparación apresurada. Harrison y Emmet habían sido completamente responsables de velar de la supervisión del rancho durante nuestra ausencia y de crear una excusa para nuestra partida. El rancho estaría en buenas manos, en las de Jonathan, sin embargo, ninguna granja podría ocultar fácilmente la ausencia inesperada de su dueño y su ayudante en pleno verano.

Cuarenta y ocho horas que habíamos pasado en ascuas con la preocupación de que Foley regresara o que cualquiera de los militares viniera a husmear. Foley y el subteniente habían dejado un mal sabor en nuestras bocas.

Me enfureció que el bienestar de dos buenas personas dependiera en gran parte de las acciones de un hombre como Foley. Su podrido corazón era un síntoma de un problema mayor.

Pensé en esto mientras cabalgábamos hacia la cobertura del bosque dejando el rancho detrás de nosotros en la niebla matutina. Ya, cinco

personas estaban en movimiento debido a la avaricia de otros, huyendo al amparo de la oscuridad en contra de su voluntad. ¿Y cuántos cientos de miles ahora se estaban desplazando o se verían colonizados antes de que terminara el siglo?

Unas cuantas monturas de cuero y el sonido de las botas contra estribos de metal nos acompañaron en la primera hora, los sonidos parecían más fuertes en la oscuridad. Harrison conocía estos caminos cerca de su casa, pero aun así nos desplazábamos despacio ante la ausencia de luz solar. Sin embargo, pronto los primeros rayos del alba atravesaron las colinas hacia el este. El río Snake estaba un lado de nosotros y nos dirigíamos hacia el lago Lewis. Cuando la luz cambió el río de un color negro a naranja hasta un gris azulado, sentí cómo una pesadez descendía sobre mí. Tratar de bloquear los pensamientos sobre mi hogar me tomó todas mis energías. Luego, estaba la dificultad de respirar bajo el peso de las aniquilaciones culturales que estaban formando la historia en este mismo momento, lo cual sentí como una mano fría descendiendo sobre mí.

También sabía que tenía poco derecho a sentirme triste o pesada. En comparación con otros, de todos modos.

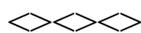
—¿Estás bien, Ana? —Harrison se había movido a mi lado.

—Por supuesto —dije. No iba a ser una carga para nuestro grupo ni para la tarea que tenía entre manos. En cierto modo, sabía que tenía que ganarme mi lugar.

—Si cabalgas con las piernas tan abiertas, sin que el caballo sienta la presión de tus rodillas y que tú eres la que estas en control estarás agotada para el mediodía. Tu caballo sentirá que eres un paquete y no quien en realidad manda.

Sin palabras, me enderecé, aunque todo lo que quería era que me tragara la tierra.

—Te amo —dijo Harrison. Le dio un empujón a su caballo y se movió al frente de la fila para relevar a Emmet.



Fue un duro día de viaje. Cada cierto tiempo teníamos que vadear un arroyo o un río, o incluso encontrar un lugar donde pudiéramos cruzar, eso nos ralentizaba el tiempo equivalente que nos tomaría viajar unos pocos kilómetros. Éramos un grupo solemne, siempre al acecho y con repugnante

obligación mordiéndonos los talones.

Para cuando levantamos el campamento, no muy lejos de la orilla del lado este del lago Yellowstone, los caballos estaban necesitados de un buen descanso. Lakan, el pobre muchacho, estaba agotado. Harrison y yo nos aseguramos de que comiera todo lo posible para ayudarlo a recuperar su fortaleza. También pusimos su saco de dormir entre nosotros para mantenerlo caliente en la noche que se avecinaba. Encendimos una fogata solo mientras cocinábamos nuestra cena, luego la rociamos con la arenosa tierra. Estaba casi agradecida por la fatiga que corría por mis huesos ya que pude dormirme casi de inmediato a pesar del miedo que nos roía a todos de ser descubiertos, y al frío suelo que podía sentir debajo del saco de dormir.

—¿Estás cómoda Ana? —Emmet me preguntó con una sonrisa, cuando todos nos acostamos a pasar la noche.

—Como pez en el agua —respondí sarcásticamente—. Solo recuerda que dije eso cuando todo este dicho y hecho.

Levanté la cabeza y miré la forma dormida de Lakan cerca de Harrison. Su rostro estaba medio oscurecido por las sombras y medio iluminado por la luna. Hace solo un mes me había despertado en sus brazos, aturdida y confundida. Era difícil de creer. Mucho había pasado. Primero había llegado a este mundo, y ahora todos estábamos rodeados de circunstancias tan extraordinarias. Pero del mismo modo que lo había hecho durante mis primeras horas en el salvaje oeste, la mirada tranquila de Harrison me tranquilizó y calló mis miedos y los peligros más allá del perímetro de nuestro campamento.

—Buenas noches —le susurré.

Volví a recostarme, el sonido de los insectos cantores llenando el aire era tan ruidoso en comparación a la mañana cuando salimos. Me quedé dormida.

Hiumath me estaba mirando cuando abrí los ojos. Él habló y yo me apresuré a sentarme. Era temprano en la mañana, pero el frío estaba lejos de deshacer el velo de confusión que sentía.

La voz de Harrison llegó a mis oídos.

—Estabas hablando en tu sueño. Hiumath te escuchó pronunciar un nombre en particular.

—¿Todo está bien? —susurré con alarma.

—Sí, está bien, Ana. No era mi intención asustarte. ¿Estabas soñando?

Froté mis ojos.

—Sí, *estaba* en un sueño. Uno intenso —el ambiente del sueño se aferró a

mí, casi como un manto—. Todavía puedo sentirlo. ¿Dije un nombre?

—Fue una palabra, Ana. Una palabra muy importante.

Sorprendida, mi mirada iba y venía entre los dos hombres. Reflexioné un momento y cerré los ojos para tratar de evocar el extraño sueño. Hiumath se agachó frente a mí y abrí mis ojos para encontrarlo buscando mi cara. Poniendo mis rodillas frente a mí, comencé a contárselo, Harrison traducía lo mejor que podía.

—Las puertas se desbloquearon misteriosamente. Yo las encontré abiertas, dos de ellas, en el sótano de una casa perteneciente a una mujer indígena y a su hijo adulto —aquí, tuve que hacer una pausa mientras Harrison explicaba y con su dedo hacía un dibujo de una cabaña en el suelo para ayudar a comunicar mis palabras. Él esbozó una base debajo de ella para representar un sótano, o al menos la parte inferior de una casa.

—A riesgo de parecer condescendiente con los dibujos —dijo Harrison— espero que me ayuden con la traducción. Es una historia compleja, pero continúa, Ana.

—Yo estaba en el sótano, adentro quiero decir, encontrándome con unas puertas en el camino. Eso me asustó, esas puertas no debían estar abiertas. Salí de la casa y mis manos temblaban de miedo. La anciana y su hijo preguntaron qué pasaba y les dije que estaba segura de que había un intruso en la casa, que dos puertas pintadas de blanco en el sótano habían sido abiertas y que podía sentir la presencia de alguien hostil.

Hiumath asintió y dijo algunas palabras. Harrison afirmó lo que sea que estaban diciendo y yo continué.

—La mujer y el hombre, el cual sería aproximadamente unos diez años mayor que yo, me tomaron muy en serio. Sin embargo, en lugar de entrar a la casa a través de una puerta, la mujer agitó su mano sobre la tierra y ... era tan extraño... una forma octogonal se abrió en el suelo. Era algo mecánico, con capas de puertas como si una hoja de metal fuera colocada encima de otra debajo de ella. Lo más extraño era que unas olas de calor emanaban del portal.

Harrison guardó silencio. Mirándolo, me pregunté por un momento si yo era culpable de continuar con un sueño que era aburrido para cualquier otra persona obligada a escucharlo. Pero no lo creo. Tanto él como Hiumath parecían estar enraizados en el lugar y en un estado de gran interés. El sueño me había arrojado su ambiente como un hechizo y ellos también podían sentirlo.

—¿No vas a traducir?" —le pregunté. Con visible esfuerzo, Harrison asintió y apartó sus ojos de mí.

La mirada de Hiumath se volvió más intensa una vez que escuchó todo.

—Te está pidiendo que dibujes la puerta en el piso que tienes ante ti — Harrison me dijo, y luego se metió unos cuantos metros entre unos arbustos y trajo una varilla. Él rompió el final de la misma y me pasó la herramienta de escritura.

Dibujé la forma lo mejor que pude.

—Cuando se abrió —repetí, haciendo un gesto con las manos—, el calor se levantó de ella.

—¿Por qué estabas gritando la palabra...? ¿Cuál era Hiumath?

—*Ren-ne'kin* —la palabra cayó como plomo. Qué sorprendente escucharla, una parte de mi propio sueño que no había recordado hasta que fue pronunciada. Y de repente, el resto del sueño volvió a fluir.

—Estábamos mirando el portal y la mujer estaba hablando mientras gesticulaba ampliamente en un movimiento circular hacia el sótano. De repente, una anciana apareció debajo de nosotros. Ella era ... era semitransparente, se movía rápidamente de un lado a otro y me miraba fijamente. Confundida, hablé con ella mientras el hombre y la mujer a mi lado guardaron silencio. Me miraron estupefactos y entendí que ellos no la veían. Pero la mujer que estaba a mi lado debe haberla sentido, sentido el espíritu quiero decir, porque después de un largo momento de consideración, dijo 'mi madre está aquí'.

Emmet y Lakan habían parado lo que estaban haciendo y estaban escuchando atentamente.

—La figura fantasmal debajo de nosotros se volvió más frenética en sus movimientos. De repente, me invadió el miedo y me obligaron a decir esa palabra una, dos veces, tan fuerte como podía. No sé de dónde venía, simplemente salía de mi boca más allá de mi control. Pero no estaba dirigida contra la figura espiritual.

Miré de manera penetrante a los ojos de Hiumath, mi preocupación por su seguridad y la de Lakan brotaba en el interior y ensanchaba mi garganta — era para protegernos del intruso a quien sentí con fuerza una vez más.

—No puedo hablar con los detalles de tus palabras —dijo Harrison después de haber hablado durante un tiempo en Shoshone—. Pero la esencia de esto se ha entendido claramente.

Lakan, que había estado sentado sobre una roca escuchando, ahora se

puso en pie y se acercó a mí. Se sentó contra mi costado, envolvió sus delgados brazos alrededor de mi brazo derecho y apoyó su cabeza en mi hombro. *Tan joven y tan viejo*, pensé con una ternura que hacía doler mi corazón. Apretujándolo, nos sentamos juntos mientras Hiumath, Harrison y Emmet discutían juntos; *'Poha'*, me dijo Lakan, su joven voz sonaba como una flauta en el aire. Le siguieron unas pocas frases, pero no pude entender ninguna de ellas.

Dejarle la planificación e incluso la interpretación del sueño a los hombres no me molestaba. Estaba claro que el sueño era el centro de su discusión. No entendí el sueño o su importancia, o cómo podría ser el centro de tanta emoción para estos tipos rudos. En este punto particular en el escape de Hiumath y Lakan, había poco que podía ofrecer aparte de tranquilizar a Lakan.

Se decidió que Harrison, Hiumath y Lakan se irían inmediatamente. Harrison guiaría a nuestros amigos hacia el contacto Shoshone que conocía bien y confiaba implícitamente y, desde allí, con suerte, el hombre Shoshone acordaría llevar a los compañeros Nez Percé hacia el norte hasta los límites del parque, en Montana. Hiumath y Lakan viajarían por su propia cuenta, presumiblemente a la frontera con Canadá, atravesarían Canadá se unirían con su familia Nee-Me-Poo. Descubrí que también se encontrarían con Toro Sentado, el nativo americano jefe Lakota que había llevado a su pueblo a Canadá desafiando al ejército y al gobierno de los EE.UU.

Cómo los Nee-Me-Poo pudieron establecer sus complejos planes y coordinarse con otros grupos en Canadá era un misterio para mí. Todo el plan de reasentamiento era atrevido.

No había tiempo que perder. Emmet y yo permaneceríamos en el campamento hasta que Harrison pudiera regresar. Ya Hiumath había empezado a borrar todo rastro de él, Lakan y Harrison dentro y alrededor del campamento. La idea era que, en caso de que el ejército estuviera más cerca de nosotros de lo que se pensaba anteriormente, se verían engañados al pensar que solo Emmet y yo estábamos en el área. Era ultra importante que disimuláramos ante cualquier otra persona, cazadores, turistas, nativos americanos y, especialmente, de los militares, que habíamos sido un partido más grande.

—Los militares nos dejarán en paz —dijo Emmet—. Incluso en el caso improbable de que haya otros soldados por ahí que se topen con nosotros, la única manera de que los militares logren algo es por medio del control que

los oficiales de alto rango tienen sobre sus hombres. Y los militares no pueden darse el lujo de alejar a los colonos de los cuales necesitan su hospitalidad y apoyo.

—Emmet —le dije amablemente— hay otras cosas de las que hablar si tu objetivo es tranquilizarlo.

—Tienes razón —dijo con algo de vergüenza. Eso era inusual para Emmet. Debe haber estado dándome crédito al incluirme en sus deducciones y pensar en voz alta. Le dio a Lakan una ayuda para subir a la silla de montar. Yo lamenté haber dicho eso.

Cuando Harrison terminó de cargar el caballo de transporte, suavemente me llevó a un lado aparte.

—Ana, no entiendo cómo es que has tenido un sueño así, pero parece que hay una gran cantidad de cosas inexplicables en estos días —frotando algo de hollín o polvo de mi mejilla, dijo: — lo que sea que te haya hecho tener ese sueño, la palabra que pronunciaste es de un idioma antiguo que ya no se utiliza. Tiene un profundo significado para Hiumath. Ha elegido escuchar tu sueño por eso y por los otros elementos que describes. Lo último que quiero hacer es dejarte en el parque sin mí a tu lado.

—No tienes de que preocuparte —le apreté la parte superior del brazo de forma tranquilizadora—. Sabemos que van detrás de los Nez Percé, los Nee-Me-Poo, quiero decir, y perderán su autoridad si molestan a personas como nosotros. Por mucho que me molesta voy a aprovechar mi privilegio, si ayuda a Hiumath y Lakan a reunirse con su gente, es el más pequeño de los sacrificios.

Él me miró como si yo fuera lo más importante del mundo. Como si tuviera un mundo de responsabilidades sobre sus hombros, y yo era la que estaba allí arriba, con la mayor importancia. Ningún hombre me había mirado de esa manera.

—Además —añadí—, no vas a dejarme sola. Ahí estoy yo, esta Emmet, y —caminé hasta su silla de montar que colgando sobre una roca y tomé uno de los dos revólveres —tengo una Colt aquí.

Harrison se rio. Yo era terrible disparando, odiaba las armas y él sabía estos dos datos.

CAPÍTULO 9

Una vez que tomamos la decisión de dividir el grupo por velocidad y discreción, comenzamos con la menor demora. Hiumath y Lakan se despidieron de Ana y Emmet, y todos sentimos tristeza por la separación. Pensé en mi familia en el este y en los cientos de Nee-Me-Poo que estaban siendo desplazados. Si los últimos cincuenta años fueron una indicación de los próximos doce meses, sabía que habría un derramamiento de sangre y una pérdida trágica en general, pero especialmente para los indios. ¿Habrá recuperación o restitución en el futuro cercano? ¿Qué nos rodeaba que apuntara a eso? Una compañía de hombres blancos del gobierno que se abalanza sobre un niño de diez años y un hombre íntegro y profundo. Hiumath no pedía nada más que vivir en su tierra bajo las costumbres de su gente.

—Lo que tú y tu gente decidan —dijo Ana, sosteniendo las manos de Hiumath en las suyas —Montana no puede ser el hogar que ustedes esperaban que fuera. Debes continuar hacia Canadá.

Era difícil para ella también. Ella solo podía sacar el conocimiento que ya traía consigo. Su frustración por no tener más detalles de un momento en particular en la historia la enfurecía como una tormenta.

Antes de irnos, llevé a Ana a un lugar apartado y le pregunté si había empacado una pluma. Ella me miró sin comprender.

—Algo para escribir —dije—. ¿Una metálica o una pluma de ave?

Ella arrugó la cara con esa mirada de incredulidad y un intento de paciencia que ella adopta en momentos como estos, cuando ciento cincuenta años venideros se ponían entre nosotros. Ella afirmó que traía papel y un lápiz en su bolso.

Hice un gesto en la dirección detrás de ella.

—Detrás de esa cobertura de arbustos, en la primera línea de árboles, verás una gran picea azul —ella levantó las cejas. —Un árbol... que Emmet puede mostrarte si no estás segura de cuál es una picea azul.

A pesar de nuestro apuro y la tensión en el lugar, tuve que reírme.

—Hay un agujero en él, al nivel de tus ojos, en la cara norte de su tronco. Si surge algo y tú y Emmet tienen que protegerse, deja una nota rápida en el árbol. Yo la buscaré. Escribe la dirección a la que te diriges. Pero yo regresaré a más tardar mañana a la puesta del sol.

Agarrando el cuerno de la silla de montar, puse mi bota en el estribo y monté en mi caballo. Domino resopló y sacudió su melena. Le di la vuelta para mirar a Ana. Hiumath y Lakan avanzaron sobre sus corceles y entraron en el bosquecillo.

Ella se quedó allí, con una mano sobre su frente, protegiéndose los ojos del sol. Luego corrió hacia adelante y se inclinó sobre Domino, con la cara enfocada hacia mí. Yo me incliné y la besé.

—Volveré por ti tan pronto como pueda Ana. Con suerte, no verás tanto como un cuervo.

Emmet había mirado al suelo cuando Ana y yo nos abrazamos.

—Mantente alerta —le grité—. Ustedes dos, cuidense.

Tirando de las riendas, guie a Domino hacia atrás y aceleramos hacia el bosque. La boca de Ana había dejado su calidez en la mía y su dulce sabor. Me chupé el labio inferior para saborearla.

Rápidamente me uní con Hiumath y Lakan y tomamos un paso rápido y constante. Había otra razón para dividir al grupo que no había compartido con Ana. En algún lugar, afuera y al oeste del parque, una compañía de hombres del ejército había estado acampando. En los dos días que pasamos en el rancho mientras Lakan recuperaba la fuerza suficiente para el viaje, me llegó la noticia de que la compañía de tropas se había trasladado al oeste de Idaho y se dirigiría más al oeste donde se estaban produciendo los alzamientos indios. Aunque los militares no habían regresado al rancho para comprar carne o provisiones, y aunque podía estar seguro de que estaban mucho más allá de los límites del parque, no podía saber si otras caballerías estaban en camino. Los grupos de hombres juntándose, ya fueran del ejército o fuera de la ley, con demasiada frecuencia se comportan de manera despreciable. No hay falta de historia de eso en estas latitudes.

Si bien quería estar de acuerdo con Emmet en que los militares tenían una

línea estricta a seguir y que sus líderes controlaban a sus hombres, sabía que solo hacía falta un hombre débil para cometer una atrocidad. Estos eran los mismos hombres a los que se les ordenó atacar pueblos indígenas y matar indiscriminadamente.

Domino sacudió su melena, molesto por las moscas que pululaban alrededor de sus orejas y cabeza. Mi mandíbula se apretó al pensar sobre el derecho que algunas personas asumen y que no les pertenece. En parte, originalmente acordamos viajar juntos porque era más seguro para Ana estar con nosotros que en el rancho. No podía confiar en este tal soldado Foley. Había actuado de una manera que no tenía derecho, luego fue humillado y puesto en su lugar por una mujer frente a los demás. Era más seguro para Ana estar con nosotros en el viaje. Lo que había cambiado era la comprensión del peligro en el que estaría si ella era descubierta con nuestros acompañantes indios.

Ana también es alguien con quien todos podemos contar. Las palabras flotaban claras en mi mente. La necesitábamos en el viaje tanto como a cualquier otra persona. Pero la posibilidad de que muchos hombres viajen por estas partes me había estado atormentando.

No me importa si los hombres actúan en nombre del gobierno o de su propia ley, ellos pueden perder la cabeza y la moral cuando algo que ellos consideren una oportunidad se presenta. Algunos nunca tienen una idea de por donde comenzar, si por la cabeza o la moral.

El sueño de Ana me había asustado. Había bloqueado las cosas en su lugar. Así que al igual que Hiumath, la escuché, como un discípulo por derecho propio. No voy a confiar a Ana a algo tan frágil como la suerte o a Hiumath y Lakan a una corazonada de que van a salir de este aprieto. Si los miembros de la compañía del ejército se cruzan en nuestro camino, Ana no estará en nuestro grupo. Ellos no tendrán ninguna excusa para condenarla por lo que ellos consideraban 'albergar fugitivos'. Así que prefiero sacarla de cualquier posibilidad de que el Ejército, o incluso los Pies Negros o los Crows, nos encuentren a todos juntos. Según esta lógica, Lakan y Hiumath están más seguros también. Podría hacerme pasar por su guía.

Aunque esta ruta significara dejar a Ana donde mejor pudiera, aunque fue aquí donde me detuve. Ya la conocía lo suficiente como para saber que me buscaría si sabía que yo estaba pensando en términos de 'protección'. *Ella es inteligente y puede manejarlo sola. Lo mejor es dejar todo así.*

El sonido de pájaro muy alto en el cielo me hizo reflexionar sobre lo fácil

que era garantizar la seguridad de Lakan y de Ana cuando habíamos estado bajo el mismo techo. Sería difícil despedirme de él y de Hiumath, y era difícil no poder unirme inmediatamente a Emmet y Ana para que los tres pudiéramos cubrirnos la espalda. Necesitaba una vista de pájaro como el halcón encima de mí, o la capacidad de estar en dos lugares a la vez.

Mientras tanto, yo había sido claro. Si Emmet y Ana veían alguna señal de otros, debían esconderse o regresar cuidadosamente al rancho. Alguien no deseado podría fácilmente tomar ventaja del terreno y mantenerse fuera de vista. Especialmente dos personas a la defensiva.

Hiumath, Lakan y yo tomamos algunos minutos de descanso. Regamos los caballos lo necesario, especialmente porque el calor estaba empezando a subir y había un par de áreas en nuestra ruta que tenían pocas fuentes de agua. Tres horas después de haber iniciado nuestro viaje con Hiumath y Lakan demostrando ser excelentes jinetes, pude ver que habíamos ahorrado parte del tiempo que había estimado que tomaría unirme a los Shoshones. A pesar del accidentado terreno y las empinadas pendientes, nos movíamos rápidamente, con un clima despejado a nuestro favor.

Los Nee-Me-Poo son bien conocidos por los appaloosas que crían. Los Shoshones no montan caballos, y en realidad usan perros para cargar los suministros. Pero yo nunca había viajado en compañía de los Nee-Me-Poo. Hiumath y Lakan estaban montados sobre dos de mis caballos, los de ellos ahora, pero animales a los que no están acostumbrados. Aun así, ellos están desplazándose con velocidad y de manera silenciosa también. Apenas perturban el camino, y cuando pasamos por un área, es casi como que si nunca hubiesen estado ahí. Estoy acostumbrado a rastrear y ver los tipos de huellas que deja la gente: cazadores, turistas, nuevos colonos, funcionarios del gobierno y técnicos agrícolas y geólogos. A veces, las personas que pasan por estas partes están prófugas y no por una buena razón. Son descuidado o despreocupados con los rastros que dejan detrás de sus propósitos y vidas. Pero no creo ser capaz de seguir el rastro de Hiumath y Lakan fácilmente. Ellos habían nacido para los caballos y los conducían fácilmente sobre plantas y hierbas que dejaban sino escasas casi ninguna huella de cascos, y rutinariamente bordeaban los senderos de arena que eran un camino más obvio para tomar.

El clima se mantenía lo que nos ayudaba a mantener nuestro ritmo constante. Me imagino que el terreno no es muy diferente al que mis compañeros están acostumbrados a seguir hacia el oeste. Lakan hizo un

comentario hace unos momentos de que estaba feliz de ver tierra que se parecía a la suya, así que supongo que no había cambiado tanto.

Los estoy guiando ahora, a través de un pasaje al oeste del lago Yellowstone. A menos que el ejército haya contratado a un guía, no sabrán de esta ruta y de seguro no la encontrarán. Todo ayudaba a incrementar la ventaja y las posibilidades de que Lakan y Hiumath escaparan. Los cascos golpeaban suave y rítmicamente contra la roca debajo de nosotros y nuestros caballos. Dando la vuelta en mi silla mientras Domino navegaba en el camino pedregoso, miré a Lakan montado a Palomino detrás de mí. Él estaba perdido en el ensueño, pero entonces brilló y su mirada se cruzó con la mía y sonrió mostrando sus blancos dientes. Su cabello liso y oscuro llegaba a sus hombros, se enmarañaba y barría su frente en oleadas con el galope. Desde que estaba convaleciente en el rancho, el unió de nuevo las cuentas y la tela alrededor de un mechón de cabello sobre su oreja derecha. Es un buen chico. Había estado interesado en todo lo que caía en sus manos y había demostrado un tremendo coraje a pesar de su lesión.

Sonriéndole, traté de transmitirle que todo iba a estar bien.

—Eres el chico más valiente que conozco —le dije.

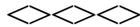
Debe haber entendido las palabras Shoshone porque golpeó dos veces su puño contra su corazón y abrió su mano hacia mí, con su radiante rostro juvenil.

Al apuntar y mirar hacia adelante, pude ocultar mi emoción y la dificultad de tragar. Algo que no haría para no hacer las cosas complicadas para él. Todo lo que era importante para Lakan estaba bajo amenaza.

Mis dientes se apretaron cuando lo pensé. Cuando salimos del estrecho paso, el paisaje se abrió debajo de nosotros justo cuando el sol salió detrás de una nube. Lakan se acercó a mi lado y los tres hicimos una pausa para mirar a las colinas cubiertas de arbustos artemisas y los campo que se extendían a nuestros pies. Montañas con picos nevados de un majestuoso color rosa al este del lago, la Cordillera Absaroka extendiéndose fuera de la vista y hasta Montana. Directamente al norte de nosotros y más lejos, los picos de la cordillera Washburn también eran visibles. Los tres miramos el paisaje en un pesado silencio.

—Lakan personifica esto —dijo Hiumath después de varios minutos. Lo miré y él asintió con la cabeza hacia el glorioso paisaje. Volteando hacia a mí de nuevo después de unos momentos, suspiró. Fue un sonido triste e inusual del guerrero. —Es doloroso para ti verlo sufrir. Y verlo partir.

Como siempre, Hiumath tenía razón. Me había apegado al chico.



Habíamos concluido nuestro camino por el pasaje y, después de darle agua a los caballos nos abrimos paso rápidamente hacia la parte superior del lago.

Matorrales y vegetación baja, afloramientos rocosos y grupos de árboles de hoja perenne formaban el terreno en esta área del parque donde el río Yellowstone drenaba del lago y fluía hacia el norte. Eludimos los límites de los árboles con el fin de ser menos visibles alrededor de las orillas abiertas del lago.

Todos escuchamos la alteración en los árboles delante de nosotros. Tres pares de mano tiraron bruscamente de las riendas para detener a los caballos. Fuera lo que fuera, se estaba moviendo rápidamente hacia nosotros a través de los arbustos. Hiumath tomó una pistola mientras yo sacaba mi rifle y apuntaba el cañón directo al frente.

Dos perros salieron de entre los árboles justo cuando me di cuenta por el sonido y la velocidad que era algo demasiado rápido para ser humano. Los perros nos aullaron y nos ladraron con entusiasmo, olfatearon el aire y acercándose a nosotros con cautelosos movimientos antes de retirarse nuevamente, desaparecieron de la vista.

—Deben ser los Sheepeaters —dijo Hiumath, refiriéndose a los Shoshones.

Era cierto que ninguna tropa viajaría con perros, y los cazadores rara vez lo hacían. Los animales parecían pertenecer a los Shoshones, así que mientras exhalaba con alivio, mantuve mi entrenado rifle delante de nosotros de todas maneras. Hasta que pudiera estar seguro.

Un llamado delante de nosotros, un grito agudo de saludo, dio señales de amistad. Bajé mi rifle. En ese momento, aparecieron dos Shoshone. Una gente tranquila y tímida en general, ya nos habrían acorralado y confirmado que eran amistosos antes de acercarse.

Vestidos con piel de ciervo, se desplazaban a pie. La sonrisa de Tel-e-kai dividió su rostro de oreja a oreja. Él saludó con placer y desmonté para devolverle el cordial saludo a mi amigo.

No podía pensar en alguien que tuviera un mejor conocimiento del parque que los Shoshones y los Tel-e-kai y sus parientes en particular. A diferencia

de Tel-e-kai y sus parientes cercanos que vivían principalmente en las alturas de Yellowstone, algunas tribus Shoshone distantes, eran migratorias. Aunque nuestra relación había comenzado a través de diferentes servicios e intercambios, se había convertido en una amistad que iba más allá de una relación económica. Nos habíamos ayudado unos a otros a lo largo de los años y compartíamos el amor por Yellowstone. Muchas veces yo había sido un invitado en su casa con su familia y su círculo.

Nuestra reunión nos trajo felicidad a cada uno de nosotros. Me alegró encontrarme con su primo y el campamento Shoshone en el área. Hiumath, Lakan y yo fuimos igualmente sorprendidos al encontrar seis hombres Nez Percé esperando por nosotros en el campamento Shoshone. Habían estado viajando con un grupo más grande de aproximadamente ochenta personas. De alguna manera les llegó la noticia de que Lakan e Hiumath habían sido ayudados, pero que pasarían por Yellowstone muy pronto. Tuvieron la buena fortuna de confirmar esto cuando conocieron a Tel-e-kai quien acababa de recibir mi mensaje. La media docena de Nez Percé se había quedado atrás para esperar Hiumath y Lakan. La alegría de su reunión nos animó a todos y consolidó la ventaja que todos sentimos que ellos habían ganado en su viaje.

Sentí una tensión tirando a lo largo de mi espalda. Por primera vez desde que me mudé a Wyoming, tenía a alguien a quien amaba y con quien quería volver. Ana era parte de mí. Me di cuenta de que no habíamos pasado una noche separados desde que nos conocimos. Era un gran alivio encontrar la ayuda adicional que los Shoshones estaban dispuestos a ofrecer para la causa de los Nez Percé y, extrañamente, esta alegría me hizo sentir la ausencia de Ana aún más. Me sentía como si una banda invisible se uniera a nosotros y estuviera siendo estirada fuertemente hasta su límite elástico.

Esto me atraía constantemente, un susurro en mi oído para apurarse. No podría decir si eso era solo amor o premonición.

A pesar de ser tan resistente como lo era, Domino no sería capaz de manejar un tercer día consecutivo sin un descanso significativo. Por lo tanto, no había otra opción sino acostarme por la noche. Me iría temprano en la mañana al mismo tiempo que los Nez Percé saldrían con los Shoshones como guías para unirse a su grupo más grande.

La noche había sido de gran interés, consistiendo en un intercambio de noticias, ideas y opiniones y, en última instancia, de una noche de cálculos para mí. La conversación giraba en torno a las noticias de los Nez Percé en casa, y finalmente condujo a la planificación de las acciones del grupo

presente. Tel-e-kai debatió en contra de tomar el camino más recto y evidente hacia el norte a través del valle de Hayden y muchos de los Nez Percé estuvieron de acuerdo con él, incluyendo Hiumath. Tel-e-kai sugirió además que él y los Nez Percé intentarían alcanzar al grupo más grande de ochenta Nez Percé que estaban a una distancia de un día al norte de nuestro campamento actual. Una vez que ellos se hayan unido, cambiarían de dirección, se moverían hacia el este fuera del parque, luego hacia el norte a través de Montana hasta Canadá. Tel-e-kai los llevaría al borde del parque, luego regresaría y se reuniría con su gente en las montañas por el resto de la temporada de caza de verano.

Solo unos pocos de los Nez Percé en este primer grupo de viajeros eran guerreros. Esto incluía a Hiumath. La mayoría de los guerreros de su tierra natal en la intersección de lo que ahora eran Idaho, Washington y Oregón, se habían quedado atrás con la última y más grande ola de Nez Percé. Estos, según supe, comprendían de 500 a 600 personas pertenecientes a cinco "bandas sin tratados". Ahora descubrí que los Nez Percé ya habían sufrido varios ataques recientes y había participado en escaramuzas y batallas desde una fecha límite del 14 de junio por un desplazamiento forzado a la reserva. Varios jóvenes indios también habían matado a cuatro hombres blancos como un acto de venganza, pero que no fue autorizado por los líderes indios.

Sobrevino el caos de la matanza de los hombres blancos y, según explicó uno de los guerreros Nez Percé, de una serie de lo que sonaba como ataques de venganza contra los granjeros y colonos blancos. A medida que el Nez Percé hablaba de la trágica noticia de casa que habían dejado hasta hace poco tiempo, su desafío y repulsión a una vida de forzado confinamiento resonó entre nosotros.

Nos enteramos de que inminentes enfrentamientos se esperaban entre los Nee-Me-Poo y un líder militar, el general Howard, que estaba a cargo de imponer el traslado a la reserva. Una vida en una reserva, bajo el dominio del gobierno de los Estados Unidos, significaba una vida sin libertad, el corazón de la cultura y la existencia de los Nee-Me-Poo. Mientras los hombres Nez Percé describían esto, los Shoshones asentían en comprensión.

Hiumath explicó que, antes de irse, se había formado un acuerdo vinculante entre los múltiples grupos Nez Percé. En secreto, ellos planearon resistir el reasentamiento y el quebrantado tratado, saliendo para Montana o Canadá. El pequeño grupo de Hiumath había sido uno de los primeros en salir sin el conocimiento del ejército de Estados Unidos, en algún momento

de junio. Esta noche, él había descubierto a través de los otros Nez Percé que el grupo de ochenta personas lo había seguido poco después cuando las cosas se habían deteriorado aún más. La ola final, liderada por varios jefes diferentes, incluido el jefe Joseph, llegaría a Yellowstone a fines de agosto. Hoy era el 3 de agosto.

Formamos un grupo inusual, los Shoshones, los Nez Percé y yo. Las alianzas entre los diferentes grupos indígenas no eran tan comunes como una persona podría pensar, incluso ante una agresión blanca de un enemigo en común. Hasta el momento, los Shoshones y los Nee-Me-Poo habían tenido disputas entre ellos, durante décadas sus caminos y culturas se habían interceptado.

Los Shoshones, conocidos como los ‘devoradores de ovejas’, eran personas en su mayoría pacíficas y gentiles. Lakan me preguntó sobre su nombre.

—Se llaman a sí mismos *Tukaduka* o *Tukarika* en su idioma —le dije—. ‘*Tuka*’ significa ‘oveja’ y ‘*rika*’ significa ‘devorador’.

Lakan rio y me informó que en su pueblo estaban acostumbrados a dar nombres a otras tribus en base a lo que comían.

—Los devoradores de salmón nos dicen que tienen salmón para compartir —explicó Lakan—. Lo mismo pasa con los ‘devoradores de bisontes’.

Él lanzó algunos guijarros al fuego con su brazo sano. Esta era la primera vez que lo había visto en su elemento más acostumbrado y con un grupo de su propia gente. Él brillaba de la emoción y, como lo expresó, la fe en las perspectivas de una nueva vida.

Debido a que los Shoshones también habitaban en Idaho, y que solo habían llegado a la región de Yellowstone hacía un siglo, algunos de los Nez Percé, como Hiumath, podían entender su idioma. Pudimos conversar lo suficiente y planificar una ruta de escape viable para Hiumath, Lakan y los otros Nez Percé en nuestro grupo esta noche. Por lo menos, ellos y el grupo más grande con el que esperan reunirse mañana encontrarán refugio en Canadá.

Nos presentamos con el objetivo de descansar unas horas antes del amanecer. Sabiendo que la probabilidad de que alguien obstruyera su fuga era mínima o inexistente, eché un último vistazo a la manta de estrellas que teníamos encima de nosotros sintiéndome confiado al menos en esa área. Ellos tenían la oportunidad de encontrar su camino a una seguridad relativamente permanente.

Pasé una noche incómoda tratando de recuperar mi propia fuerza, pero solo pude dormir por momentos. Me obligué a mantener los ojos cerrados ininterrumpidamente para que poder hacer frente a los retos del día siguiente con un cierto grado de alerta. Es cuando estás cansado que cometes errores en las alturas rocosas o con animales salvajes cuyas señales no tomas en cuenta. Los depredadores, incluidos los de dos piernas, esperan la oportunidad de atrapar a una persona desprevenida. Podíamos oír a los lobos esta noche, y Tel-e-kai nos había dicho que se había cruzado a un mismo oso unas cuantas veces en los últimos días. Dejar que me asesinaran en mi viaje de regreso no le serviría a Ana de ninguna manera. Se me vino el pensamiento, tan fuerte como ella era, de que tan sola ella se sentiría si yo no estuviera allí para ayudarla. Yo sabía que ella iba a encontrar una manera de sobrevivir y seguir adelante. Pero me hizo darme cuenta de lo mucho que estaba obligada a confiar en mí actualmente, la única persona que conocía su secreto.

Tendríamos que remediar eso. Ninguna persona debería tener que ser tan dependiente de otra, por mucho que me gustaría presentarle al mundo a esa mujer. Pero no era justo para ella y yo lo sabía.

¿Cuántos actos de altruismo había visto por otros desde que decidí mudarme aquí? ¿Los actos de amor medidos por cuánto una persona estaba dispuesta a reconocer los intereses de otra persona? No muchos, pero había habido algunos, y aquellos que yo había presenciado se habían quedado varados con su rectitud. Yo haría las cosas bien por Ana y la ayudaría a obtener su independencia y su seguridad. Lo que sea que tomara, y no importa cómo figurara o no en su vida a largo plazo, haría eso por ella porque era lo que le debía hacer.

Yo no era santo. Le pediría que se casara conmigo. Y le dejaría saber que ella era la única mujer para mí. Pero primero tendría que poner los pies sobre la tierra para que de esa forma ella tuviera todas las opciones de volar sin mí si así lo decidía.

Mientras tanto, tendría que regresar con ella y verla salir de esto a salvo. Esto se había convertido en un juego de gato y ratón y no me gustaban las posibilidades de eso para Ana, o la naturaleza de eso para ninguno de nosotros.

CAPÍTULO 10

*A*quí había algo nuevo desde que llegué al Viejo Oeste: nada que hacer. De hecho, no me importaba, pero hacía más difícil evitar pensar en Harrison, Hiumath y Lakan. ¿Estaba funcionando para ellos? ¿Estaban a salvo? ¿Se habían encontrado con el amigo Shoshone?

Emmet y yo estábamos cerca del modesto campamento. Él talló algo y reparó un calcetín. De alguna manera, él sabía que no debía preguntarme si yo podía hacerlo por él, no solo por respeto a mí, sino porque debe haber adivinado que era mejor zurcidor que yo. En realidad, nunca he agarrado una aguja en mi vida.

—¿Debería sentirme insultada? —lo molesté—. ¿No te parece que yo podría manejar una reparación de costura?

—Zurcir no es coser —el respondió sin levantar la vista—. Deje de caminar señorita Ana. No le hará ningún bien a nadie, menos a usted.

Tomar una siesta no tenía sentido. Hacía calor, y había insectos. Incluso en la oscuridad eso no se sentía bien. ¡Todas esas pinturas de la época romántica que había visto de personas que dormitaban idílicamente bajo un manzano o en un campo de césped no tenían sentido!

Emmet me hizo el almuerzo. Caminamos un rato para ver el paisaje y les dio a los caballos un buen cepillado, el cual pareció hacerlos felices.

Él era tan silencioso como Harrison, así que la conversación era bastante insignificante. Se me ocurrió que el único hombre hablador que había conocido en Wyoming era el buen doctor. Y él había creído en la terapia con sanguijuelas, así que ahí estaba, un punto a favor para los chicos tranquilos. Y, de todos modos, no me importaba el relativo silencio, esa había sido una de las primeras veces que había tenido algo de tiempo para pensar.

Pero a medida que las sombras del primer día se hicieron más largas y la cantidad de horas aumentó desde la salida de la mañana, mi preocupación por nuestros tres queridos integrantes crecía.

—Harrison es el hombre más competente que conozco Ana —dijo Emmet. Me dio una sonrisa de seguridad.

Luego, sirvió con una cuchara el estofado que había preparado para una cena temprana en un plato de hojalata que mantenía bien guardado—. Harrison no es ajeno a las dificultades. Difícilmente haya un momento en el cual no estemos comiendo la cena con preocupación por una cosa u otra.

—¿En serio? —pregunté con algo de sorpresa—. Hubiera pensado en la simplicidad ... y no me refiero condescendentemente, pero habría pensado que la simplicidad era una de las mayores ventajas de la vida de un vaquero.

—Umm —Emmet se sentó en el suelo, apoyando su espalda contra una roca y tomó algunos bocados—. Yo diría que cada día trae sus momentos de paz, especialmente a través del aire libre y los paisajes, y la sensación de que eres tu propia persona. Pero entre esos momentos, hay una comprensión de la lucha que tiene el día. Todos los días —él se rio en voz baja—. Lo importante del cultivo es que no importa de qué tipo lo hagas, eres responsable de todo. Las ovejas, las plantas, tu vida y una familia que depende de ti. Eso es lo que tenemos sobre nuestros hombros y sobre los de cualquiera que elija esta vida.

Terminamos nuestra comida sin más conversación, hasta que Emmet me preguntó si no preferiría volver al rancho.

—Podríamos dejar una nota para Harrison y él podría unírseos allí. ¿No sería más seguro para ti a la larga?

—Aprecio tu preocupación Emmet, pero ya hemos pasado por esto. Me hubiera sentido mucho menos segura quedándome atrás con ese merodeador y probablemente vengativo soldado suelto y sabes que habría escalado las paredes con preocupación y frustración por el resto de ustedes.

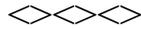
—Y te necesitamos —dijo Emmet.

—Sí —dije, sonriendo. Me di cuenta de que era la primera vez hoy que una sonrisa se había cruzado en mis labios—. ¿Quién más habría supervisado el zurcido de tu calcetín?

Después de lavar los platos, la olla y los utensilios, una tarea que tomó aproximadamente tres minutos y mucho menos de energía de la que parecía razonable para un mínimo de higiene, Emmet sacó una baraja de cartas.

—¿A menos que te moleste jugar a las cartas? —preguntó mientras arrastraba los pies.

—Cuenta conmigo —le dije—. ¿Sabes cómo jugar al póquer?



A la mañana siguiente, mientras Emmet encendía el fuego, bajé al arroyo para lavarme. Bajo el agua poco profunda, los guijarros se veían tan bonitos, coloridos y brillantes mientras sumergía las manos y me lavaba la cara con agua fría. Levanté mi cabello y salpiqué agua en la parte posterior de mi cuello. El impacto del agua helada en este punto me recordó mi lucha en el Río Snake. Se sintió como un flashback y me arrodillé en la orilla del arroyo, extendiendo mis dedos hacia adelante, con el dorso de la mano hacia mí. El agua de la corriente gorgoteó y se movió detrás y más allá de mis dedos extendidos. Las lágrimas brotaron de mis ojos. No tenía sentido tratar de entender por qué esta reflexividad y tristeza venían a mí en este momento, y de nada servía intentar detenerla. Sé que a veces la actividad nos mantiene alejados de lidiar con un gran cambio. *O algo traumático*, pensé, y comencé a llorar.

—¡Ana! —la voz de Emmet detrás de mí era una advertencia.

Miré hacia arriba, al otro lado de la corriente y lo vi. Un hombre agazapado en las hierbas altas a unos treinta metros de distancia. Un extraño en uniforme.

Cuando se dio cuenta de que lo vi, se agachó aún más y se retiró, moviéndose hacia atrás y rápidamente fuera de vista.



Nunca había cabalgado más rápido sobre un terreno tan escarpado como el de hoy. A media mañana el viento ya se había levantado, empujándonos a Domino y a mí desde un costado. Casi no cargábamos peso y no tenía a nadie más con nosotros para frenar nuestro progreso aparte de las ráfagas que nos intentaban molestar hasta tambalear, o nos empujaban alarmante sobre el borde de un precario camino.

Todo lo que podría ser de utilidad para Hiumath y Lakan lo había dejado con ellos. Calabazas, cuchillos, salazones una docena de huevos preparados en avena que les serviría para el primer día de viaje, una caña de pescar ingeniosa y el caballo de carga; todo era reemplazable para mí, pero

invaluable para ellos en su desplazamiento. Nada podría compensar lo que me habían dado, y a Ana también, lo sabía. Reconocer la parte que sabía que yo jugaba, explícita o no, en sus innumerables pérdidas, era tan pesado para mí como un toro en mi espalda. Era uno que sabía que nunca derramaría.

Hiumath y yo nos habíamos abrazado en la despedida. No nos veríamos otra vez, y yo no vería a Lakan crecer. ¿En quién se convertiría? Solo podía desear que él tuviera a sus seres queridos a su alrededor cuando madurara.

Nosotros habíamos montado nuestros caballos y con un último movimiento de cabeza el uno al otro, nos movimos en direcciones opuestas.

Se sintió como si algo insoportablemente grande se estuviera escapando con su partida, ahora lo veía con claridad, la realidad pura. La pérdida a nivel personal de Hiumath y Lakan fue un golpe poderoso. Pero también representaba algo tan grande que sentí como si algo se hubiera roto dentro de mí. Ana lo entendería. Ella ya había mostrado su compasión y había descrito la impotencia que ahora yo sentía frente al gigante que estaba destruyendo tanto lo que era bueno como correcto.

Clavé mis dedos en la melena de Domino y le di una cariñosa palmadita en el cuello. Murmurándole, pensé en Ana y cómo la llevarla en mis brazos donde ella se me apareció en ese momento.

Pasaron otras tres solitarias horas. Diez horas de viaje ese día en total. Dividí a la mitad el tiempo que nos había tomado a nosotros tres recorrer la misma distancia el día anterior.

—Una colina más y estaremos allí —dije en voz alta. Como si Domino hubiera entendido, comenzó a trotar.

Recorrimos la colina y descendimos hacia el campamento. No había visto señales de Ana o Emmet, pero probablemente estarían comenzando a preparar cena. Me introduje entre los árboles y luego sudé frío.

Nadie estaba en el campamento. Un ruido y un chirrido emergió de un árbol detrás de mí, pero era solo un pájaro sobresaltado desde su posición. Se elevó en el aire batiendo las alas y gritando en señal de protesta.

Examiné el fuego, que había sido pateado con tierra y arena. Al inclinarme para mirar las huellas y señales en el campamento, incluido el fuego, pude ver que el sitio había estado frío durante varias horas.

Me moví hacia la picea azul. Todos los instintos me dijeron que nada acerca de encontrar el campamento vacío era algo bueno. Yo había llegado demasiado y Ana estaba en peligro.

CAPÍTULO 11

Emmet y yo habíamos pasado del lujo de tomarnos nuestro dulce tiempo, con el propósito de atraer engañosamente a los militares que nos habían descubierto en una dirección opuesta a la de Hiumath, Harrison y Lakan, a un ritmo vertiginoso con un hombre trastornado pisándonos los talones. Nuestros caballos galoparon a través de un amplio prado. Era todo lo que podía hacer para aguantar. Cualquiera puede recorrer una corta distancia a toda velocidad, pero mantenerla y, sobre todo en un terreno tan accidentado, era una prueba física de resistencia. Cada uno de mis músculos estaba ocupado agarrando el caballo y manteniéndome en mi asiento. Mis rodillas me gritaban y mis dientes temblaban en mi cabeza con el movimiento. Emmet estaba haciendo todo lo posible para ayudarme a compensar mi falta de experiencia para montar a caballo ante tales condiciones extremas. La incomodidad no era importante. Solo me preocupaba la salud de nuestros caballos y no ralentizarnos. El bienestar de Emmet dependía de mi habilidad para huir.

Resbalando con el sudor, los caballos entraron en un bosque y disminuyeron la velocidad. Mi caballo resopló y sacudió la cabeza y yo tiré de las riendas demandando soltura. Emmet nos condujo a través de los densos árboles, advirtiéndome cuando cualquier rama a la altura de los ojos supusiera una amenaza de un daño grave. Del resto él no podía hacer nada. Las ramas azotaban nuestras caras y laceraban a nuestros caballos, pero seguimos adelante, a un ritmo implacable.

Nos habían engañado. No podríamos haber sabido que el soldado Foley había hecho su misión ostensible misión la tarea de encontrarnos. El hombre era un criminal y claramente se había corrompido.

Cuando Emmet y yo vimos al explorador, habíamos asumido que pertenecía a un grupo militar no relacionado con ese tal Foley. Preocupados de que estuvieran en la búsqueda de los Nez Percé y que descubrieran las huellas de Hiumath y de Lakan, habíamos decidido alejarlos de nuestros amigos prófugos. En primer lugar, recogimos el campamento lentamente, prolongando el tiempo intencionalmente para que lo que fuera que el explorador militar informara a sus superiores era de que no habíamos tenido razones para estar nerviosos por su presencia en el área. Nosotros lo cronometramos lo mejor que pudimos, salir del campamento después de esconder una nota en el árbol para Harrison, y deliberadamente ir lento y torpemente para que el ejército pudiera seguirnos hacia donde nos dirigíamos. Por lo menos, pensamos que querían preguntarnos con quién nos habíamos cruzado y compartir información útil sobre el parque. Entonces los convencimos de seguirnos, como señuelos humanos.

Emmet no había querido que yo actuara como cebo. Pero pronto comprendió que yo no cedería. Está bien hablar sobre la injusticia y uno de los mayores actos de robo jamás cometidos en el país, pero cuando se requiere acción, es mi deber hacerlo. Le dije esto y él se rindió. A partir de ahí tramamos nuestro plan.

Excepto que todo se hizo pedazos cuando observando desde las alturas ocultas de una cresta, vimos a Foley.

Su malvada misión fue inmediatamente clara. Él estaba solo, viajando sin su compañía de hombres.

—Supimos que no tenía principios cuando desafió a su oficial al mando —Emmet dijo, con la cabeza baja—, pero para un recluta, dejar a sus compañeros y actuar por su cuenta, aun vistiendo su uniforme... Ana, es algo muy irregular.

Incluso con mi ojo inexperto estaba claro que Foley nos estaba siguiendo. Él también iba tan rápido como podía, lo que tampoco auguraba nada bueno. Miré a Emmet.

—Ese maldito nos está cazando.

—Pensé exactamente lo mismo —respondió Emmet.



Así que habíamos huido. Estábamos en lo profundo del bosque dirigiéndonos en dirección al rancho, pero a una buena distancia de él

todavía. Desmontando brevemente, permitimos que nuestros caballos bebieran de un charco de agua en la orilla de un arroyo.

—Si todo salió bien para Hiumath y los demás —dije—, Harrison ya habrá llegado al campamento. Él sabrá que estamos en camino a casa.

Emmet puso sus manos en sus caderas.

—Estoy pensando que cabalgará como el diablo para unirse a nosotros. A él no le gustará el plan que tomamos. Incluso sin conocer que Foley está involucrado, puedo apostar que no perderá tiempo en tratar de alcanzarnos — él me miró y sonrió—. Nunca había visto a Harrison ser tan apegado con alguien como él lo es contigo. Tienes un protector y, es tan buen hombre como cualquiera, el hombre más extraordinario que conozco.

Su caballo tenía una tendencia a beber demasiada agua. Emmet sacó al animal del arroyo y lo condujo por la orilla hacia los densos árboles. Lo seguí y le pregunté a Emmet qué debíamos hacer.

—¿Seguir con este ritmo o escondernos? —le pregunté—. ¿Qué tal atacarlo, como una emboscada y pelear?

—Eso es lo que se ha estado revolviendo en mi mente. Tenemos una ligera ventaja sobre él, pero solo es él cabalgando, por lo que es un poco más rápido. Por otra parte, está obligado a seguir nuestro rastro, que podría perder si se mueve demasiado rápido. Lo que es más importante considerar es si alguno de nosotros tiene una lesión o si un caballo se colapsa. Eso nos hará entrar en juego y él guardará las cartas. Así que estoy pensando que, si podemos mantener nuestra ventaja hasta la puesta del sol, él no podrá seguirnos en la oscuridad.

—Sabemos que viene detrás de nosotros para lastimarnos. ¿Lo sabes no?

—Lo sé —respondió Emmet—. El problema es que no puedes dispararle a un hombre desde lejos y esperar que la ley entienda que sabías lo que sabías acerca de sus motivos. Y si esperamos hasta que esté cerca y lo enfrentamos, él tendrá la ventaja. Las únicas opciones que veo son, mantenernos delante de él o que continúes mientras yo lo enfrento solo.

—Solo sobre mi cadáver dejaría que ese lunático se acerque a ti. Lo único que hablará es su arma.

Montamos y continuamos.

CAPÍTULO 12

Las huellas de Ana y de Emmet eran bastante fáciles de encontrar. Habían sido obvios al dejar el campamento, como lo relataron en su nota. Sin embargo, pronto encontré otras huellas que me dieron motivos para preocuparme.

Dos hombres que estaba seguro eran militares por las raciones del ejército que habían descartado, y una cantina de estaño arruinada que encontré, seguían a Ana y Emmet a caballo a una distancia detrás de ellos.

Una tercera persona estaba tras sus pistas, y éste en particular los estaba persiguiendo. Él desmontaba con regularidad, doblando la rodilla hasta el suelo para estudiar los signos de los dos delante de él. Yo tenía mis sospechas sobre la identidad de este jinete debido a las huellas de los cascos de su caballo. Una ranura de media luna y tres agujeros en la impresión de la herradura de metal que coincidía con los que Carter y Foley habían dejado en el patio del rancho. La noche de su visita, yo había estudiado los grabados y había pedido a Ana que me mostrara donde cada uno de los dos hombres se habían posicionado y a sus caballos. Las peculiaridades de las huellas de pezuñas frente a mí ahora eran las mismas que las del caballo de Foley.

Me preparé con la velocidad de un hombre decidido a proteger a su amigo y a su amor. No había mundo sin Ana. Anoche, el parque me ayudó a comprenderlo por completo.

Sin dificultad, encontré a los dos militares siguiendo al hombre que supuse que era Foley. Sin darse cuenta de mí presencia, los llamé y giraron sus caballos. Parecían aliviados de que no representara una amenaza que pudieran percibir y me saludaron cordialmente.

Presentándose a sí mismos como Andriekiv y Simms, los militares

confirmaron inmediatamente mi peor temor: estaban tratando de aprehender al soldado Foley. Ahora era un desertor. Me enteré de que ellos ya habían tenido problemas con él en un pueblo el mes pasado cuando causó disturbios en un salón y golpeó a un jugador y a la mujer que estaba con él. Foley había hablado para salir del arresto y los otros hombres involucrados estaban demasiado borrachos como para declarar.

—¿Y la mujer? —pregunté impaciente por seguir adelante e interceptar a Foley.

Pero las caras de los hombres estaban en blanco. Quienquiera que fuera quien había sido agredida y no tenía poder para enjuiciar a Foley.

—Dime rápidamente —les pedí—. ¿Cómo es que él está aquí en primer lugar? ¿Por qué enviaron un explorador al lugar donde mi esposa estaba acampando?

Los hombres se movieron incómodos y se miraron el uno al otro mientras explicaban. Foley había sido persuasivo al llevar a un oficial al creer que había Nez Percé en el área. Se le asignó un explorador con algo de tiempo para realizar una búsqueda. Pero como se hizo evidente para el oficial que era un desperdicio de recursos, las noticias del escándalo de Foley en la ciudad llegaron a oídos del oficial. Enviaron a Andriekiv y Simms para recuperarlo y llevar a Foley a su comandante.

Ahora, ellos sabían que Foley tenía su propia agenda. Esperaron a que el explorador regresara, con la intención, a partir de entonces, de llevar a Foley a Idaho hasta su comandante. Cuando el explorador regresó con las noticias de haber encontrado a dos campistas blancos, una mujer y un hombre, Foley mostró sus verdaderos colores. Estaba agitado y desafiante hasta que, en contra de las órdenes, y por razones desconocidas para ellos, se escabulló para perseguir a los campistas.

Los hombres palidecieron cuando percibieron mi enojo

—Su esposa, señor —tartamudeó Andriekiv—. No teníamos idea.

Apresuré a Domino y rápidamente partí a la dirección que Ana y Emmet habían tomado.

CAPÍTULO 13

Es

so no funcionó; Foley nos había alcanzado.

—Deja los caballos. Ana, rápido, ahora. Solo podemos ponernos a cubierto.

Del terreno ligeramente más alto donde nos paramos, pudimos ver a Foley cabalgando hacia nosotros a través de los árboles, a solo unos minutos de distancia detrás de nosotros. A pie, nos apresuramos hacia un árbol que se inclinaba en un ángulo extravagante en la orilla de un pequeño arroyo, después de haber agarrado el fusil de Emmet, el cual colgó sobre su hombro. Estabilizándonos sosteniendo el tronco del árbol, bajamos hasta la corriente, la cruzamos y empezamos a trepar por las grandes rocas en el otro lado.

La corriente que acabábamos de cruzar caía desde una cascada que podíamos oír pero que apenas percibíamos desde cierta distancia a través de la pantalla de árboles. Los muros de los acantilados se elevaban bruscamente desde donde habíamos cruzado, hasta la altura de la ruidosa cascada.

Desde donde estábamos, aguas abajo de las cataratas, pudimos subir al terraplén sin demasiada dificultad. En su parte superior, nos arrastramos hacia un espeso matorral de árboles que sobrevivía entre las rocas, y nos agazapamos detrás de una roca. Foley estaría expuesto debajo de nosotros si intentaba cruzar la corriente.

Emmet se llevó el rifle al hombro.

Sobre el ruido del agua debajo de nosotros, escuchamos la risa de Foley antes de que viéramos su cabeza aparecer entre los árboles. Debió abandonar su caballo y desaparecer de la vista, porque se detuvo y con valentía volvió la cara hacia nosotros.

—¿Qué es lo que quieres, Foley? ¿Cuál es tu problema? —Emmet le

gritó.

Foley escupió en la corriente y cambió su peso a una sola pierna. *Como un gallo enfurecido, pensé. Maldito macho alfa.*

—Mi problema es contigo y con la señora, por supuesto. Pensé que eso ya sería evidente.

—Pon tus manos donde pueda verlas —ordenó Emmet cuando Foley puso sus manos dentro del fondo de su camisa, en algún lugar cerca de la cintura. Era difícil de ver desde lo alto. Emmet volvió a hablar, alto y claro:

—Tengo un rifle preparado para ti.

—Mira, el problema aquí es que no tengo nada que perder y no hay un lugar al que pueda huir en este agujero de mala muerte abandonado por la mano de Dios una vez que termine con mis asuntos aquí. Así que pensé en pagarles todos mis respetos antes de pasar a pastos más verdes. Yo no aprecio demasiado huir como tú y la chica del rancho que está a tu espalda.

—Las manos donde pueda verlas —dijo Emmet, la advertencia en su voz dominaba el ruido de la corriente—. La última vez que voy a de...

El disparo sonó y Emmet se desplomó hacia adelante. Se acostó boca abajo en medio de la tierra y el líquen, con los ojos cerrados. No podía entender.

—¿Emmet? —lloré—. ¡Emmet! —me incliné sobre él, sacudiendo su hombro suavemente. Mi mano derecha salió envuelta de sangre.

Esto no podía estar pasando.

No habíamos visto un arma. Ninguno de nosotros había visto un arma. Foley estaba solo, no tenía dudas al respecto: no había nadie más que pudiera disparar. De alguna manera, él había logrado derribar a Emmet. Incliné mi rostro al lado de Emmet y escuché. Él estaba respirando. Gracias a Dios que estaba respirando.

Inspeccionándolo rápidamente, encontré la herida en su clavícula derecha. Ya no estaba derramando sangre, lo que me indicaba que, afortunadamente, ninguna arteria vital había sido rasgada por el camino de la bala cuando salió cerca de su omóplato. No sabía nada sobre heridas de bala ni nada útil en esta situación. La bala debe haber fallado sus pulmones por haberlo impactado tan alto en el pecho, o en el hombro, pero ¿Qué sabía yo? Emmet estaba inconsciente y herido.

Foley debe haber apuntado en la dirección general de la voz de Emmet. ¿Dónde estaba él ahora?

Sobre mi abdomen, me incliné hacia adelante entre las rocas y miré hacia

abajo. Él había cruzado la corriente y ya estaba a medio camino del terraplén. El miedo y el shock eran casi paralizantes. A cuatro patas, gateé de regreso hacia Emmet. Levanté su hombro derecho suavemente, el que estaba herido, y saqué el rifle de donde estaba atrapado debajo de él.

—Dios, Emmet —le susurré— trataré de protegerte. Te prometo que zurciré todos tus calcetines si tú y yo podemos salir de aquí.

Tropezando con la pistola, ni siquiera tuve tiempo para pararme antes de que Foley apareciera. Se levantó del borde de la orilla y me informó que mi tiempo se había acabado.

Apreté el gatillo.

Se estremeció cuando la bala le dio en la parte inferior de la pierna y recuperó el equilibrio para detener su caída hacia atrás desde el borde del terraplén, sin embargo, se enderezó triunfalmente cuando entendió, supongo, que yo sólo lo había rozado. Bajando la pistola que sostenía a su lado, se dobló de la risa.

—Diablos mujer —se rio entre dientes.

Mi mente se aceleró. Si él no estaba preocupado porque yo le disparara otra vez, debe ser algo. ¿Un rifle Winchester solo tiene una ronda? No tenía ni idea. ¿Tenía que cargar un nuevo cartucho o estaba uno allí ya? Desesperadamente, miré para ver si había un mecanismo para volver a cargar.

Por otra parte, Foley estaba completamente loco. No me miraba como si le importara mucho si él vivía o moría. Así que tal vez yo *estaba* sosteniendo un rifle que podría usar. Levanté el cañón hacia él de nuevo.

Él sacudió la cabeza.

—Ahora, yo iba a ser amable y a poner una bala dentro de ti. Pero en vista de tu bienvenida, he cambiado de opinión —él sostuvo una mano sobre la herida que filtraba sangre a través de sus pantalones—. Señorita, voy a tirarla de este acantilado.

Vi la bala causar destrozos en el muslo de Foley antes de que el sonido llegara a mis oídos. Foley agarró su arruinada pierna con una expresión de sorpresa en la cara antes de desplomarse en el suelo. Él gritó de dolor, pero era incapaz de levantarse o incluso moverse mucho.

Confundida, miré hacia abajo al rifle en mis manos. Yo no había apretado el gatillo.

—¡Ana! —era la voz de Harrison.

Trepando de nuevo hasta el borde, pero manteniéndome alejada de Foley, miré hacia abajo. El vaquero estaba en el borde de los árboles al borde del

arroyo. La emoción que crecía en mi interior al verlo era como una inundación.

—¡Su pistola! Patea su arma a un lado.

¡Por supuesto! Me volví hacia Foley y busqué hasta que vi su pistola. Había caído en una grieta poco profunda en la base de una roca. Alejándome lo más que pude alrededor de Foley, quien estaba presionando su muslo sangrante con las dos manos y tenía demasiada conmoción y el dolor como para hacer algo, saqué la pistola. Regresé al borde del acantilado y llamé a Harrison para decirle que había recuperado el arma. El rifle de Emmet seguía atado a mi alrededor.

—¿Estás bien, Ana? —asentí, temblorosa. La cara de Harrison estaba bañada de alivio—. ¿Dónde está Emmet? —él preguntó, su voz estaba sumergida en preocupación.

Él cruzó la corriente y comenzó a subir por el terraplén.

—Él está aquí, pero está herido. Foley disparó a través de su hombro.

—No le des la espalda a Foley —dijo Harrison—. Ya voy.

Foley había perdido mucha sangre. Apenas estaba consciente. Tenía que esperar hasta que Harrison llegara a la cima de la ladera rocosa antes de que pudiera acercarme a Foley, tanto como sabía que necesitaba atención crítica. Pero no podía estar segura de sí tenía otra arma encima y el recuerdo de él disparándonos sin que un arma fuera visible me hizo desconfiar.

Maldición. No puedo dejarlo así. Foley tenía los ojos cerrados, parecía que no estaba consciente. La única tela disponible que podría usar para detener la sangre era mi camisa. Me la quité, me acerqué a Foley y me arrodillé junto a él. Enrollando la camisa, la coloqué en su muslo, y luego la envolví alrededor y la até usando las mangas. Él gimió, pero no abrió los ojos.

Harrison apareció y corrí hacia él, los dos nos abrazamos. Él hizo un barrido visual a Foley en el suelo y a Emmet más allá antes de besarme. Su abrazo fue ardiente, lleno de sentimiento y protección. Rompimos rápidamente y nos movimos al lado de Emmet mientras Harrison se quitaba la camisa y me la ponía encima.

—Emmet no está sangrando tanto como Foley —le dije, mientras Harrison se arrodillaba junto a él—. Creo que la bala lo atravesó y salió. Le mostré la herida de salida, teniendo cuidado de no tocarla con mis manos. Satisfecho de que Emmet no estaba en peligro mortal, Harrison se movió hasta donde estaba Foley.

—Ten cuidado —le advertí—. Podría tener otra arma escondida.

Asintiendo con la cabeza, él le quitó el cinturón, me pasó el revólver y desabrochó el cinturón de cuero de la pistolera. Ahora era libre para colocar alrededor de la parte superior del muslo de Foley un torniquete improvisado. Foley gimió.

—Haremos nuestro mejor esfuerzo para evitar que mueras —le dijo Harrison y ajustó el cinturón. Foley dio un grito de dolor y se desmayó.

Deliberamos juntos con nuestras suaves voces.

—Tengo una cuerda en Domino —dijo Harrison—. Creo que será más fácil si bajamos a los hombres a la corriente, uno a la vez, en lugar de tratar de llevarlos a lo largo del borde del terraplén hasta que encontremos un camino menos empinado —aconsejó.

Asentí con la cabeza estando de acuerdo con él.

—Entre los dos podemos rapelear hacia abajo desde aquí. Claro, creo que puede funcionar, Harrison.

—Lo haremos primero con Emmet, luego con Foley, Ana. La vida de Emmet puede salvarse con seguridad si actuamos rápidamente. Tengo mis dudas de que Foley va a sobrevivir la próxima media hora, sin importar el viaje. Pero tenemos que intentarlo.

Una mirada a la cantidad de sangre que Foley había perdido en la roca en la que yacía no dejaba lugar a dudas sobre su estado crítico.

—Hay dos militares detrás de mí. Han venido a aprehender a Foley por desertión. Con un poco de suerte, nos encontrarán y podrán ofrecer ayuda.

Harrison descendió por el terraplén y regresó con la cuerda.

—Tu caballo y el de Emmet están abajo. Regresaron, afortunadamente para nosotros.

Juntos, levantamos a Emmet y lo llevamos lo más cerca posible de la saliente. Harrison hábilmente enrolló la cuerda alrededor de las extremidades de Emmet con un arnés de cuerpo entero. Él enrolló los extremos de la cuerda alrededor de un árbol y luego de su cintura. Después de rodar las mangas de gran tamaño de la camisa que llevaba hasta los codos, acompañé a Emmet por el acantilado, sosteniéndolo firmemente tanto como pude con un brazo mientras bajaba por los peñascos y el rocoso acantilado. Cuando llegamos al final, le hice señas a Harrison y cuidadosamente comenzó a desatar a Emmet.

Harrison se unió a mí y llevamos a nuestro amigo al otro lado de la corriente. Cuando llegamos a los caballos de pie entre los árboles a unos treinta pasos dentro de la madera, fuimos llamados por dos soldados. Ellos

nos ayudaron a acostar a Emmet en un pequeño claro.

Harrison me presentó y rápidamente explicó los eventos. Los hombres, Andriekiv y Simms, no parecían tan sorprendidos como yo hubiera esperado. O estaban acostumbrados a una vida difícil y ya habían visto la batalla, o sabían que un hombre como Foley probablemente terminaría mal. Me dijeron lo contentos que estaban de saber que había escapado ilesa, e inmediatamente se ofrecieron a examinar a Emmet.

Simms tenía algo de experiencia médica; se quedó con Emmet para evaluarlo mientras nosotros tres regresábamos al arroyo y lo cruzábamos, luego comenzamos a subir al terraplén para proteger a Foley.

Harrison estaba delante de nosotros y llegó primero al borde del acantilado. De repente, se agachó. Fue un reflejo defensivo, y nos hizo una señal para que permaneciéramos quietos.

Si Foley estaba amenazando a Harrison, yo estaría condenada si me tocaba quedarme quieta. Me trepé al lado de Harrison y detuve mis pasos.

Los lobos nos observaron con recelo. Una hembra alfa se agachó sobre el cadáver de Foley donde había estado comiendo y gruñó amenazante. Sé que era una hembra porque dos de sus cachorros casi adultos, estaban con ella. Estos también nos mostraron sus dientes y gruñeron.

Foley se había ido. Si él había muerto antes de que los lobos comenzaran a consumirlo o debido a los animales, no podíamos saberlo.

Andriekiv sacó una pistola de su cinturón. Sin embargo, la bajó casi tan pronto como la levantó, sin la necesidad de evitar que disparara contra las criaturas que eran animales salvajes. Ellos solo estaban interesados en el cadáver, siempre y cuando no intentáramos acercarnos más. Foley estaba muerto; Andriekiv pudo ver eso tan claramente como nosotros podíamos.

—Baja tu mirada y baja de regreso —dijo Harrison en voz baja.

Ya había apartado los ojos, pero no tenía ningún conocimiento acerca de cómo parecer menos amenazante para unos lobos hambrientos; el reflejo había sido instintivo. Nos retiramos, dejando temporalmente a los lobos y al parque existir como las indomables cosas que eran.

Una acumulación de conmoción por la violencia que había comenzado con la incesante persecución de Foley y había terminado con la espeluznante escena en el acantilado estaba llegando a su punto culminante.

—Ahora quédate quieta Ana —dijo Harrison con tanta ternura que me devolvió a la realidad. Me concentré en cada agarre del terraplén rocoso, cada paso hacia el suelo y lejos de la escena de la muerte sobre nosotros.

¿Deberíamos haber detenido a los animales? Me pregunté a mí misma. ¿Debería haber insistido en preservar la dignidad del cadáver de Foley? Curiosamente, los actos de los lobos y lo que habían empezado a hacer con el cuerpo de Foley no era lo que estaba causando mi agitación interna. Lamentaba que un hombre hubiera muerto y más aún que Foley hubiera traído estos ciclones de violencia sobre sí mismo y sobre los que lo rodeábamos.

Cruzamos el arroyo hasta que me detuve del otro lado con el agua hasta los tobillos. Temblorosa, me lavé las manos. Una vez que la sangre seca de Emmet o de Foley, o ambas, se desprendieron en el agua helada, salpiqué mi cara.

—No estaba dispuesto a matar a los lobos —dijo Harrison en voz baja.

Desde su lado, presioné mi cara en su hombro, los dos estábamos sentados con nuestros talones en la corriente. —Esa también fue mi reacción. Los tres tomamos esa decisión.

—Si ellos aún no se han ido, lo harán pronto. No les gustará nuestro olor y nuestra presencia.

Harrison se excusó para revisar a Emmet y organizar la recuperación del cadáver de Foley con Simms y Andriekiv. Él regresó a los pocos minutos, como se había prometido.

—Emmet está despierto, ha vuelto —mi cara se iluminó con las noticias—. No está listo para volver a la granja, ni está a preparado para esquilarse a un centenar de ovejas, y aún no puede hablar, pero se ve increíblemente bien. Teniendo en cuenta especialmente lo que vivió —él me miró con gravedad—. Salvaste su vida, Ana.

—Él salvó la mía, antes de que nos salvaras a los dos. Así que supongo que estamos a mano.

Tener a Harrison a mi lado, como si lo encontrara allí para siempre, me pareció increíblemente bien. Él hacía parecer que los dos podríamos combatir cualquier cosa. Incluso la sensación de náuseas que estaba lavando sobre mí como reacción a los ataques de Foley se evaporó con la mano fuerte de Harrison en la forma de mi cuello.

Cuando me agaché de nuevo, esta vez para sumergir toda la cara en las aguas limpias de la corriente fría y limpiar mi codo, le pregunté a Harrison si pensaba que el parque había dispensado su propia justicia a Foley.

—Quiero decir, aquí está este hombre sin una brújula moral. Ya había forzado a Hiunath y Lakan a atravesar Yellowstone, el único movimiento

defensivo que ellos podían tomar.

Harrison sonrió sombríamente, su rostro mostraba que lo entendía.

—Esos lobos... —dije—. Aparecieron tan rápidamente. Fueron detrás de Foley. No pudieron....

—No creo que la tierra aquí se preocupe por los humanos, al menos no por humanos como Foley, ni por ti o por mí. Esos lobos eran solo lobos. Los escuché aullar por la noche desde que ingresé a los límites del parque. Así que, si no hubiera sido una loba y sus cachorros, la naturaleza podría haber tomado otro curso que lo habría alcanzado antes de que pudiera volver a la civilización.

La cara de Foley volvió a mi mente. Por la forma en que se veía venir desde lo alto del acantilado ... Me estremecí.

—Sé que Foley es un síntoma de un problema mayor. Pero él mismo estaba tan lleno de odio. Dios, Harrison —dije, mi voz se quebró—. Si hubieras visto su cara. Era la de un asesino. Nunca he visto a un hombre comportarse así. Podías ver el imprudente odio.

Él me abrazó. Sosteniéndome con fuerza y acariciándome el pelo, me habló al oído.

—Podría tener razón acerca de que Yellowstone no se preocupa y podría estar equivocado. Lo que sé con certeza es que puedes asimilar esta tierra en tu alma si lo permites. Sí, creo que es una fuerza más grande, menos centrada en el ser humano que una que llevaría a cabo un acto de justicia o venganza a través de un animal. Pero puedo también decir que siento al parque como una entidad. Me ve, sabe que estoy aquí —me tomó por los hombros y me miró a la cara—. Mientras viajamos de regreso a casa, ve si puedes sentirlo también. Si puedes, deja al parque dentro de ti. Te ayudará a sanar.

La noche comenzaba a caer. Los militares cavaron una tumba y enterraron los restos de Foley. Los cinco nos mudamos a un lugar lejos del ruido de la cascada y el arroyo, y lo suficientemente lejos del sitio donde los lobos habían estado activos. Podíamos sentirnos un poco más a gusto y establecer un campamento por unas horas.

Harrison, Emmet y yo dejamos a los militares a las dos de la mañana, después de un par de horas de sueño y descanso para los caballos. Harrison conocía la ruta lo suficiente, estábamos a solo medio día del rancho, y nuestra prioridad era llevar a Emmet a casa lo más rápido posible. Él estaba demasiado incómodo como para dormir bien de todos modos, y tenía un movimiento tan limitado con su herida que nos aseguró que lo estaríamos

sacando de una larga miseria si pudiéramos comenzar el viaje en la oscuridad.

Andriekiv y Simms nos dijeron que viajarían al oeste y regresarían a su compañía. Dejarían un marcador en la tumba improvisada de Foley si el ejército o cualquier familia decidieran reclamarlo. Eran hombres amables, leales e ingeniosos, y Simms había demostrado ser de gran valor médico para Emmet, así como para Harrison y para mí en ante nuestra preocupación por la salud de nuestro amigo.

Cuando el rancho quedó a la vista a la mañana siguiente, miré hacia atrás a Harrison, deteniéndome detrás de Emmet en su caballo. Harrison escrutó mi rostro, leyendo seguramente, el alivio escrito allí y la inmensa alegría que irradiaba a través de mí al ver mi hogar.

CAPÍTULO 14

Nos despertamos envueltos el uno en el otro. Una vez que Emmet nos permitió entregarlo al cuidado del médico, casi nos caímos por la necesidad de dormir. Ana parecía agotada, pero pensaba que iría un kilómetro más si eso significaba algo para mí o para alguien que le importaba. La mujer era mi maravilla.

La besé y la besé un poco más.

—¿Cómo se siente el despertar aquí? —pregunté.

Su cabello estaba desaliñado alrededor de su cara, hacia parecer aún más oscuros a sus ojos marrones. Removí un mechón que le hizo cosquillas en la nariz.

—Antes de que digas algo o sientas que es algún tipo de presión, quiero que sepas algo.

Ella se sentó un poco y sonrió ampliamente, sus labios se separaron para mostrar el dulce espacio entre sus dos dientes frontales. Me encantaba esa brecha.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó ella.

—Sé que dijiste que crees que el río en Yellowstone te llevaría de vuelta —le dije, refiriéndome a lo que me había dicho en el viaje a casa ayer.

—Creo que sí. Se sentía increíblemente fuerte en el arroyo, la mañana después de que te fuiste con Lakan y Hiumath. Pero en verdad, la idea ha estado tirando de mí desde que empezamos el viaje, cuando salimos de aquí y recorrimos junto el río Snake.

Tomé su mano y tracé la forma alrededor de sus uñas y largos y delgados dedos.

—Mientras queden algunas regiones salvajes en el siglo veintiuno, es

decir, una tierra que se pueda usar, estoy dispuesto a ir.

Su boca se abrió de sorpresa, los dientes volvieron a aparecer.

—¿Vendrías conmigo?

—Por supuesto que lo haría. Si es lo que tu quisieras.

Cuando ella se arrojó sobre mí, se sintió como si intentara tomarme en sus brazos. Excepto que yo era demasiado grande para ella. Había una mujer cerca de Laramie conocida por vestirse con pantalones de hombre. Ella no tenía ni el alboroto ni los chistes que las personas tendían a hacer, y ponía a los críticos en su lugar. Ana también era poco convencional, a su manera. Ella se había puesto a prueba en la granja de ovejas, no es que ella necesitara probar nada, y todo fue bueno para mí. Más que bien, de hecho. Antes de ella, no sabía que podría ser empujado a esos sentimientos de atracción por la mente de otra persona. Ella estaba aquí, conmigo, presente y real, haciendo exactamente eso.

Ella me besó. Pasó sus dedos por mi cabello y presionó su boca con fuerza en la mía otra vez. Poniendo su nariz sobre la mía, me dijo que no quería que fuéramos a su tiempo. Ella quería quedarse aquí.

—Permanecer es mi firme decisión—dijo—. Me he sentido bien aquí contigo, durante un tiempo. Creo que el parque me permitió llorar por mi primer hogar, y eso fue la liberación. Este es mi hogar ahora, tú y este lugar.

—¿Cómo puedes saber que no te arrepentirás? ¿Qué eso no cambiará para ti?

—No puedo saberlo. Tienes un corazón para ti, Harrison, es tan duro como la roca y todas las cosas buenas, cosas que valoro mucho, están consolidadas allí. También sé que es mejor solo contar contigo, como en una persona. Simplemente pienso en lo mucho que una persona puede confiar en otra y creer en ella, así puedo yo confiar y contar contigo. No es menos cierto que nací para todo lo que tengo en el mundo.

—Ese es un buen punto —le dije, disfrutando de la risa que inspiraba en ella—. Bienvenida, entonces, 'Ana del río'.

Intenté asimilar las noticias que acababa de transmitir. Ella quería quedarse. Lo había escuchado de su lengua; eso era cierto.

—Está bien —bromeé—. ¿Crees que vas a ser feliz aquí, incluso si estás obligada a tratar a los perros como herramientas? ¿Como otros empleados más de la granja más que unas mascotas?

Eres malvado —ella rio—. ¿Puedo dejar de mimarlos, acariciarlos y consentirlos? Lo intentaré. Con la excepción de Cody, ellos no son tan

amigables de todos modos —ella se acurrucó dentro de mí y apoyó su barbilla en mi pecho—. Pero —bromeó— también tengo algunas condiciones para mi residencia. Habrá otras condiciones que vendrán, pero hay una segura por ahora.

—Está bien. Nombra tu condición.

—Necesitamos conseguir una cama king-size. ¿Sabes qué es eso?

Yo reflexioné.

—Si es lo que dice ser, entonces creo que sí —respondí.

—Gracias a Dios —dijo ella, retrocediendo con alivio en la almohada.

La miré, en toda su belleza oscura. Mi mente ya había hecho algo por algún tiempo.

—Ana, vendrás conmigo.

Deslizándome mis brazos debajo de ella, la cargué y la llevé al aire libre. Solo una sábana cubría sus bellas extremidades. Los únicos testigos de nuestras travesuras eran sus exclamaciones de deleite y sorpresa. Hoy, no habrá nadie en la granja que me vea llevando a la mujer que amo por el patio. Sosteniéndola contra mí, con sus brazos alrededor de mi cuello, la llevé al lugar que dominaba la vista del paisaje. Ana estaba de pie en el banco mientras yo doblaba la sábana a su alrededor como una diosa, mi diosa, y la encaré.

—¿Te casarías conmigo? —le pregunté.

Ana cambió su punto de atención, su risa aún resonaba en la brisa. La sonrisa más grande se extendió por su rostro mientras me miraba con inconfundible maravilla y felicidad. Su respuesta fue un fuerte "sí".

Quién besó a quién en ese momento no estoy seguro. Nunca he sentido tanta alegría como la que vino de su respuesta, de la forma en la que la sábana retorcida parecía próxima a la piel de sus hombros desnudos de los que luego se deslizó, el glorioso aire que nos rodea, y el beso que selló nuestro amor, la confianza y una promesa de nuestro futuro.

Ana extendió sus brazos hacia las colinas y los cielos e inclinó su cabeza hacia atrás. Ella respiró profundamente. Estaba con ella en todos los sentidos en ese momento. Yo respiraba lo que ella respiraba, y sentí la misma dicha delirante emanando tan tangiblemente de ella. Corrimos de regreso a través del patio juntos, de vuelta a la casa y al dormitorio que pronto tendría una 'cama king-size'. Caímos sobre el colchón.

Ella se sentía suave y musculosa bajo mis manos, y mucho más musculosa que cuando ella había llegado hace unas seis semanas. La fuerza y

la belleza de sus curvas eran para mí de admiración.

Ella comenzó a mover su lengua sobre mis hombros y mi cuello, una demostración de lo que una mujer moderna podría inspirarme a hacer, cuando lo puso en un tono tan seductor que me iluminó. Mi piel hormigueaba por la sensación áspera y húmeda de su lengua. Puse mi mano en la mitad de su muslo y empujé la sábana, exponiendo su cadera y la curva de su suntuosa espalda. Los callos en mis palmas y dedos lijaban su piel. La sentí estremecerse bajo el tacto áspero. Cuando arqueó la espalda e inclinó la cabeza hacia atrás, su cabello largo y suelto cayó ondeando entre sus omóplatos y le quité la sábana por completo. Tenía que verla así, desnuda, una salvaje animal respondiendo a nuestro calor y a mi toque. Su cuerpo arqueándose y sus labios separados expresando deseo. Puse mi mano sobre su frente y acaricié su cabello, todo el camino por su espalda hasta la punta de sus mechones. Tiré de estos suavemente, provocándola mientras plantaba mi boca sobre la de ella.

Nuestro beso se profundizó. Mi lengua se encontró con la de ella ansiosa mientras nuestras bocas presionaban más fuerte en un impulso de consumo de una por la otra.

—Quiero probarte —le dije. Mis manos subieron y bajaron por su cintura, luego acaricié sus senos y jugué con sus pezones mientras me inclinaba y colocaba mi rostro frente a su núcleo íntimo. Yo la respiré y mi eje se tensó nuevamente por su olor. Empujé mi lengua en sus profundidades calientes y húmedas. Sus manos estaban en mi pelo, jalando y acariciándome mientras gemía y se retorció contra mi boca. Lamiéndola y acariciándola con mi lengua, la excitación que generaba nos envolvió a los dos. Sus pliegues, descubiertos de nuevo por la punta de mi lengua sensible y su sabor causaron una primera oleada gotas desde la punta de mi eje. Froté esto contra su muslo y succioné hambrientamente su sexo. Escuché sus gritos crecientes hasta que llegó al clímax contra mi boca, sus caderas se levantaron en oleadas.

Retiré mis manos de sus senos y me senté para mirarla. Ella vibraba con energía y deseo. Saber que la tendría, que la tomaría, me excitaba al extremo.

La volteé. La parte posterior de sus muslos brillaba con el líquido de su orgasmo y cuando inserté mi mano entre sus piernas, justo debajo de su hermoso y redondo trasero, ella estaba aún más húmeda y cálida, como el sol sobre la roca. La toqué y jugué con ella, imaginando cómo se sentiría mi pene en esas profundidades. No podría esperar más.

Sentada a horcajadas sobre ella, me coloqué sobre su largo y estirado

cuerpo, y toqué la parte más alta de sus nalgas con la cabeza de mi longitud. Entonces la penetré.

Ana gritó de placer. Ella arqueó su espalda otra vez, empujando sus hombros contra mí. Empujé mi boca hacia abajo sobre su nuca y moví mis caderas para sumergirme profundamente dentro de ella.

Ella me llenó de asombro. Cuando se me ofreció así, todo lo que era único acerca de ella estimulaba mis sentidos. Ella prendía mi excitación en llamas. El placer era tan intenso que casi irradiaba dolor de la longitud a mi ingle. Nunca había conocido hasta ahora a alguien que pudiera encender y alimentar el deseo así. Ella me daba eso libremente.

Resbaladiza y apretada, ella me permitió moverme hacia ella con toda la lujuria de un hombre en llamas. Todo se intensificó. Apreté mi boca contra su hombro, gimiendo por el placer que su cuerpo me daba y la sensación de ella debajo del peso y la energía cargada de mis embestidas. Sin previo aviso, la idea de mi venida chorreando dentro de ella me provocó el clímax.

—Acabaré dentro de ti —me encontré repitiendo en un suave y desarticulado rugido en su oído. Las olas de mi orgasmo salían disparadas hasta sus profundidades. Ella empujó y movió su trasero contra mí vorazmente, ansiosa por asimilar todo lo que pudo.

Nos quedamos acostados durante un tiempo para recuperar el aliento y dejamos que el sudor nos refrescara. Entonces, la tomé en mis brazos para mirarla. El brillo de su rostro y su piel me hizo darme cuenta de cuanto de esta esencia suya estaba dispuesto a amar y honrar, más que con los votos matrimoniales o una casa o cualquier otra cosa que me inspirara. Con su brillo ella lanzaba un hechizo sobre mí, haciendo infinito el amor que yo sentía por Ana del Rio.

EPÍLOGO

*P*asaron los meses y llegó octubre. Leímos los informes de la huida de los Nee-Me-Poo en el *New York Times* que Jonathan traía regularmente de la ciudad. Estos simpatizaban en gran medida con la causa de los Nez Percé y criticaban duramente al general Oliver Otis Howard, considerado un líder "torpe " con una ética cuestionable. Los informes de los periódicos describieron cómo los Nee-Me-Poo habían superado estratégicamente con astucia al general Otis una y otra vez bajo la dirección de los jefes Joseph, Toohoolhoolzote, Looking Glass, y otros.

Más de cuatrocientos Nez Percé se rindieron en Montana en las montañas Bear's Paw el 5 de octubre, a tan sólo sesenta kilómetros de la frontera de Canadá. Harrison, Emmet, Jonathan y yo revisamos cuidadosamente cada documento que obtuvimos, examinando las listas de los capturados, heridos y asesinados. Era a la vez un gran alivio saber que Hiumath, Lakan y Ban-may no estaban en esa lista, y una amargura la realidad que debíamos enfrentar: todas esas personas y su sufrimiento. Eso era una tragedia de proporciones incomprensibles.

El escape exitoso de nuestros amigos y el grupo de ochenta Nez Percé se confirmó finalmente cuando, a mediados de octubre, recibimos un mensaje verbal procedente de Hiumath. Un miembro de Sioux lo pasó a un primo Shoshone de Tel-e-kai, que lo trajo a nosotros en persona, acompañado por el propio Tel-e-kai. Lakan estaba a salvo y mirando hacia el futuro, tanto el suyo como el de su gente.

Además, 330 más huyeron de la captura en el último campo de batalla en las Montañas Bear's Paw cuando el jefe Joseph y muchas de sus personas fueron capturadas por coronel Nelson Miles y sus tropas. La creencia era que

estos trescientos Nez Percé se habían unido a la alianza de Toro Sentado y su pueblo Sioux en Canadá.

Para todos nosotros, esto significaba el mundo. Fue desgarrador que muchos habían sido forzados a rendirse, que el jefe Joseph ahora estaba cautivo, y que muchos fueron asesinados, incluyendo hombres y mujeres que habían ayudado a su pueblo a través de kilómetros y kilómetros de terrenos difíciles. Dos mil cuatrocientos kilómetros de peligrosos viajes. La imagen de Lakan contemplando las colinas y las llanuras de las provincias de Canadá, sin embargo, era una luz brillante de salvación entre la extensión del dolor y la pérdida que sentimos por los Nez Percé.

Tengo que decir que nuestra sensación de pérdida también venía de la integridad y el amor a los cuales sabíamos nuestras familias humanas habían renunciado en la guerra librada por los blancos en contra de los indígenas.

Pronto, también, nos volvimos altamente sensible a los matices de la presión que comenzaron a emerger del gobierno de los Estados Unidos, el cual ahora había puesto la mira en la montaña Shoshone. Su misión pronto se hizo clara: trasladar a los Shoshones de su lugar en Yellowstone a una reserva al sureste del parque, la Reserva India de Wind River. Esto fue motivo de preocupación, ira y la frustración más profunda. Todos nosotros votamos para hacer lo que estaba en nuestro poder para desafiar tal imperialismo. Para mí esto significó tomar acción, y empecé a escribir, a defender los derechos de los indígenas. Antes de fin de año publiqué en dos series y varios periódicos. El primer objetivo fue que me contrataran como corresponsal para el *New York Times*. Otro periódico fue fundado ese mismo año, en 1877, uno al cual dirigí mi brújula personal: El *Washington Post*.

En cuestiones del corazón, supe con sorprendente certidumbre que estaría enamorada de Harrison por el resto de mi vida. A mediados de octubre nos casamos. Era la temporada de cría de las ovejas, un momento en que se coloca un macho en cada rebaño para que las ovejas lo elijan desde allí. De alguna manera, a pesar de años de vivir en la ciudad, el ciclo de esto podría parecer natural y correcto para mí. Se sentía como una puerta abierta para sintonizarme a mí mismo con la tierra como Harrison lo hacía, y se convirtió en algo inmensamente satisfactorio, como si hubiera sido suavemente inclinada hacia ver más dimensiones y ritmos del mundo a mi alrededor que me había conocido antes. Lo que me habría perdido u olvidado hace solo medio año atrás, ahora me acogía.

Tuvimos nuestra luna de miel hacia el este, en Cape Cod, seguida por un

tiempo en Nueva York. Conocí a la familia de Harrison y descubrí que me agradaban mucho, y yo a ellos a juzgar por las cartas que la madre de Harrison escribió regularmente después, y en las que expresaba su deseo de pasar tiempo con nosotros en Wyoming durante las vacaciones de diciembre.

Un día después de nuestro regreso de nuestra luna de miel en el este, cuando un viento helado azotó el patio y la nieve comenzó a caer en grandes copos por segunda vez esa semana, un fuerte golpe llamó a la puerta. Era Jon Athan, en un estado de agitación.

Entró a toda prisa en la casa y cerró la puerta contra el viento. Harrison estaba en el establo, pero Jonathan se acercó a mí directamente. Sacudió la nieve de su sombrero, pero la mantuvo puesto.

—Hemos encontrado a una mujer, Ana. Cerca del potrero del sur. Está medio muerta por el frío. ¿Puedes venir?

Agarré mi abrigo y mi ropa para ir al exterior y me puse unas botas, mientras que Jonathan dijo que Emmet estaba con la mujer ahora, tratando de protegerla de los elementos mientras él buscaba ayuda. Emmet iba a tratar de cargarla y nos encontraríamos con ellos en el camino con un trineo.

El aire frío me saludó con una bofetada tan pronto como salí.

—Me alegra que hayas venido a mí de inmediato, —grité por encima del ruido del viento y la nieve siendo impulsada contra nuestras caras— pero como es que no te encontraste con Harrison si vienes del potrero. Tuviste que haber pasado cerca del granero.

Agarrando el ala de su sombrero con ambas manos enguantadas de lana, él giró su rostro en mi dirección.

—Ella preguntó por ti.

—¿Qué? Lloré.

—Al menos... ella dijo tu nombre. Ella podría estar delirando por el frío. No sé si lo dijo conscientemente o no. O si ella incluso se está refiriendo a ti.

Tomé la información suficiente de sus palabras para entender lo que estaba diciendo. *¿Cómo podría ser esto posible?* Era desconcertante, pero no había tiempo para intentar hacer nada al respecto. Jonathan corrió hacia adelante y agarró un trineo en el que los perros sacaban suministros en invierno, y luego se reincorporó a mí. Medio trotamos hacia el prado, apoyándonos contra el aire frío y la nieve, hasta que dos figuras se vislumbraron bajo la luz menguante y la espesa nevada.

Asintiendo a Emmet, lo ayudé a poner a la mujer en el trineo. Me arrodillé junto a ella y suavemente tiré del abrigo que cubría su cara.

Por primera vez desde que estuve en el manantial de la cueva algo se había erigido y cambiado mi vida dramáticamente, miré la cara de mi amiga, era Elodie.

AUTOR BIOGRAFÍA

Luna Davers es autora de romances históricos y contemporáneos, cuyos libros han sido traducidos a tres idiomas. Su serie Wyoming Rider se inspira en la fascinación por la cultura y la historia de los nativos americanos, así como en la libertad salvaje y el romance del Viejo Oeste.

DAVERS, escritora y lectora, también disfruta andar en bicicleta y preparar la cena para amigos y familiares. Tanto como crear personajes que son fuertes e imperfectos. "Para mí", dice ella, "la escritura de relatos emocionantes viene con el triunfo del romance en un mundo imperfecto. Eso es muy importante. Eso y cómo la amistad entre las heroínas perdura de libro en libro dentro de una serie, al igual que el amor, que cada una encuentra con su alma gemela, que persiste y madura.

NOTA HISTÓRICA:

Discurso de rendición del jefe Joseph, 5 de octubre de 1877:

Díganle al General Howard que conozco su corazón. Lo que me ha dicho anteriormente lo llevo en el corazón. Estoy cansado de luchar. Nuestros jefes están muertos. Looking Glass está muerto. Toohoolhoolzote está muerto. Los viejos están todos muertos. Son los jóvenes quien ahora dicen sí o no. El que estuvo al mando de los jóvenes está muerto. Hace frío y no tenemos cobijas. Los niños se congelan hasta morir. Mi gente, algunos de los cuales han huido a las colinas y no tienen cobijas ni comida, nadie sabe dónde están — tal vez helándose hasta morir. Quiero tener tiempo para buscar a mis hijos y ver cuántos de ellos puedo encontrar. Tal vez los encuentre entre los muertos. Escúchenme, mis jefes, estoy cansado; mi corazón está enfermo y triste. De donde está ahora el sol no lucharé nunca más”.